

LA
PLEGARIA

DE UN

ANGEL

POR
J. FERNANDEZ ESPADERO



LA PLEGARIA
DE
UN ANGEL

LEYENDA RELIGIOSA ARGENTINA

DEDICADA

Á S. E. R. EL S^o ARZOBISPO DE BUENOS AIRES, D^o D. FEDERICO ANEIROS

POR

J. FERNANDEZ ESPADERO

DONACION
MARIETTA AYERZA
ALFREDO GONZALEZ GARANO

BUENOS AIRES

IMPRESA DE PABLO E. CONI, ESPECIAL PARA OBRAS

60 — CALLE ALSINA — 60

—
1879

DEDICATORIA

A Su Excelencia Reverendísima el Sr. Arzobispo de Buenos Aires

D^o. D. FEDERICO ANEIROS

Hace algun tiempo, Excelentísimo Señor, que en el lecho de mi sufrimiento, donde la Providencia ha tenido á bien postrarme durante largos meses, recorria las páginas de una interesante historia.

Esta era la de sucesion de la Iglesia, ó sea *De los Papas*, por el Sr. Conde de Beaufort, en una edicion publicada en Madrid en 1843, y precedida de una *introduccion* del Sr. Laurentie.

Prescindiendo de la grandiosidad que de suyo tiene esta importante obra, mi mente consagró una atencion completa á la misma citada *introduccion*, apreciando ideas consignadas en ella, de las cuales voy á reproducir algunas.

Claro es, Exmo. Señor, que esta reproduccion seria innecesaria si la obra que aquí me propongo iniciar, tuviese solo por límite la ilustrada apreciacion de V. E. Rma. que con la sana filosofia y enérgica lógica que tiene demostradas, podria enriquecer por sí mismo las humildes páginas que constituyan este original.

Más, me lleva en esto la idea de que muchos que no lean aquellas en la *introduccion* de la *Historia de los Papas*, las lean acaso en la que yo las reproduzco.

Y no nace por cierto mi indicada creencia porque yo juzgue mi libro superior al del Sr. Conde de Beaufort, en

modo alguno, sinó porque en el espíritu de no poca superficialidad que hoy reina, hay muchos que dejan de leer un libro precisamente porque de su título se desprende un texto santo, y admiten bajo el pretexto de *instruirse deleitándose*, otros que les ofrezcan la *noveltesca forma* que la frivolidad de nuestro siglo prefiere.

Es verdad, Exmo. Señor, que esto de *instruir deleitando* tengo para mí que es mas fácil para consignarlo como precepto retórico en un manual de literatura, que de combinarlo en el texto de un libro.

Máxime si observamos los pocos escritores que lo consiguen y los muchos que en cambio han *deleitado* sin instruir.

Esto, si se atiende además á que no creo de toda propiedad gramatical la tal palabra *deleite*, toda vez que ella no siempre envuelve el significado de la tranquila recreacion que sea una trégua á los trabajos del alma, sinó que por el contrario se convierte por muchos en el placer no siempre honesto que lejos de tranquilizar el alma, tiende á excitar los sentidos exasperando en ellos las pasiones.

Voy, pues, á concretarme á consignar algunos fragmentos de la indicada *introduccion* del Sr. Laurentie :

«Hay, dice, espíritus incompletos que han creído que bastaba para la restauracion de la verdad social aceptar cierto cristianismo truncado, mutilado, acomodado, segun decian, al pensamiento nuevo de los pueblos y su nuevo destino. Esto no es conocer al hombre, ni á la humanidad: es complacerse en el mal devorador del racionalismo disfrazado solamente con una forma poética; pero siempre fatal al espíritu de la fé.

Las letras cristianas no pueden hacer tales concesiones. El cristianismo es uno en su inmensa fecundidad. Pero ese carácter maravilloso que depende de su origen celestial, es apropiado á todas las trasformaciones del jénero humano: siempre el mismo, siempre nuevo, derrama su luz sobre el mundo de las inteligencias, cualesquiera que sean los accidentes que varien sus relaciones. La virtud que predica, el deber que enseña, la autoridad que modera, la sumision que arregla, la dignidad del hombre que cubre con su alta ejida la pobreza que realza, la riqueza que hace comun, el poder que temple, hasta la tiranía que desarma; y despues la multitud de aplicaciones que da á la caridad, á la fraternidad, al amor, á la benevolencia universal, á la compasion, á la clemencia, todas esas leyes de armonía que extiende á todos los estados, á todo jénero de civilizacion y de gobierno, todo esto ¿no es universal? Todo esto ¿no atraviesa las edades, las revoluciones, las épocas

de barbarie? El cristianismo no sería verdadero, ni social, ni eterno, si por su naturaleza no se conformase con todas las verdaderas necesidades de la humanidad. Es magnífico privilegio suyo seguir las variaciones del mundo sin variar él jamás; y si variase, no sería más que una obra humana, pasajera como todas las demás.

Por esto en la presente reacción de los entendimientos debe ser el cuidado de la filosofía cristiana mostrar en su plenitud la religión venida del cielo, y sin eso su trabajo sería perdido, y hasta se agotarían los esfuerzos del injenio en perseguir vanos fantasmas de mejora ó de progreso político.

Y ¿qué cosa más grande puede imaginarse que esa verdad del cristianismo y de sus leyes, esa perpetuidad de su doctrina, esa universalidad de sus dogmas? El mundo vé pasar los imperios y las dinastías: vé las catástrofes que asuelan la tierra: vé las revoluciones que multiplican las violencias y usurpaciones: vé donde quiera la novedad, en los hombres y en las costumbres, en la riqueza, en el poder, en la pobreza: vé la debilidad que sube y la grandeza que cae: vé esa altanería incesante del triunfo y de la servidumbre, de elevación y de caída; y á presencia de esa inmovilidad que todo se lo lleva, sólo una cosa permanece fija, la religión: no porque no tenga también sus pruebas y sus combates: al contrario su destino es pasar por las agitaciones, por las persecuciones, por la fuga, por el martirio, y luego por la victoria y luego otra vez por los suplicios y siempre por las mismas desigualdades de lucha con las pasiones humanas. Pero ya baje á las catacumbas, ya suba al trono imperial, ya se esconda en los desiertos, ya entre triunfante en los palacios, la religión queda lo que es, porque es verdadera. No hay herida ni victoria que la altere, ni trastorno que haga caer la menor partícula de su unidad inviolable.

Esto sí que es grande y maravilloso, esto es lo que la filosofía cristiana no debe cansarse jamás de ofrecer á la contemplación de los hombres. Y para manifestar lo asombroso de este espectáculo no hay que contentarse con alguna imájen exterior sorprendente para la imaginación: es preciso penetrar dentro de la constitución del cristianismo: es preciso estudiarle en su vida propia, en sus leyes radicales, en su misterio y en sus misterios, en todo lo que le hace realmente uno y divino.

Hoy es llegado el tiempo de *revelarle* otra vez, si es permitido esta expresión en la lengua de los filósofos; es decir, que por todos los medios que obran sobre la inteligencia, por la enseñanza de los libros y por la enseñanza de los discursos, por esa predicación permanente que se llama la imprenta, los hombres que tienen autoridad de talento, deben auxiliar á los que tienen autoridad de misión para dar á conocer á los pueblos ese cristianismo despezado, insultado, desconocido durante los tres últimos siglos, debiendo mostrarle, tal cual es, no solamente en la historia de sus infinitos beneficios, sino también en las leyes íntimas de su existencia, á fin de que nadie de aquí en adelante se equivoque en cuanto al glorioso título del cristianismo, ni crea ninguno que pueda darse á sí un cristianismo hecho por sus propias manos,

un cristianismo de orgullo y no de humildad, de sueño y no de verdad, de transición y no de eternidad.

Mas para que así pueda mostrarse el cristianismo en su esencia, es preciso mostrarle en la iglesia, que es su representación ó expresión viva.

Sin la iglesia no hay cristianismo. Y ¿porqué no se ha de tener el valor de la verdad? ¿Por qué no confesar á la iglesia, esa madre de los pueblos? ¿Acaso no ocupa un alto puesto en el mundo? ¿Acaso no es bastante honrosa su misión? ¿Por ventura no la ha desempeñado gloriosamente? ¿Por ventura no ha sufrido bastantes dolores? ¿No se ha aprovechado bastante la humanidad de sus combates? Y ¿cuál es la institución bajo el simple aspecto humano que desde el origen de los tiempos haya servido mejor á la sociedad de los hombres? ¿De dónde han salido mas beneficios, mas ejemplos, mas consuelos, mas reparaciones, y mas virtudes? A falta de agradecimiento ¿no seremos siquiera justos? ¿Habrán de olvidar los pueblos de donde les vino la libertad? O si nuestro pensamiento se remonta sobre cosas terrenas, si es aun verdaderamente cristiano, ¿no veremos y diremos con qué condicion subsiste el cristianismo para ser salvador y reparador? ¿No le manifestaremos á nuestros hermanos en su plenitud? ¿No le mostraremos en su constitucion, en sus leyes, en sus pastores, en su jerarquía, en su disciplina exterior, en su autoridad, por fin en la iglesia, magnífica realizacion de su existencia entre los hombres?

Tres siglos han combatido contra la iglesia: al presente toca terminar este prolongado combate. El mundo ha menester de descanso: no dejemos nosotros, generacion venida al mundo en medio de las lágrimas de la iglesia, no dejemos el porvenir sin esperanza. A nosotros nos toca reanimar el verdadero cristianismo en las almas, porque estamos en los tiempos en que cada fiel es apóstol, y si tenemos una voz es para hablar de la iglesia: si tenemos una pluma es para escribir de la iglesia: si tenemos una autoridad cualquiera es para defender á la iglesia. Misión admirable, á la que son convidados lo mismo los débiles que los poderosos, en la que hasta es una ventaja intervenir con solo el ejemplo de la vida humilde y sumisa, en la que la caridad es mas seductora que el ingenio y el celo mas imperioso que el poder. De esta suerte puede al fin el mundo encontrar el sosiego que busca; porque lo que atormenta á las sociedades en estos tiempos de irritacion y de revueltas, es que el alma esta vacía, que falta la fé, que la vida de las naciones, lo mismo que la de los individuos, fluctua incierta en medio de las tempestades, que la verdad no resplandece para las inteligencias, que la certeza, esa seguridad del entendimiento, ha huido de toda razon. Y así cada uno va en pos de lo que cree ser verdadero ó bueno, justo ó legítimo, segun los diversos órdenes de ideas que le agitan: De ahí dolores agudísimos; de ahí mónstruos de error; de ahí combates atroces; de ahí una anarquía irremediable.»

Esta anarquía, Exmo. Señor, es precisamente el punto de enlace de las ideas que me propongo exponer en este libro, con las bellísimas que he citado del ilustrado señor Laurentie.

Analicemos:

Esos espíritus *incompletos* á que dicho escritor alude, que, queriendo armonizar el catolicismo con lo que llaman exigencias del siglo y de su progreso, pretenden darse un *cristianismo hecho por sus propias manos*, tienen una clasificacion especial.

Son, con respecto á Dios, lo que el Sr. D. Gavino Tejado expone muy oportunamente en su concienzuda obra titulada EL CATOLICISMO LIBERAL, esto es, unos cristianos que sin querer dejar de serlo, hacen mas daño al catolicismo, que los que no lo son, y á los cuales su santidad Pio IX en su alocucion á la Asociacion Católica Francesa calificó de *políticos de balancin* y á quienes *dijo que condenaba y condenaria cuantas veces fuese necesario*.

Con relacion á la Sociedad, ó al prójimo, estos tal vez son aquellos de quienes el Rdo. P. Claret, en ese libro sencillo y popular escrito como manual de las prácticas del cristiano, bajo el titulo de *Camino del Cielo*, dice: «Son « personas excelentes y muy buenas mientras pueden « hacer lo que quieran y como quieran; *sin la menor* « *sujecion ni contradiccion*; pero hacedles un poco de resistencia, contrariad su voluntad, y vereíslas al momento echar chispas de fuego; dispuestas á los arrebatos, y mas fáciles de encenderse en cólera al primer encuentro, que un fósforo al roce de un objeto áspero: « que son inaguantables por cuanto no hay quien discorra por donde se ganan, ni por donde se pierden.»

Es decir, aquellos que no obstante invocar diariamente esa sublime peticion de la Oracion Dominical, al implorar el perdon de nuestras deudas, y admirar aquella grandiosa fraternidad brotada desde el Madero de la Cruz del costado del Redentor al derramar su sangre por amor á la humanidad, rogando por sus verdugos, arreglan á su modo unas *distinciones y negaciones* de estos sublimes principios, que originan las mas perjudiciales contradicciones.

Esas antítesis del bien y del mal, de lo cierto y de lo erróneo, en que esos espíritus se agitan, nace, Exmo. Señor, en gran parte, de que en esa armonización que pretenden con el espíritu frívolo de la actualidad, parece como que rehusan en su insensato orgullo ir á beber las aguas puras de la verdad en los seguros manantiales en donde pudieran hallarlas.

Constitúyense, por el contrario, en doctores de la Ley por sí mismos, y en cada círculo de sociedad, en cada conversacion familiar, en los cafés, en los teatros, en los viages, etc., les vemos frecuentemente haciendo distinciones, concesiones y negaciones en materia de dogmas definidos, y siendo las mas veces el que habla, un propagandista rutinario que apenas si se ha parado á reflexionar las consecuencias de lo que niega, ni de lo que concede, nide lo que quiere *distinguir* por mas que acaso no lo conozca.

Y es que sucede, Exmo. Señor, que estos católicos obran en materia de religion, que es la capital ciencia del bien, como no obran con relacion á ninguna de las otras ciencias del saber humano.

En efecto.

Si, por ejemplo, en las diversas calamidades, miserias y dolencias que desgraciadamente forman el patrimonio del hombre en la herencia de lágrimas legada por su primer pecado, acomete alguna de aquellas á uno de estos católicos, léjos de constituirse por sí mismo en doctor de la ciencia Médica, corre presuroso á aquel en quien reconoce la debida competencia.

Si llevado de su *fé viva* á lo que el médico le ha prescrito, debe procurarse los preparados químicos que le ha indicado, tampoco se contentaria en constituirse en farmacéutico por sí mismo, sinó que recurre al laboratorio que cree mas acreditado y que mas confianza le inspira.

Si en otro sentido, por ejemplo, se trata de una cuestion de Derecho, donde la defensa de los intereses materiales se hace precisa, tampoco se atreve por temor de *perder el pleito*, á constituirse por sí mismo en intérprete de la Ley, sinó que recurre al doctor de competencia y honorabilidad reconocidas.

Si, de otro modo, se trata acaso de la construcción de un edificio importante, no se constituye tampoco por sí solo en el maestro de aquella obra que le interesa, sino que oye al que es competente y se atiene á que el arquitecto levante el plano, y calcule la forma y materiales que deben emplearse.

No hay duda, Exmo. Señor, que en el espíritu de egoísmo del siglo XIX, lo que es en cuanto á la materia, su lógica es previsora y desde luego incuestionable.

Porque ¿qué sucedería, si, sin ser médico, quisiese uno curarse por sí mismo de sus dolencias, y discutir sobre terapéutica, y recetar según su albedrío?

¿Si, sin ser químico, se metiese á manejar por sí mismo las peligrosas sustancias que la ciencia posee?

¿Si, sin ser letrado, se empeñase en interpretar las leyes?

¿Si, sin ser arquitecto, se atreviese á trazar y elevar un complicado edificio?

Sucedería, Exmo. Señor, que sus prescripciones facultativas podrían ser contrarias á la dolencia del paciente, sus preparados químicos envenenarle, sus pleitos perderse, y sus edificios derrumbarse por sí solos, por falta de conocimientos en la resistencia de los materiales, ó por falta de prevision en la distribución necesaria, formando acaso un laberinto en que nadie se entendiese ó que por lo menos para nada sirviese.

Pues esto es lo que sucede á los que en materia de religion quieren por sí mismos constituirse en ser Doctores de la Santa Ley.

Esto es; que las prescripciones que en su orgullo vociferan, cuando no pocas veces en sus discusiones quieren hasta aparecer como regeneradores de la dolencia que en materia de fé padece hoy la sociedad, son contrarias á la misma tranquilidad que van buscando: que los preparados de los *contradictorios específicos* de sus ideas, la envenenan: que el *gran pleito* de su salvacion *se pierde*, y que el grandioso edificio de la religion, constituido por el Supremo Maestro, Hijo de Dios vivo, se vé atacado por un obrero insensato que quiere *enmendar la plana* á lo que acaso no entiende ni como puede llegar á construirse.

De aquí el *laberinto* de que yo hablaba antes.

De aquí, la anarquía que el Sr. Laurentie describe en su filosófica *introducción*.

Mas... he aquí, Exmo. Señor, que para salir del caos de uno y otro no buscan esos *católicos á su manera* el guía de los detellos de la verdadera luz que puede iluminarlos en los manantiales conocidos.

Estos, Señor, seguramente que no dan la preferencia de su lectura, ni á la doctrina del Sr. Laurentie, ni al «Catolicismo Liberal» del Sr. Tejado, pero en cambio de la mejor buena fé acaso, no se desdeñan de suscribirse á todas esas novelas que bajo el título de recreativas, les son ofrecidas todos los dias y sin molestia alguna á las mismas puertas de sus domicilios.

De aquí que á mí me haya ocurrido tambien la idea de intentar introducirme por ellas como uno de tantos, ofreciéndome como leyenda ya que como otra cosa no me dan entrada.

Opongo el antidoto en la misma forma en que se dá el veneno.

Similia similibus, señor.

Es el sistema de la moderna ciencia.

No hago mas que valerme de lo mismo que voy á combatir, para atenuarlo, y en ello se reasume el objeto de la presente obra.

Por eso he concebido la idea de escribir una LEYENDA RELIGIOSA.

Ignoro si el adjetivo puede exactamente aplicarse á la *sustancia de leyenda*, considerada retóricamente en el sentido del género literario á que pertenece.

Pero si el error se encubre con la máscara de la verdad, y el lobo con piel de oveja para penetrar en el redil de nuestra unidad, vistámonos á nuestra vez con piel de lobo para poder tener entrada entre los que desechan á las ovejas.

No admito, á la verdad, el *finis justificat medium* que algunos invocan.

Jacob, no obstante, Exmo. Señor, disfraza con pieles de cordero la tersura de su cutis, á fin de asemejar las vellosas manos de su hermano Esau, y no ser rechazado, al

menos en el tacto, por el anciano y ciego patriarca que debiera otorgarle la bendicion de primogénito.

Permita, pues, V. E. R. que yo á mi vez cubra mi libro con la profana piel de la *leyenda* para que no me conozcan al menos por el tacto, y no ser rechazado de aquellos que se hallan ciegos á los destellos de la verdad.

Y que aunque despues nos conozcamos, les quede al menos la duda, como al mismo Isaac cuando exclamó diciendo: *la voz parece de Jacob, pero las manos son de Esau.*

Consiga yo al menos digan ellos: *La forma á la verdad es de leyenda, pero el lenjuage no es de ficcion.*

Por lo que antecede, pues, habrá podido comprender V. E. R. las ideas que prevalecen en la obra cuya publicacion me propongo, y la forma á que la he adaptado.

Ahora, réstame indicar la accion dramática á que aquellas van unidas, ya que deba corresponder á un interés creciente.

Trazada esta obra desde las márgenes del Plata y en esta Capital de Buenos Aires, cuyos modernos aunque suntuosos edificios han adquirido su progresivo desarrollo entre generaciones próximas que aun conservan su sencilla historia, claro es que no ofrecerian en ningun caso á la fantasía de una leyenda, lo que el público está acostumbrado á que le ofrezcan las misteriosas tradiciones de aquellos torreones del viejo continente, en las fantásticas sombras de su origen perdido en la noche de los tiempos.

Mas... hé aquí que de la misma corriente del anchuroso «Plata» y entre la espumosa rompiente de sus rizadas ondas, brota á mi mente una historia conmovedora que nos conduce á situaciones verdaderamente interesantes.

El enlace de esta accion con las ideas de religiosidad bien entendida, consiste en toda la sana doctrina que pueda desarrollarse en el episodio de una víctima inocente sacrificada por los errores de un hombre, y que logrando salvarse, ejerce despues en toda su plenitud el «perdonanos nuestra deudas» y el «amar hasta á nuestros enemigos» redimiendo al mismo que quiso sacrificarle, por medio de

la plegaria de un ángel elevada al Altísimo por la intercesion poderosa de su Santísima Madre.

Debo sin embargo prevenir una circunstancia.

Algunos de los que lean el presente prólogo, creerán acaso que en esta obra que se inicia bajo la impresion de las ideas en él consignadas, van á hallar tan solo una disertacion de doctrina.

En modo alguno.

Para eso hubiese elejido otro género de propaganda.

Al contrario.

He escrito una leyenda.

Seria faltar á su índole si no descendiese á las narraciones que ella exige.

No es posible por tanto, prescindir de la parte descriptiva de los acontecimientos, ni torcer su natural curso que nos conduzca á las situaciones que de ellos se desprendan.

Situaciones que conmoviendo el ánimo, le preparan á recibir la doctrina, produciendo en su consecuencia, no solo la persuacion del entendimiento por la razon, sinó el convencimiento de la voluntad por la conmocion de los afectos inspirados.

Bajo este punto, pues, es que he considerado útil la leyenda, deplorando tan solo mi insuficiencia para poder llegar á esos efectos.

Y tanto es así, que no he vacilado en apreciar el detalle de las escenas mas sencillas, siempre que ellas puedan conducir al lector al mas íntimo conocimiento con los personajes que caracterizo. He dicho que empleaba el sistema basado en el *similia similibus* que he citado.

Ninguna de las obras de perniciosa lectura, de esas que pueden operar verdadero estravío en la mente del lector, presentan á la vista el veneno que en sí contienen.

Personifican su doctrina en los tipos ó caracteres que desarrollan, y aun cuando sus capítulos aisladamente considerados no dicen nada, forman no obstante en conjunto una impresion dolorosa é indeleble por cuanto que es producida por la accion práctica de que han revestido al protagonista de su idea.

Por eso aparecen como una leyenda cualquiera. Y á eso

es únicamente á lo que se limitan mis humildes aspiraciones, á aparecer como una *cualquiera* de aquellas.

Mas, espero que el lector desde el fin de la primera parte en que la obra se halla dividida, obtendrá las impresiones siguientes :

* UNA REPROBACION DECIDIDA HÁCIA EL LLAMADO « CATÓLICO LIBERAL », UNA ADHESION COMPLETA HÁCIA EL TIPO CONSECUENTE DE LA MORAL MAS EDIFICANTE, Y UN CONOCIMIENTO VERDADERO DE LA ALTA MISION QUE LLENA EL SACERDOTE CATÓLICO.

Esas impresiones serán el resultado positivo de mi humilde trabajo.

Tal es, Exmo. Señor, mi pensamiento.

Acaso haya hecho un prólogo demasiado largo para es- ponerle.

Preciso me era no obstante, para que V. E. R. pudiese iniciarse en él, ya que me atrevo á dedicársele.

Si de su aceptacion fuese, eso alentará mi trabajo es- perando que el Supremo Autor de toda obra buena corone la nña, no por su mérito de que carece, sinó por la bendi- cion que por medio de la bondad de V. E. R. se digne otorgarla á los mejores fines.

Buenos Aires, Junio de 1879.

EL AUTOR.

LA PLEGARIA DE UN ANGEL

CAPÍTULO PRIMERO

LA GOLETA «NUESTRA SEÑORA DE LUJAN»

*« Si trajeres tu presente al altar, y allí te acordaras que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu presente delante del altar y vé: vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces vé y ofrece tu presente. »
(Mat. V. 23, 24.)*

Mecido al compás de las agitadas ondas del « Plata » en el puerto de Buenos Aires, se hallaba anclado en la fecha en que dá principio el presente relato, un buque cuyo exterior recientemente pintado, le hacia á primera vista notable entre los demás que le rodeaban.

En uno de sus mas altos palos veíase ondear una bandera Argentina, y sobre su puntiaguda y esbelta proa, se ostentaba en caracteres dorados el nombre de « NUESTRA SEÑORA DE LUJAN. »

Nadie, á juzgar por el exterior, podria dudar por su forma y aparejo, que fuese un velero barco dispuesto á desafiar las mas embravecidas olas.

Sobre su cubierta se podia observar ese movimiento y preparativos que ordinariamente se producen en las últimas horas que preceden á la partida de un buque para un viaje largo.

Mas, entre la activa tripulacion que de popa á proa iba y venia, ejecutando sus maniobras, echábase desde luego de menos la presencia del capitan.

Describamos su camarote y allí tendremos lugar á examinar la preferente ocupacion que en él le retenia.

Frente á un pupitre fijado en uno de sus ángulos, hallábase sen-

tado y en actitud de escribir, un hombre como de treinta años de edad, alto, esbelto, de expresiva mirada, de cabellos negros, color trigueño y varoniles facciones que constituían en él un conjunto simpático y agradable.

Una mirada escudriñadora sobre él, podría acaso dejarnos percibir en su rostro alguna de esas huellas que prematuramente imprimen los pesares y que se llaman *arrugas*, y entresacar también de entre sus sedosos cabellos alguna de esas hebras matizadas de blanquecino color que se apellidan *canas*.

A su espalda y sentada en un divan había una mujer.

Su rostro se hallaba casi oculto, apoyando su frente en una de sus manos mientras que con la otra acariciaba la blonda caballera de una tierna niña, que á su lado jugaba, y cuyos caprichosos bucles descendían graciosamente sobre sus hombros.

De vez en cuando un gemido, mal reprimido sin duda, se oía exhalar del pecho de aquella mujer.

El hombre continuaba escribiendo y su pluma que rápidamente se deslizaba sobre el papel, iba aglomerando línea sobre línea una extensa carta.

Ostensible inquietud le dominaba, y abundancia de ideas debía tener preconcebidas sobre el asunto que le ocupaba, cuando sin detenerse un instante, aun parecía faltarle tiempo suficiente para escribirlas.

Aquella carta estaba destinada á formar un importante documento acaso, al preocuparle en aquella forma.

Leamos nosotros su contenido que era el siguiente:

« Á bordo de la Goleta « NUESTRA SEÑORA DE LUJAN » y á 22 de « Noviembre de 1813.

« Mi hermano Cesáreo :

« Voy á partir.

« Cuando esta carta llegue á tus manos, tal vez haya abandonado ya el puerto de Buenos Aires.

« En estos instantes pienso en tí.

« En tí que eres mi hermano.

« En tí, á quien aun ayer he dirigido otra carta conmovedora y á la que, como á otras durante siete años, no te has dignado ni contestar.

« No te detallaré por lo tanto las circunstancias del viage que

« emprendo y en las que he tomado el mando de este buque que
« sale con rumbo á Europa.

« ¿Para qué decírtelas?

« Eso seria volver á describirte la historia de lágrimas de mi vida
« que tu no has querido enjugar.

« Si ella te es indiferente ¿á qué molestarte con su relato?

« ¡ Cosa inverosimil parece, hermano mio, que en este período
« tan largo tus lábios se hayan abstenido de pronunciar mi nombre
« para hablarnos, y tus ojos hayan desviado su mirada para no ver-
« me al encontrarnos!

« Y eso ¿por qué?

« ¿Qué misterio envuelve nuestra existencia?

« ¿Qué fuerza misteriosa viene pugnando entre nosotros é intenta
« hacer pedazos los fraternales lazos que nos ligan?

« Muy triste, á la verdad, es confesarlo ; pero en este momento
« para mí solemne, prescindo de cuanto me rodea, y quiero con-
« signarte cuanto pienso.

« Existe entre nosotros, aun á pesar de ser hermanos, esa profunda
« valla que á tu vista sin duda ofrecen la elevacion de tu fortuna
« y el abismo de mi desgracia.

« Y sin embargo, una misma sangre circula por nuestras venas,
« un mismo regazo acarició nuestra niñez, una misma doctrina
« iluminó nuestro entendimiento, y por un mismo sendero fue-
« ron encaminadas nuestras almas en los inciertos pasos de la in-
« fancia.

« ¿Cómo podré explicarme entonces que siendo uno mismo el
« manantial de donde se ha desprendido la corriente de nuestras
« ideas, hayan tomado estas un rumbo distinto al deslizarse en el
« Océano de nuestra existencia?

« Porque tu conoces las buenas obras y aun me han dicho que
« las practicas y que ejerces la caridad ante el mundo con muchos, y
« sin embargo, no la has ejercido ante Dios con tu hermano.

« ¿Te has olvidado de nuestros padres?

« ¿Cómo sin haber olvidado la doctrina que con ellos juntos apren-
« dimos, la profesas en distinta forma que nos la enseñaron?

« ¿Te has olvidado de las recomendaciones que á tí, como el mayor
« de los hermanos, te hicieron, y de las de nuestra buena madre que
« al quedar viuda, quiso y consiguió ser para sus hijos un verda-
« dero modelo de virtud?

« Pues yo con veneracion recuerdo aquellas máximas en que con

« maternal cariño é ilustracion poco comun se proponia formar nuestros corazones para el bien.

« Tu como yo, en los largos meses de sufrimiento y casi martirio que afligió el último periodo de su vida, practicabamos junto al lecho de su dolor los mismos actos de religiosidad y devocion que formaban, para ella, el consuelo de sus dolencias, y para nosotros una escuela conmovedora que impresionando nuestros corazones, debía quedar esculpida por siempre en nuestras almas.

« ¡ Cuántas veces en unas de esas prácticas espirituales en que la acompañabamos, y de las que formaba parte la lectura del «*Año Cristiano*», comentaba su lectura conformándose en su sufrimiento con el de los Mártires á quienes tomaba por modelo!

« ¡ Y qué bien la recuerdo en aquellos instantes!

« ¡ Y qué vivamente se perfila en mi imaginacion el cuadro que uno y otro formabamos á su lado!

« A continuacion de la vida del Santo, se hallaban tambien en aquel libro la epístola y el Evangelio correspondientes á él seguidos de ilustrativas «*reflexiones*».

« Nosotros leiamos.

« Ella escuchaba con recogimiento.

« Terminada la lectura, cual si quisiese aprovechar con nosotros cuantas ideas pudiese aquella inspirarla, con una sencillez admirable y con un zelo edificante, establecia una *instructiva conversacion* sobre lo que acababamos de leer.

« Por eso aquellas Epístolas y aquellos Evangelios no debian borrarse jamás de nuestra memoria.

« Ni sus comentarios podian hacer otra cosa que ilustrarnos en su verdadera interpretacion, porque aquella madre virtuosa sometida á la direccion de un confesor docto, sabia muy bien concretarnos á apreciar el texto Evangélico en las mismas competentes *reflexiones* de que aquel iba acompañado.

« Y aun una vez, haciéndose eco de las ilustradas prescripciones de su director espiritual, nos decia: *concretad al espíritu que esa meditacion encierra la letra que habeis leído, porque de otro modo una misma doctrina buena podréis practicarla de distintos modos, y uno de ellos ser malo, y he llegado á entender perfectamente ese mismo texto que en la epístola de San Pablo habeis leído y en que claramente nos dice, que la letra solo mata y el espíritu vivifica.*

« ¿ Quién sabe, hermano mio, si acaso en este recuerdo que ahora

« evoco, se halla explicada la distinta práctica que tu haces de la misma doctrina que recibimos juntos ?

« Mas, no.

« No quiero creerlo.

« Esa diversidad de práctica tiene un nombre, y ese nombre no quiero yo dársele á un hermano, á un hijo de aquella misma virtuosa madre que nos llevó en sus entrañas.

« Sin embargo ¿ quién sabe sí, sin conocerlo tú acaso, llevado de tu orgullo y de esa voluntad inquebrantable que siempre has tenido, te obstinas en adquirirte un título que yo rehuso darte ?

« ¿ Quién sabe si interpretando las cosas á tu manera, esa manera es mala, como decia nuestra madre, y cubres de luto nuestros corazones yaciendo el tuyo muerto hácia tu hermano, porque la *letra sola te mata y tu espíritu no se vivifica* ?

« Me he referido á tu orgullo.

« Sí, eso es.

« Ese gérmen pernicioso que te domina y hace que ni aun aquello bueno que practiques, lo ciñas á lo que debes.

« El orgullo, ese sinónimo de la soberbia que tan difícilmente reconoce en sí aquel que llega de él á poseerse.

« ¿ Y sabes por qué ? Escucha :

« Hubo en el primer dia del mundo un suceso asombroso que tuvo lugar en el cielo.

« Verificóse en tres momentos.

« Estos se llamaron instantes angélicos.

« Apenas habia trascurrido el primero que fué el de la creacion de aquellos espíritus que habian de formar la Corte Celestial, y que eran por lo tanto perfectos y hermosos en toda su plenitud, cuando sucedió el segundo en el cual uno de ellos, de los mas hermosos, como que en la celeste gerarquía formaba en el orden de los Querubines, y cuya hermosura al verle nos haria morir, ensoberbecido por ella misma, lanzaba ya al infinito espacio el eco de su soberbia diciendo : *Pondré mi trono sobre los cielos y seré semejante al Altísimo.*

« Pero el tercer instante no se hizo esperar, y este fué en el que el primer soberbio y sus cómplices fueron precipitados desde la altura del cielo hasta la profundidad del abismo !

« Asi tuvo origen la soberbia.

« Ella constituyó la condenacion del Génio del mal.

« Por eso desde aquel momento terrible formó con ella un *elemento*

« *capital* que en su día había de emplear mas sùtilmente en su lucha con la humanidad.

« Por eso es tan difícil que la humanidad la reconozca cuando la ataca.

« Por eso tu no te reconoces y no vences tu voluntad.

« Pero prescindo de la causa que te impela al mal, y me concreto en estos momentos que me restan de tiempo, al relato de los recuerdos que venia evocando.

« Era un día del mes de Diciembre, próximo á la festividad del nacimiento del Redentor, fecha que forma la especial veneracion y regocijo de los cristianos.

« El Angel de la muerte batia sus fúnebres alas sobre el lecho de dolor en que yacia sufriendo una mujer santa.

« Santa he dicho, sí.

« Tal vez al descender sobre ella el espíritu angélico que había de presentar su alma al Creador, se regocijaba al contemplar en el corazón de aquel modelo de virtud visiblemente grabados en indelebles caracteres los Mandamientos de la Ley Santa, y poder ostentarla ante el trono del Altísimo con el sublime lema: « *MANDATA DEI IN CORDE MULIERIS SANCTÆ* ». « *Los Mandamientos de Dios en el corazón de la mujer santa* ».

« Aquella mujer que espiraba era nuestra madre.

« Con esa tranquilidad é inspiracion que engendra la conformidad que preside á la muerte del justo y que un buen sacerdote me ha dicho, no ser inmodestia sinó lucidez de un espíritu que empieza á ver claro en el mundo de la verdad, exclamó: *Este año celebraré yo acaso con Dios en el cielo la venida al mundo del Redentor.*

« Luego, previendo acaso las divergencias que entre nosotros habían de existir en adelante, te encomendaba, como mayor, el cuidado de los demás hermanos y especialmente de mí, que era el menor.

« Y haciéndote abrir aquel *Año cristiano*, y en uno de los Evangelios segun San Mateo, que tenía marcado por haber fijado muchas veces nuestra atencion sobre él, te designó por sí misma el versículo que habias de leer.

« Entonces, en un silencio solemne interrumpido tan solo por el eco de nuestros mal comprimidos sollozos, tu voz se dejó oír en aquella morada funeraria, dando lectura á estas sublimes palabras:

« *Si trajeres tu presente al altar y allí te acordáras que tu*

« hermano tiene algo contra tí, deja allí tu presente delante
« del altar y vé: vuelve primero en amistad con tu hermano, y
« entónces vé y ofrece tu presente.

« Tu llevas tu presente al altar, hermano mio, puesto que sé
« que á veces hasta ofreces tu corazon para hospedar en él el cuerpo
« de nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento.

« Pero te olvidas que eres tú mismo quien tienes rencor contra
« tu hermano y no dejas el presente de tu corazon para volver en
« amistad conmigo y ofrecerle.

« Y en ese acto supremo como lo es verdaderamente para un cris-
« tiano que sabe y medita lo que en él practica; cuando el alma se
« eleva al cielo por encima de todas las cosas de la tierra; cuando,
« abstrayéndonos de las miserias que nos rodean, solo deben apre-
« ciarse inspiraciones de lo sublime, grande y generoso, ¿Cómo
« puedes empequeñecer las tuyas para no decidirte á dejar tu pre-
« sente, venir á buscarme y volver ante el trono del Sagrario en
« amistad conmigo?

« Porque no hay término medio, hermano mio.

« Porque cuantos ofrezcan su presente á Dios enemistados con su
« hermano, traicionan la doctrina que pretenden profesar, y viven
« en el error mas deplorable y trascendental.

« Voy á partir.

« Antes he querido desahogar mi alma.

« Me has desechado.

« Has desgarrado mi corazon.

« Te perdono.

« Pero ¿quién sabe si en las circunstancias de mi viage, te de-
« jo en esta carta mi testamento?

« Ella, no obstante, encierra mis ideas que son el único patrimonio
« que me queda de muestra buena madre y que siempre he conser-
« vado con la mayor religiosidad.

« Siempre, sí.

« Porque, ya crucé los mares en los viages que la suerte me ha
« deparado, ya sufra las borrascas de la desgracia en el agitado
« mar de mi vida, esas máximas han sido siempre el Norte á donde
« he procurado poner mi rumbo.

« Te dejo, pues, marcado el derrotero.

« Este era mi objeto, y así, termino esta carta.

« Mas... un pensamiento terrible asalta á mi mente en este ins-
« tante.

« ¡Quién sabe, si hermanos que no se abrazan en la tierra,
 « pueden tener entrada juntos en el cielo!
 « Si así fuese, nuestra madre que en él nos espera, echará de
 « menos algún día á aquel que de nosotros faltare.
 « No es posible turbar la dicha de un espíritu ya glorificado; mas
 « puede infinitamente aumentarse el sufrimiento del que, privado
 « de penetrar en la mansion de la bienaventuranza, tienda hácia
 « ella su vista, y halle vacío el puesto que para él estaba reservado.
 « Que ese puesto no sea el tuyo.
 « Por eso he rogado á Dios por tí antes de partir hoy.
 « ¡Que, cualquiera que sea mi suerte, puedas abrazarme aun en
 « tu corazón al menos, para que nunca dejemos por eso de vernos
 « algún día unidos en el cielo!»

Tu hermano: — *Emilio* ».

Al terminar esta carta, dos lágrimas que silenciosamente se deslizaban por las mejillas de aquel hombre, vinieron á descender sobre el papel.

Su emoción era visible.

El lector habrá también encontrado conmovedoras las frases que había trazado.

Además ¿Qué detalles eran aquellos que omitía á su hermano y que parecían revelar un misterio en el viaje que iba á emprender? ¿Por qué teme, según dice, que esta carta sea su testamento? ¿Quién es ese marino que tanto acopio de religiosidad y doctrina posee?

¿Quién era ese otro hombre, que practicaba buenas obras, y que no obstante, había desechado al parecer tan trascendentalmente á su hermano?

No se canse el lector.

Ese hombre existe, pero hay tantos como él en el mundo, que no le será fácil conocerle.

Su buena madre, esa también existe; pero en la morada en donde los creyentes tenemos la plena convicción de que, por la infinita bondad de Dios, deben existir los justos en el innegable mundo de las compensaciones.

En la Gloria.

CAPÍTULO II

ESTRELLA MATUTINA

« Una mujer vestida del Sol y la Luna á sus
« piés y sobre su cabeza una corona de doce
« estrellas. » (Rev. XII. 1.)

En la Corte del Cielo y en un trono al lado del Hijo de Dios, hay una Reina.

Ante Ella se inclinan en suplicante actitud diversos coros de Angeles.

Es aquella Soberana que, segun vió San Juan en su revelacion, en vez de manto régio, vá *vestida del sol*, y cuyo trono es *la luna debajo de sus piés*, y cuya imperial diadema se forma del refulgente esmalte de *doce estrellas*.

Los Angeles, dice el Sr. Mazo en su « Catecismo », deponen ante Ella su pureza, los Tronos y Dominaciones su nobleza, su amor, los Querubines y Serafines, y todos los coros angélicos su santidad y grandeza, porque todos los espíritus celestiales por mas sublimes que sean, no son sinó Ministros de aquel Dios de quien Ella es Madre.

Mas no lo es solo de Dios.

Su título Maternal es mas extenso.

Título que nunca puede olvidar.

Como que se le dió su Divino Hijo cuando se hallaba agonizando en la Cruz.

Ella es tambien Madre nuestra.

Y no solamente lo es de los potentados, de los grandes, de los ricos, de los felices, sinó tambien de los aflijidos, de los pecadores, de los desamparados, de los que lloran.

Por eso los Angeles se inclinan suplicantes ante su trono.

Porque elevan á él los ruegos de todos estos, que para llegar hasta el Altísimo buscan la mediacion tan poderosa de la Madre de Misericordia.

¡ Grandiosa intercesion !

Como es grandioso el valimiento y de aquella Reina á quien invocan.

Sobre los montes mas altos el Espíritu Santo la enaltece.

Sublimes cánticos elevan su bondad.

¿Quién puede espesar mas?

Solo se puede hacer recopilar lo que aquellos dicen.

Un moderno orador sagrado en imájenes bellas los reasume.

Y ese resúmen forma la mas brillante página de uno de sus discursos en que dice: (1)

Como allá en la histórica cumbre del Líbano dilata el cedro sus ramas,

Como en el perfumado monte de Sion yergue su copa el cipres,

Como la palma elegante de Cades se vá haciendo mas alta y frondosa,

Como el vistoso olivo de los campos produce siempre nuevos frutos,

Como el aromático cinamomo embalsama el aura con su fragancia,

Y como el terebinto en los valles ensancha y multiplica su tupida copa,

Asi la Virgen María aromatiza y hermosæa el árido desierto del mundo, y estiende por todas partes la accion maravillosa de su bondad y de su cariñosa y profunda misericordia.

Sublime descripcion.....

Esta veneracion que aquí iniciamos hácia la Virgen Santísima, estaba tambien constantemente arraigada en el corazon del protagonista de este relato.

En las oleadas del mar, como en las tempestades de sus amarguras, siempre habia vislumbrado en Ella la ESTRELLA MATUTINA que iluminaba el nebuloso horizonte que tantas veces habia aparecido ante su vista.

Y esa misma devocion habia inculcado á su hija, aquella tierna niña que en un principio hemos visto acariciada por la aflijida mujer que casi sollozando esperaba que el marino terminase la carta que ya conocemos.

Él habia formado el corazon de aquella hermosa criatura en la mas sana doctrina y en la mas santa devocion.

(1) Señor Veres Acevedo en su notable discurso á la Asociacion de Beneficencia española en Buenos Aires.

Emilio, que este era el nombre del marino, habia dado á su hija y esto para aprenderle muy bien, el « *Catecismo Explicado* » del señor Mazo que recientemente he citado, y que sea dicho de paso, debia estar escrito en letras de oro, si el oro como materia preciosa, pudiese ser mejor que otra cualquiera para engarzar las joyas del espíritu.

Pero no: estas solo pueden ser incrustadas en los corazones *limpios* purificados en el crisol del amor divino.

Y el libro que he citado es en verdad un tesoro de espirituales riquezas.

En este pues, era en el que Emilio hacia aprender su educacion cristiana á su hija.

Asi es que ella, á pesar de contar solo ocho años de edad, demostraba un conocimiento de ideas religiosas, que excedia á lo que naturalmente podia exigírsela.

Dotada además de una imaginacion verdaderamente precóz, Clara, que así se llamaba, demostraba una delicadeza de sentimientos y de apreciacion de las situaciones, muy superior á la que tambien podia esperarse de su infantil penetracion.

Asi es que cuando Emilio hubo terminado su carta y se dirigió hácia su hija para darle un brazo de despedida, ella, rodeándole el cuello con sus brazos, é imprimiendo sobre su frente dos ardientes besos, recordó desde luego la proteccion que de la Madre de Dios podia invocar para su padre, como la mas eficaz, y exclamó :

— Mi Madre del Cielo te guie, padre mio, y Ella te vuelva pronto á nuestro lado.

Y algunos sollozos cortaron estas palabras.

— Sí, hija mia, prosiguió entonces la mujer que hemos visto á su lado y que no era otra que su madre, los niños son los Ángeles de la tierra, y su plegaria es recibida por los del Cielo para presentársela á esa Santa Madre que tú invocas.

— Sí, Clara mia, continuó el marino, tiene razon tu madre, y antes de separarnos, dí esa oracion que es de tu especial devocion para que la Virgen haga que vuelva pronto á vuestro lado, como tú dices.

Entonces tuvo lugar una escena verdaderamente conmovedora.

La niña sacó de sobre su pecho una medallita con la efigie de «*MARÍA SIN PECADO CONCEBIDA*», y estendió sus manecitas al cuello de su padre, mientras que elevando sus ojos al Cielo y en la actitud de la inspiracion mas santa y angelical, empezó á rezar aquella sú-

plica de San Bernardo que tan eficazmente despierta la ESPERANZA en el alma del que la dice con FÉ :

«Acordaos, ó piadosísima Virjen María, que jamás se ha oido decir « que haya sido desamparado de Vos, ninguno de cuantos han acudido á vuestra proteccion, implorando vuestra asistencia y reclama-
« mando vuestro auxilio ».

Y continuó ese sentimental «*memorare*» que tanta confianza inspira en la Santa Madre de Dios.

Y dirijiéndose, despues de terminar la plegaria, hácia su padre, prosiguió :

— Guárdala, padre mio, no pierdas esta medalla : consévala siempre hasta que vuelvas ; yo la tengo mucho cariño : es la única alhaja que tengo. ¡ Hemos llegado á ser tan pobres desde que estuviste tú enfermo ! Pero yo le he pedido á la Virjen que te haga rico, y Ella te lo concederá, porque en el devocionario que me regalaste y que se llama « *Camino del Cielo* » he leido muchas veces *que el que hace promesa de comulgar doce meses seguidos en honor y gloria de María Santísima, y en memoria de las doce estrellas con que dice que San Juan la vió coronada en el Cielo, alcanza de esta gran Reina y Señora cualquier gracia que se la pide y sinó alcanza la que pide, será porque no le convendrá, pero que entonces le concederá otra mayor y mas útil que la que pretende, como la experiencia, dice, lo ha demostrado.* Yo padre mio, en este año, como tu sabes, he comulgado tres veces, y en este instante prometo hacerlo doce meses seguidos para pedirle te libre de todo peligro en este viaje y para que mi madre no lllore tanto como está llorando desde el dia en que murió mi hermanita.

Padre y madre estrecharon contra su seno á la preciosa niña que con angelical sencillez enumeraba cuanto sabia, y demostraba la fé sincera que ya se habia desarrollado tan felizmente en su corazon.

Pero sus abrazos iban acompañados de abundantes lágrimas.

La niña, al terminar su relato, habia unido á lo conmovedor de aquella escena, el recuerdo de la muerte de su hermanita, muerte que en sí encerraba detalles tan dolorosos como indelebles para aquellos infortunados padres.

Ella lo comprendió sin duda, pues abrazándolos á ambos continuo :

— Que no me pierdas la medalla : mira que solo te la doy á tí porque te vas y porque, dicen, que son muchísimos los peligros de que ha librado á los que con fé la han llevado.

—Así lo haré, hija mia, contestó Emilio guardando con religiosa veneracion aquella joya santa que la angelical niña le acababa de dar.

—Ahora, continuo dirigiéndose á su esposa, mucho me cuesta separarnos, Elvira, mas es preciso sobreponernos.

—Emilio, repuso aquella, estoy tan afligida, tan reciente está tambien la pérdida de nuestra hija... piensa que ayer aun la hemos enterrado....

—Si, si... es cierto.... Mas.... Eso mismo debe consolarnos, prosiguió con voz entrecortada, porque será un ángel que estará al lado de Dios para rogar á él por nosotros....

Elvira creia con igual fé los consuelos que su esposo le daba, mas sin embargo, no cesaba de llorar.

Emilio conoció que era preciso no prolongar aquella situacion.

Él tambien sufría y ocultaba ademas algun otro sufrimiento acaso que no queria revelar á su esposa, y quien sabe si tal vez luchaba consigo mismo é iban á faltarle las fuerzas.

Tomó la carta que acababa de escribir á su hermano y que habia dejado sobre el pupitre, y llamando á uno de los marineros le dijo :

—Al ir ahora á tierra, lleve usted esta carta á su destino.

El marinero la tomó en sus manos y se dispuso á preparar un bote.

—Es preciso evitar que ella se entere, murmuró Emilio hablando consigo mismo. Su contenido podria hacerla entrever un peligro.

Y luego volviendose á Elvira, continuó :

—Es la carta de despedida para mi hermano ; no te canso con su lectura. Me desahogo en ella como en tantas otras que le he dirigido.

Despues, abriendo un pequeño cajon incrustado en el mismo pupitre, sacó de él treinta onzas de oro y algunas otras monedas que completaban la suma de quinientos cincuenta pesos fuertes y los presentó á Elvira, diciendo :

—Toma este dinero que me acaban de traer, momentos antes de tu llegada, los propietarios del buque, segun la condicion que les exijí. No es mucho, pero recuerda nuestra situacion de ayer : con ello vivireis por algun tiempo.

Emilio, al darle aquel dinero, apenas podia disimular su agitacion.

—No nos lo des todo, repuso Elvira. Llévate tu una parte.

—Yo llevo ya con el buque cubiertos todos mis gastos, contestó Emilio haciendo que su esposa recibiese aquella suma.

—Entonces, dijo Elvira guardándola por fin en una bolsita de mano que llevaba ; ¿ es decir, que sin duda esos buenos señores, conociendo

las desgracias que venimos atravesando nos hacen el beneficio de adelantarnos ese dinero ?

— Sí, eso es, tartamudeó Emilio. . . Esos buenos señores nos adelantan eso sobre los doscientos duros que me dieron ayer.

Luego dirigió su mirada hácia el rio para ocultar la emoción que tan misteriosamente le dominaba, y volviéndose á Elvira, la hizo notar el agitado oleaje que la corriente empezaba á mostrar.

— Mira, la dijo ; el viento que reina es fuerte. Para mi salida puede acaso favorecerme ; mas, á tí podria contrariarte para volver á tierra. Por tanto, puesto que al fin tenemos que separarnos. . . .

Emilio casi no podia terminar la frase.

Amaba tiernamente á su esposa y á su hija, dos séres en quienes tenia repartido su corazon ; habia tambien atravesado recientes desgracias, y en su viage habia algo que parecia envolver un sacrificio acaso.

Elvira le correspondia con la misma intensidad.

Por fin, despues de algunos instantes de lucha consigo misma para resolverse á abandonar á su esposo, con religiosa entonacion le dijo :

— ¡ Dios te proteja, Emilio ! Y se arrojó en sus brazos sollozando.

— Y me protegerá : no lo dudes, repuso él.

— Sin tí, prosiguió ella, sin tí que eres mi apoyo, y sin ningun otro, porque con tu hermano no hay que contar ; ¿ cómo podré sobre llevar mi tristeza ?

— Pero volveré pronto, Elvira mia, Dios así lo querrá.

— Y sí que lo querrá, interrumpió aquí la niña interponiéndose entre ambos esposos, porque á todas horas yo se lo pediré. Y aun cuando el viento arrecie algun dia, y la borrasca aparezca, lo que Dios no permita, piensa que yo estaré rogando por tí y aun cuando sea de noche me levantaré para pedirle que no corras ningun peligro.

— Sí, hija mia, le contestó su padre, si eso fuese, ruega á Dios por mí.

Despues la estrechó por última vez entre sus brazos, y pasando luego á su esposa continuó :

— Adios, hija mia. Adios, esposa mia. Hasta la vuelta.

— Adios, padre mio. No me olvides nunca en tu viage.

— Nunca, hija mia, nunca, la contestó.

— Hasta la vuelta, prosiguió la afligida esposa, mas. . . ¿ si no volviesses ? añadió con voz ahogada por el llanto.

— ¡ Qué idea ! repuso Emilio.

— ¡ Pueden ocurrir tantas cosas en un viage largo !

Durante este diálogo, el marinero á quien antes habia llamado Emilio, tenia ya preparado un bote.

Elvira y su hija saltaron á él.

El último adios se cruzó entre aquellos tres seres tan queridos uno de otro.

El bote empezó á alejarse con direccion á la playa.

Emilio, viéndole desviarse de su lado, y dando rienda suelta á las ideas que le agitaban al parecer en cruel lucha, murmuró hablando consigo mismo :

— No . . . no tengo que vacilar Además ese santo sacerdote que ayer me garantía asegurando que antes daré mi vida que faltar . . . Y si faltase, no podria devolver lo que he tomado. ¡ Creerian que lo robaba ! . . . No, no Adelante . . . Luego . . . el otro capitán habra exagerado sobre lo que dice del buque

En este momento Elvira elevaba á su hija entre sus brazos desde el bote y esta, con su pequeña mano, se esforzaba por indicar á su padre otro signo mas de su despedida.

Emilio entonces, mirando á la una y á la otra, continuó :

— ¡ Pobre esposa mia ! Ella ignora todo esto . . . Ella no sabe que puedo caminar al abismo ¡ Si lo supiera . . . ! ¡ Oh ! Pero no ¡ Dios me protegerá ! Y para que así sea, ese ángel que me ha dado . . . esa hija querida se lo rogará, y la otra que ayer me ha arrebatado al cielo se lo pedirá tambien

Luego mostró en su mano un pañuelo blanco.

Para Elvira y su hija, era un signo con que correspondia al postrer *adios* que la tierna Clara le enviaba.

Para él, era un paño de lágrimas en que enjugaba las que de sus ojos brotaban sin poder contenerlas.

Por fin, prorrumpiendo en un desahogo y como combinando su pensamiento con las últimas fatídicas palabras que su esposa instintivamente habia pronounciado, murmuró sollozando :

— Volveré, volveré . . . ¡ Y si no vuelvo . . . ! Si no vuelvo . . . ¡ Allí nos veremos ! continuo, elevando sus ojos al cielo y oprimiéndose el corazón con sus manos, cual si quisiese contener sus latidos.

CAPÍTULO III

UN CATÓLICO Á SU MANERA.

*«Somos Secretarios de la letra de Jesucristo
« que está escrita, no con tinta sino con el es-
« piritu de Dios vivo: no sobre tablas de piedra
« sino de carne que son vuestros corazones. El
« mismo Jesucristo nos hizo ministros, no de la
« letra que mata sino del espíritu que vivifica ».*
(II Cor. 3, 6.)

Cuando Elvira con su hija arribó á la playa, concibió la idea de no separarse de allí mientras el buque donde su esposo iba á partir, no levantase el ancla y se alejase completamente á su vista.

El marinero que llevaba la carta de Emilio para su hermano, saltó á tierra para cumplir su encargo y á su regreso volvió á tomar el bote en direccion á la goleta.

Elvira quedó apoyada en la baranda de un pequeño embarcadero que entonces habia, próximo al « Fuerte » y como para el servicio de este, en el cual, estando alta la marea, podia desembarcarse cómodamente. De él, hace algunos años, se encontraron aun vestigios.

Abandonemos á aquellas por ahora, y retrocedamos á los antecedentes que el lector ha de necesitar acerca de ese mismo hermano á quien Emilio habia escrito y que de un modo tan contradictorio en ideas nos le ha dado á conocer en su carta.

Era D. Cesáreo (asi se llamaba) un tipo especial que merece una particular apreciacion.

En la época en que le presentamos en escena, era un hombre de cuarenta y dos años de edad, es decir, doce mas que su hermano Emilio.

Una estatura regular, ojos negros y perspicaces, nariz aplanada, cabellos encrespados que siempre llevaba muy cortos, y unas patillas en forma de chuleta, constituian el conjunto de sus facciones.

Era de origen español y primogénito de una familia ilustre, en cuyo escudo de armas, partido en cuatro cuarteles, se ostentaban los emblemas de un árbol, una media luna, un caldero y cinco flores de lis en campo de gules.

Sobre esto se veía tambien una corona de marqués.

Aunque estos apuntes heráldicos no nos interesen, constituian para D. Cesáreo un trofeo de su orgullo y por eso no hemos prescindido de describirlos.

Muertos sus padres, hacia ya años, y viéndose el mayor de sus hermanos, su carácter naturalmente duro y poco afectuoso, adquirió un refinado egoísmo.

Hizo sus cálculos sobre la herencia que debia recibir.

La ley concedia á los primogénitos en España el título si le habia, la mitad de la herencia total, y otra parte de la otra mitad como uno de los demás hermanos.

Es decir, una reparticion leonina.

D. Cesáreo dijo:

—Me llevo el título porque soy el mayor: la mitad de lo que hay porque me pertenece: y la otra parte, como uno de tantos, por la misma razon.

Sin pretender aqui meternos á comentar leyes que ahora no son del caso, preciso era conocer estos antecedentes para motivar que D. Cesáreo y Emilio, siendo hermanos, fuesen uno rico y otro pobre.

Era consiguiente.

De un capital de ochenta mil pesos fuertes, D. Cesáreo se llevó primeramente cuarenta mil, y luego cinco mil mas como uno de los ocho hermanos que eran.

Cada uno de ellos, pues, tuvo que arreglarse con lo poco que le tocaba para perderlo acaso ó gastarlo en las primeras desgracias ó vaivenes de la fortuna.

Pero á D. Cesáreo le inquietaban poco los vaivenes de los demás.

Respecto á la educacion religiosa, todos los hermanos la habian recibido como Emilio recuerda en su carta á D. Cesáreo.

Pero este último despues que se lanzó al mundo con su ostentacion, se olvidó de la doctrina que le habian enseñado, y deseando *armozar con el siglo*, como él decia, y no apostatar tampoco del todo de ser cristiano, empezó á ser *un católico á su manera*.

A su *manera* solamente, no. A la de muchos hoy dia.

Espliquemos esto.

Quería no desdecir de la proverbial virtud que habia distinguido á sus padres, y que le tuviesen á él tambien por *un buen hombre*.

Esto con los virtuosos.

Con los *despreocupados*, despues de observar si algun virtuoso

le oía, empezaba á conceder todas las transacciones que le exigian los que llamaban á los buenos, *exagerados*.

Y esto lo hacía él sin creer que por eso dejase de ser bueno.

Creía de buena fé que sin dejar de profesar lo que le habian enseñado, podia prescindir de *ciertas* creencias que á *su juicio* no le parecian bien.

Era pues el « Católico liberal », que andando el tiempo, ha clasificado despues tan oportunamente el Sr. Tejado, en su obra del « *Catolicismo Liberal* » y el que en la « introduccion » de la presente obra hemos visto, es decir, un hombre que, sin dejar de ser cristiano, lo es á su manera, y hace mas daño que los que no lo son.

Era el *espíritu incompleto* que el Sr. Laurentie, hemos dicho tambien, que deploraba en su prólogo á la *Historia de los Papas* del Sr. Conde de Beaufort, esto es, un hombre que creia que el cristianismo puede adaptarse á las conveniencias particulares de cada uno, separándose de la unidad de los preceptos dogmáticos en que la Iglesia le tiene constituido.

Era, en fin, de aquellos á quienes, calificó posteriormente la Santidad de Pio IX en su alocucion á la Asociacion Católica Francesa, como *políticos de balancin* y á quienes condenaba y condenaria cuantas veces fuese necesario.

Era de los que el P. Claret dice, ser hombres que habian de hacer las cosas á su gusto y sin *sujecion á nada*, aunque fuesen buenas, y que no se sabia *cuando se perdian ni cuando se ganaban*.

Y esto en D. Cesáreo no era por ignorancia ó desconocimiento de la verdad.

La educacion religiosa que habia recibido, era muy suficiente para hacerle conocer el error.

Lo que hacia era adulterar aquella sana doctrina que le habian enseñado.

Y esto, vociferando y entablando sus discusiones en donde se le presentaba necesidad de armonizar las cosas segun á él le parecia.

D. Cesáreo era peor que si nada hubiese aprendido, y se callase. Al menos no propagaria errores.

Se hubiera perdido él solo no sabiendo nada, pero no contribuiría á que los demas pudiesen perderse.

Mas, queria aparecer como bueno, hemos dicho ya.

Y creía que con algunas caridades que praticase, á *su modo* tambien, tenia bastante.

Y las hacia en público, á cualquiera, mientras en secreto desechaba á su hermano.

Estableció, pues, una antítesis incomprensible entre las obras que hacia y el espíritu que en ellas le dominaba.

Llegó á ser uno de los que no vacilan en regalar mil pesos ante el mundo con tal de que la trompeta de la fama hiciera sonar en el espacio el eco de su *filantrópico desprendimiento*, como ya entonces se decia, y no daba un real por el amor de Dios cuando este acto hubiese solo de quedar sepultado entre Aquel y su conciencia.

¡Ah! Los Cesáreos que así practican la caridad, es porque no deben haber gozado nunca de esa incomparable compensacion que el alma experimenta cuando, acostumbrada á un dulce coloquio con Dios, le ofrece en su corazon *silenciosamente y sin que nadie lo oiga*, las buenas obras que por su amor ejecuta!

Entonces no se ambiciona que el eco de la trompeta las divulgue.

Al contrario.

Sus sonidos serian chirridos estridentes que, hiriendo los oidos, perturbarian la paz del alma.

• Malo es que el hombre dé el primer paso en una senda errónea.

Puesta la primera piedra, ya está fijado en un sentido dado el fundamento de un edificio.

D. Cesáreo sostenia en medio de todo buena amistad con apreciables sacerdotes que en su pátria le habian conocido.

Entablábanse á veces discusiones familiares.

D. Cesáreo no podia desprenderse absolutamente de aquellas impresiones solemnes que en su niñez habia recibido á la cabecera del lecho de su buena madre moribunda, y habia llegado á conocer íntimamente esas *cartas sublimes*, como las califica el Sr. Manterola en su «*controversia protestante*» que son, dice, *la irradiacion majestuosa del foco brillante de la fé cristiana y que se llaman los Santos Evangelios*.

Pero empezó á interpretarlas á su arbitrio.

Empezó, pues, á engañarse á sí mismo.

Porque ¿A dónde caminaba por esa senda?

¿Adónde.....?

Es tan halagadora y son tantos los que insensiblemente acaso se dejan arrastrar por ella, que hasta ha llegado á formularse en una seductora propaganda al pueblo.

Por eso no quiero prescindir aquí de bosquejar el paradero á donde aquella conduce.

Mas este bosquejo no le haré yo.

Cedo mi humilde pincel al de la *mano maestra* del Sr. Manterola en su libro á que antes acabo de referirme.

« Hoy, dice, cualquiera exclama: *Sé lo bastante para dirigirme : ¿qué necesidad tengo de ningún auxilio extraño, supuesto que puedo encontrar en el Evangelio á Jesucristo y su doctrina ?*

« Hubo un tiempo en que la *Reforma* dijo al pueblo: « *Sacude el yugo de autoridad.*

« Y el pueblo se dejó arrastrar por el torbellino impetuoso de la « rebelion mas sacrilega procaz é insensata, y en el vértigo de una « aberracion lamentable, gritó como gritaban los impostores del siglo « XVI: ¡Abajo toda autoridad interpuesta entre la revelacion de la « Biblia y la fé del verdadero cristiano!

« Y el pueblo se quedó sin la autoridad, sin el magisterio, sin la « enseñanza de la Iglesia.

« Es verdad que le quedaba la Biblia.

« ¡ Ah! La Biblia no podia sostenerse por largo tiempo excitando el « secreto y la veneracion del pueblo.

« Porque la promesa que se le hizo de que en la Biblia interpreta- « da por él solamente, encontraria á Jesucristo y su doctrina, fué una « seduccion, un sarcasmo.

« ¡ Pobre pueblo!

« Los que te llaman feliz en la conquista y adquisicion de derechos « absurdos, porque es absurdo hablar de derechos contra Dios, como « si Dios no fuese el origen fontal de todos ellos; los que dicen haber « hecho tu bienaventuranza, arrancándote del seno de su tiernísima « Madre la Iglesia Católica; los que falsos y fementidos profetas, te « hablan de soñadas felicidades en la embriaguez idolátrica de eman- « cipacion criminal, ellos, si. . . . ellos ¡ pobre pueblo! te engañan « y seducen.

« En efecto; engañado y seducido el pueblo por la fascinacion de « la *reforma*, estendió sus manos y se lanzó con avidez á la Biblia. « Abrió el libro de los Evangelios y comenzó á leer, y continuaba « leyendo, y leia, leia. . . . aquí un precepto, allí un consejo, mas « adelante uno de los hechos de la vida del Salvador, y relacionados « con estos hechos otros preceptos, distintos consejos. Y leia instruc- « ciones de alta moral y sublime doctrina encubiertas bajo el velo de « figuras y de parábolas.

« Y no entendia las figuras, y no alcanzaba el sentido de las pará- « bolas.

« Y leía, y leía, y en el Evangelio segun San Marcos (1), y en el Evangelio segun San Juan (2) halló el siguiente diálogo :

« Acercándose los discípulos al Salvador le dijeron :

« — ¿ Por qué les hablas por parábolas ?

« Y él les contestó :

« — Porque á vosotros es dado saber los misterios del reino de Dios ; mas, á ellos debe traérseles por parábolas, para que *viendo vean y no vean, y oyendo, oigan y no entiendan*. . . . Toda-
« via tengo que deciros muchas cosas ; pero en la actualidad ni voso-
« tros mismos sois capaces de comprenderlas ; cuando venga el Espí-
« ritu de verdad, él os enseñará todas las verdades » .

« El pueblo de todas las naciones donde la *Reforma* habia domi-
« nado, se vió envuelto en las sombras de la religiosa oscuridad que
« vela el sentido de los Libros Santos, y *viendo, no vió á Jesu-
« cristo, y leyendo, oyó y no entendió su doctrina*, y privado ya
« de una interpretacion jurídica, autoritativa é infalible, y falto de la
« asistencia del Espíritu Santo que Jesucristo prometió solo á su
« Iglesia docente en la dispensacion de la doctrina revelada, el pueblo
« repitámoslo otra vez, el pobre pueblo, seducido y engañado,
« victima de un desengaño terrible, y de una desesperacion feroz,
« arrojó indignado la Biblia, y se quedó sin Iglesia, y sin Evangelios,
« sin Escritura y sin tradiciones, sin religion positiva.

« Hé ahí lo que ha sido de todos los países dominados por la *Re-
« forma* » .

Tal es el cuadro brillantemente descrito, que hemos reproducido aquí, porque no he querido privar de él á mis lectores.

Él es el perfil del caos á que la humanidad camina cuando se obs-
tina en girar á *su albedrio*.

Él es el círculo en que, sin conocerlo acaso, se iba envolviendo el protagonista de nuestro relato, al separarse del espíritu de lo definido por los *secretarios de la letra de Jesucristo escrita no con tinta sino con el espíritu de Dios vivo ; no sobre tablas de piedra, sino de carne, que son los corazones*,

(1) IV, 12.

(2) XVI, 12 y 13.

CAPÍTULO IV

UN POCO DE HISTORIA Y ALGO DE LEYENDA

*« Prescindamos de hacer doctrina y sigamos el argumento.
« Los fragmentos de este capítulo son su base. Recíbalos el lector como arrancados de un episodio verídico, oculto hoy en un rincón de la historia ».*

[El Autor].

Hecha la descripción moral de D. Cesáreo, presentémosle ahora en los detalles de su vida íntima, desde las causas que motivaron la residencia en « El Plata » de los dos hermanos que ya conocemos.

Mas, para esto precisamos remontar nuestros antecedentes á los de la familia á que pertenecian y que ademas están ligados á otros acontecimientos interesantes.

En esta obra nos proponemos, aunque con los limitados recursos de nuestra humilde capacidad, desarrollar una acción dramática.

No podemos, como ya hemos iniciado en el prólogo, prescindir de la parte descriptiva de sus incidentes.

Ademas, toda la mayor extensión del argumento y el mayor conocimiento que el lector llegue adquirir hasta en sus vulgares detalles con los personajes que le presentamos, contribuye al plan que nos hemos trazado.

Y si los acontecimientos que describimos no son completamente frívolos sino hasta cierto punto de alguna referencia histórica, preciso será también que hagamos historia sobre ellos.

Acaso forme su relato una digresión algo difusa, pero que se basa en curiosos datos trabajosamente adquiridos.

Por otra parte, Argentino es su origen y para los Argentinos escribimos.

Por eso no prescindimos de aquellos en esta obra y constituyen la narración siguiente :

I

Era el año 1702.

La época en que la Nación Española ostentaba sus dilatados domi-

nios en las Indias Occidentales, y cuando entre todas ellas era el Perú el mas universalmente codiciado.

Y esta codicia llegaba al extremo, segun varios historiadores, de que el ataque á los buques españoles que se encontraban en el Océano, era hasta patrocinado por los gobiernos, aun de naciones que sostenian paz con España.

El Sr. Gelpi y Ferro, en sus muy bien escritos *Estudios sobre la América*, recopila datos muy importantes sobre estos antecedentes.

El « Continuator de Mariana » cita ya desde 1568, el apresamiento de las naves españolas que conduciendo mas de cuatrocientos mil ducados, habian arribado al puerto de Hampton para librarse de los piratas.

Por espacio de sesenta años, dice el historiador Weis, persiguieron los armadores de la Rochela á los buques españoles.

En todo el reinado de Enrique IV, añade, llevaron á su puerto numerosas naves.

El comercio entre España y sus Colonias, dice el citado Sr. Ferro, tuvo que organizarse en convoyes de galeones debidamente escoltados y armados.

Reinaba en España en la época á que nos referimos la Magestad de D. Felipe V.

Nieto de Luis XIV y nacido en Francia, estableció con la nacion que era su patria una liga amistosa á que el mismo Tratado de Verbins no habia podido llegar.

Los franceses fueron los primeros que, en las restricciones que el Gobierno Español habia tenido que establecer, habian sido autorizados para hacer el comercio con sus buques en las costas de Chile y del Perú.

Preparábase en el año que hemos citado, una de las mas grandiosas expediciones de los convoyes.

La armada española del Sud, dice el historiador Mesa y Leompart, era poco numerosa para el dominio de mares tan dilatados y bonancibles.

Buques franceses recientemente llegados, debian, en la amistad que entonces les ligaba á España, escoltar la expedicion á que nos referimos.

Parece que los historiadores han rehusado detallarla.

« Las rentas que España recibia de sus Colonias, apenas si llegaban á saldar sus gastos de administracion », dice el Sr. Paz Soldan en su « Historia del Perú ».

Esto, no obstante, sin querer exajerar sobre este punto, y formando opinion del conjunto de datos que hemos investigado, comen-temos lo que era el Perú en los tiempos en que su nombre se tomaba en frase vulgar como un sinónimo de tesoro.

Prescindamos de las fabulosas descripciones que D. Francisco Orellana llevó á los Reyes de España sobre los templos cubiertos de planchas de oro y de una república de mujeres, que dieron origen á la suposicion del famoso «Dorado» y de la república de Amazonas.

Mas, estimemos en su portentoso valor las riquezas que diversos historiadores reconocen.

Pensemos que era un país donde, por su rescate, ofreció á Pizarro el gefe inca Atahualpa llenar una vez de oro y dos de plata un aposento de diez y siete piés de ancho por veinte y dos de largo y nueve de alto, segun tomamos del detalle del citado señor Mesa y Leompart.

Oferta que cumplió y que por su enorme cantidad tardaron un mes en fundirla los plateros indios, y que, verificado su peso en presencia de los inspectores reales, produjo un millon trescientos veinte y seis mil quinientos treinta y nueve pesos de oro, que, segun el mismo historiador, en el mayor valor de la moneda en el siglo XV, equivale en el actual á quince millones de duros, añadiendo á esto la plata, que resultó ser cincuenta mil marcos.

Y sobre esto, aun el otro gefe inca «Huascar» ofreció mayor suma todavia con tal de obtener tambien su rescate.

Pensemos que es el país donde reside una *region de esmeraldas* en que Pizarro halló una del tamaño de un huevo de paloma.

Donde en esa fecha habia ya ochenta minas de oro y doscientas de plata.

Donde habia cavernas en que se descubrieron joyas inmensas que solo podian hallarse en un país, manantial de riqueza.

Donde solo en la de Cuzco, en vasos de oro ricamente grabados con figuras de serpientes, de langostas y otros animales, y en estatuas de mujeres de tamaño natural, macizas de oro y plata, se encontraron valores incalculables.

Y pues que á Cuzco nos hemos aproximado, recopilemos cuanto decir pudieramos, reproduciendo una frase histórica que espresa mas que nada, cuando llegó á decirse vulgarmente: *Que las únicas riquezas que no habia en Cuzco eran el oro y la plata*, porque de tanto como abundaban se estimaban exageradamente todos los demas productos.

Mas...no pretendemos hacer aqui el detalle de aquella *region de oro*.

Nos limitamos solo á indicar algunos antecedentes donde en la fecha que antes hemos indicado, iba á verificarse un importante embarque de aquel cargamento precioso.

La mas notable de las expediciones.

La mas portentosa remesa de riqueza.

Como no se conoce otra en los anales de la historia.

Fabulosa, á no tener origen en aquel manantial inapreciable.

Veinte y tres galeones habian cargado á su bordo en el puerto de ...el total de sus toneladas, que eran de 950 á 1800 cada uno, de oro, plata y joyas, en cajas, barriles y toneles.

II

La expedicion, segun hemos indicado antes, debia ir escoltada por buques franceses recientemente llegados al mando del Almirante de Châteaud-Renaud.

Mas, hé aqui que entre la tripulacion que estos habian traído, habia venido un personage de quien tenemos que hacer particular mencion.

Erá este un hombre como de treinta años de edad.

Ilustrado, activo, emprendedor á primera vista.

Era español y su familia ilustre.

En ella habia un título que habia pertenecido á un hermano mayor que él.

Ser *segundon* en su pátria, como así se llamaba á los que no tenian la suerte de nacer primogénitos y de heredar los privilegios que la ley les daba, no convenia en modo alguno á las ambiciosas aspiraciones que en alto grado poseia.

Pensó en América.

Pero escitando en su imaginacion sueños de oro.

Habia adquirido en su educacion vastos conocimientos en ciencias y en idiomas.

Especialmente poseia el francés.

Esto era una recomendacion en la Corte del Monarca que tenia su origen allende los Pirineos.

Fácilmente obtuvo recomendaciones con las que pasó á Francia y se presentó al Almirante de Châteaud-Renaud á la sazón que este se disponia para una expedicion á las Indias Occidentales, y el cual le recibió muy bien y le agregó á la comitiva que habia de acompañarle.

La circunstancia de poseer el idioma francés muy correctamente, y por naturaleza el castellano, hicieron que al llegar á la América donde se hablaba este último, se constituyese en una especie de intérprete del Almirante.

Este, por la seguridad que le inspiraban las recomendaciones con que aquel se le habia presentado, y las buenas aptitudes que para todo demostraba, acabó por dispensarle su confianza.

Dicho personaje se llamaba D. Antonio Menendez y Velazquez.

Llegó pues, la fecha en que la expedicion del convoy á que nos refferimos, debia hacerse á la vela á las órdenes del Almirante.

Era muy precóz la imaginacion de D. Antonio y mucha su ambicion, para que tuviese lugar un acontecimiento tan notable sin que él analizase el modo de utilizarle á su favor.

En efecto.

Una noche, la víspera del dia en que debia verificarse la partida, un buque fué remolcado hasta llegar cerca de uno de los galeones.

Sobre la cubierta de aquel galeon habia un hombre.

Este dió un silbido y el buque se detuvo á su costado.

El del galeon era D. Antonio.

Dos horas hacia que se habia presentado á su bordo con una orden firmada por Châteaud-Renaud.

En ella se decia al comandante del galeon que pasara al del Almirante, dejando entretanto la embarcacion confiada al portador de la orden.

Espliquemos esto.

D. Antonio habia concebido un plan.

En aquel dia se habia presentado al Almirante y con ese aire misterioso y solícito del que quiere hacer ver á otro que vá á prestarle un gran servicio, le dijo que, llevado de su amistad por él, y para que no saliese defraudado en una expedicion tan importante, habia vigilado el embarque del cargamento y que en uno de los galeones habian sido embarcadas cincuenta barricas menos de las que la factura indicaba, pero que, si le autorizaba, él se constituiria en el galeon para comprobarlo.

Esta revelacion fué tomada como un gran servicio efectivamente y agradeciéndole el Almirante le dió la orden que hemos visto, en virtud de la cual, habia quedado dueño del galeon hasta que él fuese á dar cuenta de haber desempeñado su comision.

Constituido D. Antonio en gefe del cargamento por este medio, mandó á descansar la tripulacion, cerró la escotilla de su bodega y esperó.

Cuando se aproximó el buque que hemos visto remolcar á su costado por la señal de aquel silbido que se dejó percibir, abrió otra escotilla.

Esta era la de entrada al bodegon donde iba el cargamento.

Entonces se vieron saltar sobre la cubierta del galeon cuatro hombres, y con una actividad increíble fueron trasportadas al buque cincuenta barricas del galeon.

Terminada la operacion, se trasladó D. Antonio al del Almirante, manifestándole que la comprobacion no podia hacerse sin trasbordo de una parte de las barricas y que esto divulgaria las sospechas y retrasaria la partida, pero que, consignándolo en su « Diario » podia reservarse la denuncia ú observacion para el desembarque, y acusar al comandante del galeon si resultare culpable.

El Almirante que tenia dispuesta ya la órden de salida para de allí á pocas horas, al amanecer, se conformó con esta opinion, hizo la anotacion consiguiente, y sin alteracion alguna en lo que estaba dispuesto, emprendió el convoy su viaje bajo su custodia.

A D. Antonio no se le vió mas en ninguno de los galeones.

El punto de desembarque debia ser Cadiz, pues solq este puerto y el de Sevilla eran los únicos habilitados por el Gobierno para el comercio de las Indias Occidentales, hasta que Cárlos III habilitó mas adelante los principales puertos de aquella Península.

El viaje se afectuó felizmente, y el convoy llegó por fin á avistar las costas de España.

Pero desde el Peñon de Gibraltar, que era digámoslo asi el apostadero de la escuadra inglesa, divisaron tambien al convoy.

Hemos indicado suficientemente lo patrocinada que estaba la pirateria entonces.

Los ingleses, pues, salieron á echarse sobre el convoy.

Este viró á buscar otro puerto del Noroeste de España donde refugiarse fácilmente y poder hacer un cómodo desembarco.

Ninguno mejor que la magnífica bahia de Vigo.

Mas, Vigo no era puerto habilitado.

Surgieron consultas al Gobierno, se perdió tiempo y los galeones tuvieron que estar en expectativa de lo que aquel resolviere, anclados en la proximidad á las Islas Cies que forman la embocadura de dicho puerto.

Bien pronto aparecieron los Ingleses.

El convoy avanzó en la ría.

Hé aqui los términos en que describe este verídico suceso que

entonces tuvo lugar, el historiador Verne, á quien nadie puede negar es, aunque en estilo recreativo, el gran escudriñador de los mas recónditos *rincones* de la historia y de la ciencia, detallando á favor del Almirante uno de esos rasgos que forman época en la vida de un marino.

Dice así:

« El 22 de Octubre de 1702 llegaron á la bahia de Vigo los navíos
« Ingleses.

« El Almirante de Chateaud-Renaud á pesar de la inferioridad de
« sus fuerzas, se batió con valor; y cuando vió que las riquezas del
« convoy iban á caer en manos de sus enemigos, incendió los galeones
« que se sumergieron con su tesoro. »

La comprobacion de las cincuenta barricas quedó, pues, sepultada en el abismo.

¡En cien millones de duros, hay quien calcula el valor de aquellas riquezas!

Al que dudase de nuestros datos que hemos tratado de recopilar, le remitiremos, como última comprobacion de las referencias hechas, á lo siguiente:

En 1862 una Empresa solicitó del Gobierno Español la estraccion de los tesoros de los galeones sumergidos en la bahia de Vigo, habiendo iniciado sus trabajos desde entónces.

¿Por qué los historiadores no detallan este notable suceso?

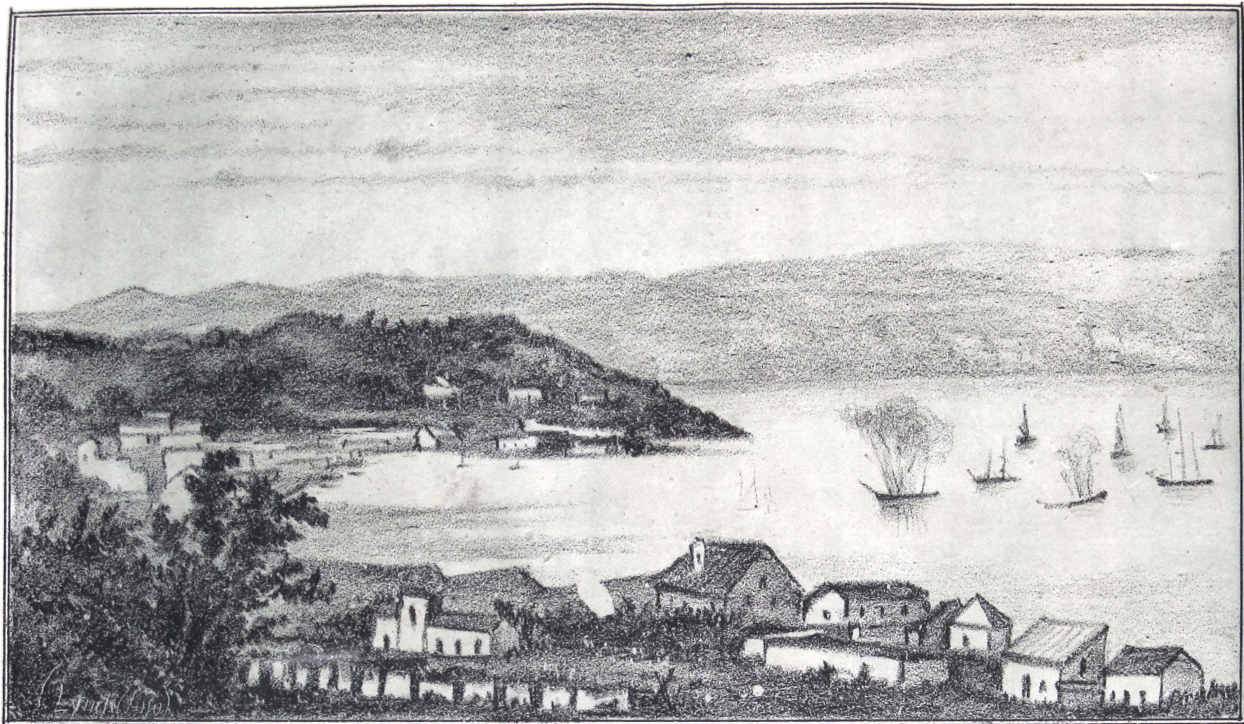
Lo cierto es que poco despues el obispo de Quito, Ladron de Guevara, encargado del Vireynato, fué destituido de orden del mismo Rey Felipe V, no obstantè el origen francés de este, por haber permitido á buques franceses volver á arribar al Perú, lo cual segun el Sr. Gelpi y Ferro que ya hemos citado, les hizo ver désmentida aquella frase de: *Ya no hay Pirineos*, que en la buena amistad habian pronunciado.

No sabemos si la perdieron por este suceso á pesar del valor del Almirante.

Mas. ¡Lo que son las riquezas de la tierra!

Precisamente en las mas grandes parece querer el Creador mostrarnos su fin precedero y hablar á nuestra alma cuando dice, segun San Lucas: « *Haceos bolsas que no se envejecen, tesoro en los cielos que nunca falta: donde ladron no llega ni polilla corrompe.* »

Dicho esto, volvamos á D. Antonio.



El 22 de Octubre de 1702 quedaron en la Bahía de Vigo sumergidos los galeones cargados de oro de América.

III

Dice un historiador que, desde que el comercio entre España y las Colonias tuvo que hacerse en convoyes, habia muchos buques que no tenian aplicacion alguna y que hasta *se pudrian*, anclados en un puerto.

Uno de estos era el que D. Antonio habia adquirido para remolcarlo, como hemos visto, al costado del galeon y trasportar á él las barricas de oro y plata.

Se habia servido de cuatro hombres á quienes dijo habia que hacer un recuento del cargamento por orden del Almirante.

Al reconocerle como perteneciente á la armada, aquellos hombres no comentaron el suceso.

Terminada la operacion, los despidió.

Luego buscó otros aptos para formar la tripulacion y los cuales ignoraban completamente el cargamento que llevaban.

Una vez arreglado todo esto, D. Antonio calculó que entre veinte y tres galeones que formaban el convoy, tardaria mucho el Almirante en echar de menos su persona, suponiendo que él iria en alguno de ellos.

Se consideró, pues, en posesion plena de una inmensa riqueza.

Pero faltábale ahora calcular la segunda parte de su negocio.

No impunemente se hace un hombre rico.

El encontrarse de sorpresa con un tesoro, no deja tambien de localarle en una situacion dificil.

Necesita pensar qué hacer con él.

D. Antonio trazó á grandes líneas sobre su perspicaz imaginacion el croquis del universo y se preguntó: «¿A qué punto de él me dirijo?»

Pensó que no era prudente permanecer en el país donde el *negocio* se habia consumado.

Él no podia prever que su empresa habia de ser tan felizmente coronada hasta el punto de que Chateaud-Renaud échase á pique los galeones y sumergiese con ellos toda probabilidad de complicaciones en comprobar las cincuenta barricas.

Por eso temia que, quedándose allí, viniesen algun dia indagaciones sobre él.

Pensó igualmente que dirigirse á Europa era seguir las huellas del Almirante, esponerse á quebrantos en el valor de su riqueza al

desembarcarla y tal vez á comentarios difíciles de satisfacer, si llegase á tener que justificar su procedencia, todo lo cual tampoco le era conveniente.

Concentró, pues, su imaginacion inagotable.

Hay en el mapa del mundo un punto blanco que resalta á la vista en el azulado fondo del firmamento.

Por eso la nacion que forma ese punto ha elegido el azul y el blanco para el emblema de su bandera.

Su nombre establece un principio de atraccion, una fuerza magnética sobre el alma del ambicioso.

El éco que produce al ser pronunciado, parece deslizarse fascinadoramente en los oidos, y conducir la mente á ensueños de oro.

Ese nombre es el de «RIO DE LA PLATA».

D. Antonio percibió ese *punto blanco* en el globo de la tierra que mentalmente habia perfilado, aspiró su mágica atraccion, y soñó divisar en él una argentina corriente de riqueza que irresistiblemente atraia á la que él acababa de adquirir.

Decidió dirigirse á aquel punto.

Mas, faltábale algo.

No estaba establecida la patente de navegacion que hoy se necesita.

Pero exigíase una licencia con la cual el comercio era libre.

Pensó en procurársela.

Para esto se fué al virey que lo era entónces el Sr. D. Melchor Portocarrero Laso de la Vega, Conde de la Monclova, y tomando el nombre del mismo Almirante, le dijo que este le encargaba una comision especial para el Rio de la Plata, por cuya razon deseaba prontamente la licencia para navegar.

El Almirante estaba levantando anclas en aquellos momentos de modo que ya no tenia que temer le desmintiese.

Su Excelencia el Sr. D. Melchor, que, dicho sea de paso, era un hombre harto conciliador y diplomático en sus ideas y en su administracion, y que hizo de sus mismos ahorros varios donativos para el Culto, recibió con agrado á nuestro D. Antonio, y hasta le dijo:

—Pláceme sobre manera esta coincidencia, pues que me hallo en el caso de aprovecharla como ocasion para remitir á aquel punto un pliego importante. Precisamente mi amigo D. Alfonso Juan de Valdés Inclan, Gobernador de Buenos Aires, se halla aun en cuestion con los portugueses sobre la tal Colonia del Sacramento, y tengo órdenes de la Corte que comunicarle. Encárgame su Magestad que

en el término mas breve quede libre toda la orilla izquierda del Plata.

D. Antonio obtuvo, pues, lo que deseaba, y hasta recomendaciones que le daban la mas libre entrada en el puerto de Buenos Aires y que habian de facilitar el desembarque de sus preciosas mercaderías.

Salvando incidentes de detalle, diremos que, algun tiempo despues de esto D. Antonio se hallaba en este puerto.

El Gobernador le recibió con el mayor agrado, aun cuando ya en la cuestion con los portugueses habia resuelto por sí mismo emprenderla contra D. Manuel Lobo y las fuerzas militares que habian llegado.

Faltábale á D. Antonio solamente poner completamente en salvo su cargamento, pues no habia de dejar á bordo de un buque sin defensa una riqueza tan inmensa.

Mas, ¿dónde puede guardar un hombre avaro un tesoro?

No habia bancos que admitiesen barras de oro y plata en depósito, y aunque los hubiera habido, D. Antonio se hubiese guardado muy bien de revelar las suyas.

En armonía con el espíritu de la época, pensó en lo mas natural para ocultarlas. Debajo de tierra.

Bien pronto en la inmediacion al rio y en la línea en que hoy se prolonga la llamada « CALLE DE BELGRANO » próxima á la Iglesia de Santo Domingo, adquirió una casita sobre la que hoy se eleva uno de los modernos edificios.

Empezó á distribuirla á su arbitrio y conveniencia imprimiendo en su construccion el gusto de solidez española de aquel tiempo, desde lo macizo de la puerta de la calle y gruesas losas de piedra del patio, hasta la andanada ó galería que rodeaba á este.

En uno de sus ángulos trazó un plano, segun el cual, prolongaba una línea que indicaba su direccion al Sudeste y que se desviaba de la recta de la calle en su fin á treinta varas de distancia.

Este plano habia sido trazado por él é indicaba una escavacion que debia practicarse en aquel sentido.

De este modo, calculaba D. Antonio que profundizando la pared en el cimientto el dia que quisiera cerrar esta escavacion, quedaba herméticamente tapiada, y aun cuando saliese del diámetro de su propiedad, nadie que sospechase de la existencia de su tesoro, podia imaginarse que debia ir á buscarle debajo de la casa de su vecino.

La precaucion debia ser profundizar mas de lo que se profundizan los cimientos de edificios ordinarios.

Por fin, la escavacion se practicó pretestando hacer una canalizacion de agua para establecer una industria nueva en el país.

Despues, con infinitas precauciones, valiéndose de las mismas recomendaciones que habia traído para evitar ser inspeccionado, fué trasportando sus barricas llenas de oro lentamente para no llamar la atencion, las cuales descargaba en el patio, y cuando estaba solo, conducia su contenido á la escavacion.

Era de ver la febril agitacion con que haciéndolas pedazos, iba llevando uno á uno los pesados lingotes de metal precioso que colocaba simétricamente en los profundos ángulos de un subterráneo, de cuya existencia aun actualmente han aparecido vestigios.

— ¡ Está segura mi riqueza ! creyó, por fin, poder exclamar D. Antonio, cuando hubo trasportado el último lingote y colocado las gruesas losas de piedra que apoyaban sobre barras de hierro cubriendo la embocadura de la escavacion.

— Puedo, añadió, entregarme á calcular sobre ella.

Mas . . . como dice el Apostol Santiago : « *Vosotros los que decis, mañana vamos á tal ciudad y compraremos mercaderías y ganaremos, sin saber lo que será mañana* ».

¡ Quién puede prever el curso de los acontecimientos en el océano de la vida !

Desarrollemos el enlace de los de D. Antonio.

Hay quien dice que los *refranes* son *Evangelios cortos*.

« *Una cosa trae á otra, y causa chica puede producir efecto grande* », suele decirse.

Y hasta cierto punto no deja de ser verdad, porque *un vicio suele traer otro*.

La avaricia es un *vicio capital* que tiene su antítesis en una *virtud* tambien *capital* que es la *caridad*.

Esta agrada tanto á Dios que á veces hasta le *falta tiempo*, digámoslo así, para premiarla y dá el galardón de ella en este mundo.

Del mismo modo, por su antagonismo, la avaricia le desagrada tanto, que su castigo le dá tambien sobre la tierra.

Por eso, sin duda, se le dió á D. Antonio.

Este que si era avaro, no lo era consigo mismo, sinó por el contrario era un buen gastrónomo, pronto á la avaricia unió la gula.

Y como entonces como ahora, y ahora como entonces, sostener una *buen mesa*, costaba en América mucho dinero, resultaba que D.

Antonio invertía en el gasto diario de los mas caprichosos manjares, sumas considerables.

Mientras *calculaba*, segun él decia, sobre su riqueza, habia adquirido muy buenos pesos fuertes de plata en cambio de algunos lingotes.

Eran precisamente aquellos pesos de una remesa de *duros* nuevos que habian circulado procedentes de la fábrica de Moneda Mejicana, y de unos cuños notables por su perfeccion, segun el historiador Sr. Gelpi y Ferro, como trabajados por los hábiles Gerónimo Gil y Sepulveda que habian sido los grabadores de los seis mil seis cientos punzones y viñetas para los tipos de la Imprenta Real de Madrid.

Con estas monedas era con las que D. Antonio pagaba sus gastos.

No existian, ciertamente, entónces esos establecimientos del arte culinario que hoy se ostentan en Buenos Aires y que hubiesen excitado la gula de nuestro gastrónomo, aun cuando no la hubiera tenido.

Pero habia un almacen *enciclopédico*, es decir, donde con el título de « *El Colmado* » que tenia sobre la puerta, ofrecia su dueño al público todos los artículos de consumo que pudieran apetecerse. Hallábase situado entonces en la inmediacion del vértice que hoy forman las calles de Belgrano y Defensa. En él habia un jóven dependiente recientemente llegado del campo y á quien llamaban por sobrenombre el *gauchito*.

Reuníase en aquel almacen por su proximidad al rio mucha gente de playa, no siempre santa.

Habia quien murmuraba si el *gauchito* era un *gaucho* de una compañía de ladrones para *agarrar* el hilo de muchos *negocios* que tampoco siempre eran lícitos y que allí se trataban entre una y otra copa de un « vino francés » elaborado á orillas del Plata, ó de una Ginebra ó de un ron Jamáica, de la calle de Balcarce.

Aquella esquina era un *laboratorio*.

El *gauchito* era, segun vulgarmente se dice, listo como un diablo.

Fijóse en el importe de las cuentas de D. Antonio.

Brillaron ante su vista los duros cincelados por los artistas Sepulveda y Gil.

Lo que tramó en su mente, no lo sabemos.

Una noche D. Antonio fué asaltado en su casa por cuatro hombres que *mágicamente* sin duda, se habian introducido en ella y que, apoderándose de su persona, le maltrataban y decian :

— Te estrangulamos, si no declaras en donde tienes el dinero.

D. Antonio luchaba en vano contra ellos por desasirse.

Parecian manos de hierro las que le sujetaban.

Juraba y bramaba como una fiera, entre las garras de los bandidos. No pudiendo defenderse los insultaba.

— Soltadme, canallas, gritaba en el colmo de su desesperacion; yo no tengo dinero.

Entonces con un acento de suavidad que tanto caracteriza la natural dulzura de los Argentinos, pero que en aquel caso contrastaba un poco con los duros tratamientos de que las suaves palabras iban acompañadas, se oyó una voz que muy melosamente contestaba á las imprecaciones de D. Antonio, diciendo :

— ¿Cómo quiere mi buen señor que le soltemos, si no nos dice en donde tiene los *patacones*? Porque mire usted que de esa moneda anda poca en Buenos Aires hoy, y los de usted son nuevos y para mas tienen muy bien hecha la cara del Sr. Rey de España, D. Felipe Quinto, y como nosotros tenemos muchas ganas de vérsela á ese bendito señor, es *por eso* que no podemos irnos sin que nos la muestre, nuestro querido señor.

Y con « señor » arriba y « señor » abajo acompañaban sendos golpes sobre D. Antonio, hasta que no pudiendo resistir mas, les declaró una bolsa llena de los tales *duros* y que contenia exactamente mil, protestando no tener otros.

Los ladrones, por fin, se conformaron.

Nunca pudo averiguarse quienes habian sido.

No obstante, un oido *fino* hubiese podido reconocer en la bromita de los « *señortos* » y de la cara del bonito Rey, el eco de voz del *gauchito*.

Aquello pasó así.

Como pérdida, el robo habia sido insignificante para D. Antonio.

Pero el susto no pudo evitarlo, y las consecuencias fueron fatales.

Le acometió una fiebre devoradora.

Durante ella deliraba con un tesoro.

Por fin, empezó á restablecerse.

Pero su temperamento nervioso y su obesidad constitutiva le ocasionaron de resultas de aquel golpe ataques epilépticos.

En uno de ellos tuvo miedo de verse solo sin ningun pariente á su lado.

La intranquilidad se apoderaba de él.

Mil eventualidades le ocurrían sobre sus riquezas, aun á pesar de sus precauciones.

Entonces buscó en su imaginacion una persona á quien confiarse.

Pero ¿Quién será el hombre que pueda infundir seguridad á un avaro para que este le confie el punto en donde guarda su tesoro?

D. Antonio no hallaba en su imaginacion á nadie.

Mas, avanzando en su ansiedad la inmensa distancia que le separaba del continente Europeo, se acordó de un hermano virtuoso que allí habia dejado, y de quien ¡cosa estraña! no se habia vuelto á acordar en algunos años hasta aquel instante en que creia necesitarle.

El egoismo, por lo visto, era entonces lo mismo que ahora.

¿No sé á qué fin preguntaria el célebre Larra en uno de sus clásicos artículos si los hombres serian en tiempos atrás distintos de como eran en el suyo?

Yo creo que siempre han sido lo mismo, en el sentido que estamos tratando.

El «Yo» en primer término: los demás pronombres personales son (por regla general) eliminados de los lazos del afecto desinteresado, por la *elipsis* del egoismo.

D. Antonio, por fin, despues de muchas vacilaciones, se decidió á dirigir una carta á su hermano.

Pero esta exigia tambien sus precauciones.

Podia estraviarse y vender á otro su secreto.

Al mismo tiempo era preciso decirle lo bastante para que lo entendiese y se animase á venir á su lado.

Despues de quitar y poner y volver á escribir párrafos, quedó concebida en los siguientes términos:

« Buenos Aires, Junio 22 de 1702.

« Mi querido hermano Juan:

« Te escribo estando enfermo.

« Poseo un tesoro.

« El estado de mi salud reclama á mi lado una persona de quien
« valerme.

« Esa persona solo puedes ser tú.

« Si vienes, te daré la mitad de lo que poseo que será por sí sola
« cien veces mas que lo que tú heredaste como mayor de los her-
« manos.

« Mas, no lo dilates, porque ¿quién sabe lo que puede ser de mi casa en alguno de los ataques que vengo sufriendo?

« Espero te embarques pronto.

« A tu llegada buscarás mi domicilio, que no tiene pérdida. Al Sud
« de la plaza próxima al Rio, siguiendo la primera línea de casas

« que forma calle á distancia de unas ciento cincuenta varas sobre
« la derecha, hallarás una casa de puerta arqueada, balcon de hierro
« y patio de piedra. Esa es la mia.

« Tu hermano: *Antonio.* »

Esta carta fué remitida por el primer buque que salió, despues de esperar veinte dias, pues no habia como ahora el servicio de los *paquetes*, ni se pensaba en ellos tampoco.

Debia, pues, D. Antonio esperar además tres meses de ida y tres de vuelta de la carta, y uno por lo menos para resolverse á contestar su hermano, suponiendo que la recibiese.

Mucho tiempo era este para la intranquilidad que le dominaba.

Lo cierto es que esta misma impaciencia excitó su enfermedad y los ataques se repitieron con mas frecuencia.

Su agitacion llegaba á su colmo cuando trascurria un solo dia sin poder mirar hácia la embocadura de la escavacion.

En uno de los accesos tuvo que permanecer varios dias en cama.

Durante ellos resolvió que al restablecerse, extraeria el oro que pudiera necesitar vender para su sostenimiento y tapiaria el subterráneo hasta viniese aquel hermano á quien habia escrito.

Así lo hizo.

Tan pronto como se pudo levantar y se encontró con algunas fuerzas, mandó que le trajesen los materiales precisos y cerrado en su pátio solo, bajó á prolongar el cimientto de la pared en cuanto tomaba la entrada al subterráneo, rellenó de tierra el otro espacio que quedaba hasta la superficie de las losas del pátio, y colocó estas encima, quedando borrado todo vestigio que pudiese revelar nunca la existencia de lo que allí habia.

Pero este mismo esfuerzo le perjudicó.

Cuando regresó el único sirviente que tenia y á quien habia hecho salir á una comision de algunas horas para que no le viese trabajar, le halló postrado víctima del mas violento ataque.

Los materiales de que se habia servido habian sido traídos despues de la salida del sirviente, de modo que este no comprendió su objeto, y además habia cuidado de dejarlo todo en forma que nada pudiese conocerse.

La gravedad de D. Antonio exigia tambien que aquel solo se ocupase de su asistencia.

En efecto, una hora despues el médico declaraba que no tenia remedio su enfermedad.

Pero habia ya perdido el conocimiento.

La prediccion del doctor se cumplió.

Poco despues D. Antonio espiró.

Como es de suponer, *ab-in-testato*, es decir, sin declarar lo mas mínimo acerca de sus parientes ni de su mismo tesoro que tan herméticamente quedaba sepultado.

Hé ahí lo que es la vida y el fin de los afanes del hombre en ella, segun dice San Lucas :

« *Un vapor que aparece por un poco de tiempo y que despues se desvanece* ».

IV

La carta de D. Antonio para su hermano llegó á Europa.

Pero ¿cómo podia él imaginarse que las cosas habian de estar siempre en el mismo ser y estado que como las habia dejado años antes ?

Su hermano habia contraido matrimonio con la Señora D^a Gertrudis Alvarez de Hinojosa, cuya familia residia en Madrid, y desde entónces habia aquel abandonado su residencia habitual que tenia en una de las provincias del Norte de España y se habia trasladado á la Corte con su esposa.

Cuando el cartero llegó un dia con la carta que desde América le habia dirijido D. Antonio, encontró un arrendatario á quien habia cedido por diez años las propiedades que en aquella provincia dejaba.

— ¿ Y á quién entrego yo esta carta ? preguntó el cartero al arrendatario.

— Puede V. dejarla si quiere, pero quién sabe cuándo vendrá por aqui el propietario. Nuestro contrato está arreglado por diez años, de los que solo ha trascurrido uno, y como el pago está adelantado, no tiene motivo para venir aquí. Yo no sé en dónde vive en Madrid. Lo mas que haré será guardarla.

El cartero, no sabiendo qué hacer de ella, se la dió y se retiró.

El arrendatario abrió una grande arca donde guardaba sus papeles y la depositó entre ellos.

A los cinco años falleció el arrendatario.

Su mujer que profesaba un respeto y veneracion grandes á cuanto aquel habia dejado, hizo un atado de todos los papeles y nunca consintió que se los tocasen.

Trascurrieron los diez años de arrendamiento.

La viuda le renovó.

Cuando D. Juan vino, como ella nada sabia de la tal carta que su marido habia recibido, nada le dijo respecto á ella.

Estaba envuelta entre los *recuerdos* que aquella llamaba, de su marido, y para estar mejor guardados, metidos en una bolsa.

Esta vez el arrendamiento no habia sido pagado adelantado, sinó que con la confianza del cumplimiento del anterior, debia pagarse por anualidades.

Durante las siete primeras, la viuda pagó religiosamente.

A la octava se atrasó.

A la novena hubo que intimarla por la ley.

Al terminar la décima, el administrador que tenia D. Juan tuvo que venir á ejecutar judicialmente el pago, en cuya consecuencia se verificó un embargo de cuanto la viuda tenia.

Esta se afectó tanto con aquel acontecimiento, que sufrió en el acto un accidente del cual falleció á los pocos dias.

D. Juan que era bondadoso, despidió al administrador que habia hecho el embargo y no volvió á tomar otro.

La viuda no dejaba hijos.

Los objetos ya embargados fueron rematados para solventar el crédito de D. Juan, y como nadie hizo oferta, le fueron adjudicados íntegramente, pues aquella habia declarado que no tenia otras alhajas, ni valores, ni documentos de valor con que pagarle.

D. Juan, entonces, resolvió no volver á arrendar la propiedad, reedificándola para habitarla él y su familia en las temporadas de verano, y depositó en una pieza todo lo embargado.

Asi quedaron indefinidamente arrinconados los *recuerdos* que la pobre viuda habia conservado de su marido.

Muerto D. Juan en Madrid, en donde vivia ordinariamente, aquella propiedad pasó en herencia al mayor de sus hijos.

Este la miró siempre como un trofeo, digamoslo así, de la familia, que era lo que venian á ser con el tiempo todos aquellos grandes torreones que para nada servian, en parajes aislados, pero que, rodeados de un gran cercado y un elevado porton de entrada con arco de piedra *sillera*, y el escudo de armas encima, constituian la llamada *casa solariega* donde podia vincularse un título.

El heredero de D. Juan, llamado D. Manuel, consideró así aquella propiedad y jamás se acordó de ella.

Los objetos embargados á la viuda siempre permanecian arrinconados.

Pero D. Manuel se casó.

Su esposa se llamaba D^a Catalina Alvaro de Santisteban.

Su eleccion habia sido bien acertada.

Doña Catalina fué una esposa modelo.

Trascurrieron bastantes años de matrimonio y durante ellos tuvieron ocho hijos.

Cuando aquella despues quedó viuda, fué una santa.

Fué. . . .lo que Emilio nos dió á conocer en su carta á su hermano Don Cesáreo.

Estos, pues, eran hijos del matrimonio de Don Manuel y Doña Catalina. Cuando quedaron huérfanos, cada hermano tomó rumbo distinto.

Entre ellos, Emilio que adivinando los deseos de su virtuosa madre, habia empezado sus estudios de latinidad y los preliminares para la carrera eclesiástica, muerta aquella, siguió su inclinacion natural que siempre le habia dominado por la marina, donde su inteligencia le hizo ser, al cabo de dos viages á la Habana, habilitado para mandar un buque.

Los conocimientos adquiridos y la educacion de virtud edificante que su madre le habia dado, hacian concurrir en él un tipo especial que tanto servia para desafiar las olas como para disertar sobre un tema de *moral*.

Don Cesáreo era de otro carácter.

Ya le hemos perfilado lo bastante.

Como el mayor de los hermanos hizo la cuenta particion que en otro capítulo hemos indicado de los bienes dejados por sus padres.

Y entre las partidas que se adjudicó, entraba naturalmente la citada casa *solariega*.

Al recibir su herencia, Don Cesáreo pasó inventario en la forma mas minuciosa.

Quiso inspeccionar todo.

Cuando hubo revisado lo mejor de sus propiedades, le tocó la vez á aquella casa que su padre apenas habia visitado.

Entró Don Cesáreo por el porton de ella, como un señor feudal hubiese entrado en su castillo pasando en revista á sus vasallos.

Examinó todo.

Se enteró de cuanto habia.

Inspeccionó hasta el último rincon.

Pasados algunos dias de su revision, penetró en una pieza oscura donde se hallaban amontonados y empolvados varios muebles viejos,

entre los cuales habia un arca, que era el *baul-mundo* que entonces podia encontrarse en una aldea.

Preguntó el origen de aquello y nadie le dió razon.

La generacion actual entonces de sirvientes, siempre lo habia visto así, y así lo habian dejado.

D. Cesáreo miró, y por fin se fijó en el arca.

Abrió y empezó á revolver su contenido.

Desató una bolsa.

Sacó varios papeles.

Eran algunas cuentas, un devocionario viejo, semillas de varias plantas, y entre todo esto, una carta.

Como no era mas que una, resaltó bien pronto á su vista.

Estaba cerrada.

La tomó en su mano y examinándola, miró el sobre y leyó :

« *Al señor D. Juan Menendez y Velazquez* ».

— Menendez soy yo y Alvarado por el apellido de mi madre. Mi padre no se llamaba D. Juan. Este era mi abuelo. Mas ¿ cómo podia tener su correspondencia en este sitio tan estraño.

Por fin, dejando á un lado reflexiones y preámbulos, abrió la carta.

Era la que en el año 1702 habia dirigido desde Buenos Aires D. Antonio á su hermano y cuyo contenido sabe ya el lector.

Una pila Wolta de cien elementos, si entonces los hubiese habido, que le hubiesen aplicado á D. Cesáreo, no le hubiera dejado mas electrizado.

— ¡ Un tesoro ! Exclamó por fin hablando consigo mismo.

Y avanzando luego en sus consigüentes inducciones, prosigüió :

— ¡ Un tesoro ! y nadie le habrá tocado, porque si esta carta estaba cerrada, claro es que nadie la ha de haber leído. Cómo ella está en este sitio, no lo entiendo : será un misterio, pero no me importa. El caso es que está aquí y que yo soy el primero que me entero. Pero. . . la fecha. . . la fecha ; 22 de Junio de 1702 !. Han trascurrido mas de cien años. . . y la suma. . . el valor. . . dice que si se decide á ir, le dará la mitad de lo que posee, que es por sí sola mas de cien veces lo que mi abuelo habia heredado ! Yo no sé lo que mi abuelo heredaría, pero las propiedades de la familia no han disminuido. Yo he heredado cuarenta y cinco mil duros : mi padre no ha malgastado : es de suponer que es lo mismo que á él le dejó mi abuelo. De aquí es que si este tenia ese capital, y en esta le dice su hermano Antonio que la mitad del tesoro vale mas que cien veces esto,

entonces la mitad sola, importa cuatro millones y quinientos mil duros, y el total serán nueve millones de duros !

Este era mucho golpe para D. Cesáreo.

— ¡ Nueve millones de duros ! exclamaba como delirando.

Pasó noches de insomnio.

Formaba mil proyectos.

D. Cesáreo, como ya hemos indicado, si bien no habia heredado toda la sana doctrina que sus virtuosos padres le habian inculcado, en cambio era un digno vástago del hermano de su abuelo á quien conocimos en su ambicion.

Y como todo ambicioso, pasada su sorpresa, meditó su plan.

Y le trazó con una prevision de incidentes admirable.

— Pero en cien años, se dijo, ¿ dónde estará ya el bueno del hermano de mi abuelo ?

Entonces, por la milésima vez volvió á abrir aquella carta y leyó :

« A tu llegada, buscarás mi casa que no tiene pérdida. Al Sud de la Plaza, próxima al Rio, siguiendo la primera línea de casas que forma calle, á distancia de unas ciento cincuenta varas, hallarás sobre la derecha una casa de puerta arqueada, balcon de hierro y patio de piedra. Esa es la mia ».

Claro es que despues de esta lectura quedó mas perplejo aun.

— Esto no basta, exclamó. ¿ Qué me importa saber la casa ?

Emprendió de nuevo su lectura desde mas atrás y vió que decia :

« No lo dilates, porque ¿ quién sabe lo que puede ser de mi casa en alguno de los ataques que vengo sufriendo ? »

D. Cesáreo se llevó la mano á la frente y murmuró :

— ¡ Ya está entendido ! D. Antonio tenia el tesoro en su casa ! Yo le buscaré, y le encontraré !

Luego se contuvo y vaciló diciendo :

— Mas ¿ Si lo hubiese revelado á alguno antes de que muriese !

— ¡ Bah ! continuó despues de un instante. Nueve millones de duros bien valen la pena de arriesgarse. ¡ A América, pues !

Y esto dicho, se apresuró á disponer los preparativos para el embarque.

Pero pensó que si encontraba el tesoro, su afan era trasportarle á España, y como era tan previsor, calculó qué debia llevar á prevenicion un capitan conocido á quien poder confiar el buque donde lo hubiese de conducir.

Entonces se acordó de su hermano Emilio y calculó que era vir-

tuoso, cariñoso, en fin todas las buenas cualidades que hasta el momento de servirse de él, le habian pasado desapercibidas.

Se dirigió, pues, al puerto próximo que era el de Santander, donde sabia se hallaba aquel, y donde podia arreglarlo todo.

Así lo hizo.

Cuando Emilio le vió entrar en su casa, se admiró de que su hermano, tan poco afectuoso siempre y que nunca le habia tratado de ver desde que murió su madre, fuera á buscarle.

— Vengo á hacerte una proposicion si te conviene, le dijo, sin quiera preguntarle por su salud.

— Dila, pues, hermano mio, contestó con cariño Emilio.

— Ante todo ¿ cómo estás de fortuna ?

— Hombre, tu debes suponerlo. Poco tenia. Si agregas á lo que he gastado en mis estudios náuticos, lo mal que he salido en los viages que he hecho á la Habana, y en los cuales quise interesarme en las mercaderías que el buque conducia, te diré que estoy empobrecido.

— Mal hecho haberse interesado, contestó con tono magistral D. Cesáreo, como si él hasta entonces se hubiese acordado de aconsejar á su hermano.

— Dios nos dió, prosiguió luego, cinco sentidos y tres potencias y el hombre debe saber en lo que se mete.

— Está bien ; pero el que se cae en el hoyo, repuso Emilio, ya sabes que nuestra madre decia que no se le echaba mas tierra encima para que no se pudiese levantar, sinó que se le daba la mano para sacarle.

— Déjame de reconvenciones, y escucha que á darte la mano vengo yo. Pues no parece sinó que yo no soy bueno para mis hermanos y que no hago bien á todo el mundo.

— Tu dirás entónces.

— ¿ Quieres ir á América ?

— No tengo inconveniente.

— Bueno, pues disponte, vendrás conmigo.

— ¡ Contigo !

— Sí.

— ¡ Tú á América !

— ¿ Créés que no me atrevo á cruzar como tú los mares ?

— Bueno, bueno, me alegre. Pero ¿ es de veras ?

— ¡ Vaya, abreviemos. Pongamos las condiciones !

— ¡ Condiciones !

— Si.

— Entre hermanos

— Condiciones, digo.

— Yo creo que si en tus negocios, que supongo lleves alguno, sales bien, no necesitaré pedirte, y si sales mal, nunca dejarás de atender á mis necesidades al menos.

Tanta mansedumbre dominó al desnaturalizado D. Cesáreo, que acabó por decirle :

— Sí, sí, tienes razon ; tú eres muy bueno ; eres un buen hermano ; has contestado bien. En efecto, llevo un negocio, y será como tu dices. Enterate qué buque sale para Buenos Aires y disponte para que partamos en él.

Todo quedó arreglado, aunque como el lector habrá observado, D. Cesáreo se guardó muy bien de comunicar su secreto á Emilio.

Ocho dias despues se hacian á la vela en el bergantin « Carmencita » con rumbo á la América del Sud.

Durante la travesía, D. Cesáreo repetia frecuentemente á su hermano, tal vez engañándose á sí mismo :

— Sírveme que yo te recompensaré ; ya sabes que yo tambien recibí la instruccion de nuestros padres y que entre sus máximas conservo aquella de : « hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, « sinó con obra y de verdad ». (1)

V

Cuatro meses despues de su salida del puerto del Santander, llegaron á Buenos Aires D. Cesáreo y Emilio.

Prescindimos del talle de las investigaciones que aquel practicó, hasta poder calcular en su imaginacion la casa en que habria vivido D. Antonio Menendez y Velazquez.

Midió sus distancias con arreglo á las señas que la carta revelaba, y aunque encontró las calles delineadas en esas simétricas porciones llamadas « cuadras », que desde 1580 habia dejado ya trazadas D. Juan de Garay y en las que la hermosa « Buenos Aires » se ha ido formando ; aquello del balcon, del patio, y de la puerta, pudo por fin fijar la vaguedad de sus suposiciones en la casa que contenia aquellas circunstancias.

La plaza próxima al rio, tampoco podria ser otra que la que hoy es de « La Victoria ».

(1) I Joan. III, 18.

Con grandes contrariedades pudo conseguir que desocupasen la casa y se la alquilasen con atribuciones, segun él habia manifestado, de modificarla á su gusto en el interior.

Entónces, emprendió, digámoslo así, su plan de campaña.

Pero el punto de ataque no se podia espugnar á la vista.

Habia que buscarle como el filon de una mina.

Así suponía D. Cesáreo que estaria guardado el tesoro.

En su consecuencia, reconoció desde el techado y las paredes, hasta los pisos de las habitaciones.

Los levantó: profundizó dos metros de escavacion en todos ellos.

No le quedaba mas que el patio.

Como estaba autorizado por el propietario para arreglar el interior de la casa á su gusto, siempre que la mejorase, nadie le preguntaba porque se metía á revolver en ella.

Por fin, emprendió tambien levantar todas las losas del patio y profundizar otros dos metros.

Necesitaba explicar de algun modo á Emilio el negocio que le habia traído á Buenos Aires y la extraña obra que iba á practicar. Le fué preciso decirle algo.

Entónces le fingió que lo que buscaba era una mina que un misionero le habia revelado en España.

De todo entendia Emilio menos de Mineralogía. Lo mismo creia él que podrian hallarse placeres de auríferas arenas en las márgenes del Plata que en las de California, y hubo de conformarse, y someterse á esperar.

D. Cesáreo trabajó cuanto puede imaginarse, en un hombre que desde Europa habia ido solamente á buscar aquel tesoro.

Los trabajadores que empleaba, no comprendian los designios de aquel removimiento de tierra. Él les indicaba algunos pretestos, y ellos trabajaban sin saber lo que hacian.

Sus esfuerzos fueron inútiles. Cuando iba á llegar á los cimientos de la pared daba por terminado su trabajo. No pasaba de allí.

Habia reconocido todo y nada habia encontrado.

Entónces se irritó.

Su carácter que hipócritamente se habia mostrado benévolo con su hermano durante la travesía, se manifestó en su habitual dureza, al ver que de nada le serviría acaso haberle traído consigo.

Llegó á sentir hasta el dinero que le habia costado el pasage.

Emilio le recordó el *ajuste* que antes de emprender el viage habia

mediado entre ellos, con una humildad y con un sentimiento que conmovia.

Peró siempre creia que su hermano no faltaria á su compromiso de atenderle.

Emilio era afectuoso.

No podia vivir sin cariño.

Así es que, cuando su hermano le negó el suyo, buscó otro.

Encontró el de una hermosa y virtuosa jóven, hija del capitán llamado D. Marcelo Benavides que habia muerto un año antes, en 1806, en el glorioso ataque que el ejército de Buenos Aires habia dado el 12 de Agosto contra el general inglés Berresfort.

La madre, en el estado de salud delicada que ya se encontraba, al poco tiempo habia muerto tambien de sentimiento.

Elvira, pues, que así se llamaba la jóven, era huérfana.

No necesitaba Emilio mas que un tipo así para fijarse en ella.

Donde habia tristezas, allí se interesaba su corazón.

Él compartió las suyas con Elvira, y la hizo su esposa.

D. Cesáreo vió que, sin tesoro acaso, empezaria á crecer toda una familia á su costa, y determinó cortar de raiz lo que él preveia como un mal.

Elvira era pobre.

Como que vivia solamente de alguna ropa para coser que un proveedor de vestuario para el ejército le daba.

D. Cesáreo llamó á Emilio y le dijo que la multiplicacion de una pobreza con otra, no podria engendrar mas producto que la miseria, y que la miseria era un baldon.

Preparó un golpe de efecto y asiéndole de un brazo, le condujo ante un escudo de sus armas que tenia grabado en un cuadro colgado en la pared.

Aquel escudo era el que ya en otro capítulo hemos detallado.

Y parándose ante él, y en el colmo de su irritacion, le dijo :

— Ese árbol que figura en uno de los cuarteles del escudo de nuestra familia, muestra en su rectitud la pureza de nuestra nobleza. En nosotros no hay sangre bastarda. Esa media luna que tambien ostentamos, representa que alguno de nuestros mayores acaso llevó sus proezas hasta un vasto imperio. Esas flores de lis en campo de gules demuestran que las damas introducidas en el árbol de nuestra genealogía, todas fueron nobles. Y ese caldero que ahí se cuelga, indica que ninguna de sus ramas ha dejado de tener abundancia y que no ha habido en ellas ningun pobre. Yo, con mina ó sin ella, soy rico. Tú,

sobre esos cuatro cuarteles vas á grabar otro en el que sin duda señalarán los que nos conozcan á un mendigo que tiende su maño para pedir limosna. Antes que eso sea, desaparece con tu mujer, ocúltate. No me avergüences y que nadie sepa que eres mi hermano.

Emilio, como todas las almas generosas, ante este language, tuvo lástima de su hermano y elevó su mirada al cielo.

Tal vez en aquel instante pensó en su virtuosa madre que desde allí acaso contemplaria aquella escena.

Y pensando en ella se inspiró en su doctrina santa y cual si hablase consigo mismo, solo pudo murmurar las siguientes palabras, tan grandiosas como solemnes :

— « Hubo, hermano mio, un hombre rico que se vestia de púrpura
« y de lino fino, y un mendigo echado á su puerta y lleno de llagas
« esperando hartarse con las migajas de la mesa de aquel. Y aconteció
« que murió el mendigo y fué llevado por los ángeles al seno de
« Abrahan, y murió tambien el rico y fué sepultado en el abismo :
« — Padre Abrahan, gritaba, envía al mendigo que moje la punta de
« su dedo y refresque mi lengua porque soy atormentado en esta
« llama. Y Abrahan le dijo : Acuérdate que en vida recibiste bienes y
« éste males ; mas ahora éste es consolado, y tú atormentado ».

Y luego en una sublime transicion, prosiguió :

— ¡ Madre mia ! ¡ Madre mia ! Si estás en el cielo, al lado de Dios, ruega por mi hermano que está siendo el rico de la Escritura, y por mí, mendigo del siglo XIX, que voy con mi pobreza á poner un baldon en sus blasones !

VI

La voz de Emilio se ahogó en su garganta entre sollozos.

¿ Qué habia de hacer ante un hermano para quien el ser pobre era una innobleza, y el pedir limosna una infamia ?

Lo que hacia.

Lo que hacen las almas grandes.

Tenerle lástima, rogar por él, y perdonarle.

Pero esto era el colmo de la virtud.

Era trocar completamente los papeles.

Emilio era un digno hijo de su santa madre.

Ella entonces, acaso le estaria bendiciendo en el cielo.

¡ Valia mas la grandeza de su corazon que todos los blasones del escudo de armas de su hermano !

Pero, no pudo resistir mas aquella escena, y salió de la casa de donde quedaba arrojado por ser pobre.

¡ Ya queda libre D. Cesáreo !

Emilio es harto delicado para que vuelva á importunarle al menos con su presencia !

Llorando regresó á su casa, pues nunca le habia brindado D. Cesáreo para que habitase en la suya, y desahogó con su buena esposa el sentimiento que le agobiaba.

Elvira, que está llamada á desenvolver una parte importante en el curso de nuestra historia, contribuyó con sus reflexiones á mitigar su dolor.

Pero, rechazado de su hermano y faltándole las promesas de aquel y el negocio porque habian venido á América, era preciso atender á su subsistencia.

No era fácil encontrar un buque que mandar, que era lo que como marino podia pretender mejor.

Los buques que venian de Ultramar traian sus capitanes.

Los Argentinos, á la altura que se hallaban los acontecimientos políticos, preferian á sus compatriotas.

Cuando le preocupaba el medio de salir de su situacion, tuvo lugar un acontecimiento de los que forman época en la historia de un matrimonio.

Tuvieron dos hijas, hermosas criaturas, gemelas.

Las pusieron por nombres Sofía y Clara.

Ambos esposos bendijeron á Dios, porque partieron con aquellos dos angelicales seres el amor que uno á otro se profesaban.

Pero creció la necesidad de buscar los medios de subsistencia.

Aquel matrimonio modelo acostumbraba á confesarse cada mes.

Su confesor era un venerable sacerdote que concurría ordinariamente á la Iglesia de Santo Domingo, y que se llamaba el Padre Ambrosio.

Un dia, despues de confesarse Emilio, el buen religioso al observar la consternacion de su penitente, le dijo si podia servirle de algo.

Este le hizo una confidencia de su situacion, aunque ocultándole todo lo referente á su hermano.

El sacerdote le dijo que si Buenos Aires no ofrecia mucha tranquilidad para que pudiese conseguir ningun recurso, él podria recomendarle á una persona muy virtuosa que en su última mision habia conocido en la Asuncion del Paraguay y que de fijo le colocaria.

Emilio partió á los pocos días para aquel punto con su esposa y sus dos hijas, donde fué muy bien recibido.

Su destino fué confiarle el mando de un pequeño buque, con el que su propietario hacia comercio de algunos productos entre la Asuncion y otros puntos del Paraguay.

Ganaba un módico sueldo y una pequeña parte en los negocios.

Pero el comercio que hacian era de poca importancia, y entre todo solo sacaba para poder sostenerse.

Sin embargo, se contentaba y estaba conforme con aquello.

Asi trascurrieron seis años.

Durante ellos dirijió varias cartas á su hermano, reiterándole por su parte su cariño aun á pesar de lo pasado.

Nunca le contestó.

Por fin, al cabo de este tiempo, el propietario del buque tuvo una pérdida.

Aquel día le dijo:

— D. Emilio: mi embarcacion pasa á propiedad de otro para pagar una deuda. Yo estimo á usted, pero no puedo ya darle á ganar su subsistencia.

Emilio se afectó bastante.

Todos los demás propietarios de buques los mandaban ellos mismos.

No tenia donde colocarse.

En esto, cayó enfermo.

Le atacaron unas fiebres intermitentes que se resistieron por muchos meses á todos los recursos de la ciencia.

Por fin, le dijo el médico era indispensable variase de clima.

Entonces regresó á Buenos Aires.

A pesar de todo, pensaba siempre en su hermano.

La enfermedad, no obstante, continuaba.

Carecia de recursos para atenderla.

Los escalones de la desgracia se descienden á pasos agigantados.

El primero llega cuando se acaban los elementos pecuniarios.

Con el último peso, escribia el Sr. Selgas, distinguido articulista Español, *se vá el último amigo*.

El segundo escalon se desciende cuando, sin amigos, se recurre á la venta de las alhajas ó ropas.

El tercero viene por sí solo cuando ya no hay que vender y se vá á pedir una limosna!

Este último descenso coloca á la pobreza en otra categoria.

Entonces toma el nombre de miseria.

Emilio habia recorrido toda esta escala y estaba en el último período.

.....

VII

Veamos ahora, lo que en este tiempo habia acontecido á D. Cesáreo.

Apuntemos siquiera cronológicamente los sucesos políticos que habian tenido lugar y que llegaron en algun tanto á conexionarse con él.

Este intervalo habia sido el de mayores agitaciones y mas trascendentes episodios de las páginas de la historia Argentina.

No pretendemos seguramente detallarlos cuando sobre ellos figuran ya las apreciables obras de notables autores como Dominguez, Nuñez, Mesa Leompart, Sarmiento, Navarro Viola, Quesada, Carranza, Estrada y otros que en concienzudos trabajos han consignado los «Fastos» de las Repúblicas de La Plata.

Por eso aquí, prescindiendo de hacer historia, nos limitamos tan solamente á evocar su recuerdo.

A raiz de la invasion inglesa rechazada en 12 de Agosto de 1806, ya en 19 del mismo mes se disponia el Cabildo de Buenos Aires á resistir la entrada del Virey, Marques de Sobremonte, que regresaba de Córdoba.

Apenas terminaban estos sucesos, y ya tenia lugar el del desembarco de Witelocke que preparaba la 2ª invasion.

Despues siguieron las agitadas fechas que precedieron á la independencia Argentina con sus consiguientes luchas é intranquilidades que algunas coincidencias vinieron á aumentar.

Fueron entre estas los temores del restablecimiento de la capital en Montevideo, y poco despues lo que se supuso como una conspiracion contra el Gobierno Americano, y que, segun el ilustrado Sr. D. Miguel Navarro Viola, en sus «Fastos de la América Española» dió origen á la célebre y sangrienta causa de D. Martin Alzaga.

Hecha esta digresion, volvamos, al personage de nuestra historia.

Los antecedentes que acabamos de esponer tenian los ánimos intranquilos.

Por todas partes se estendia la sospecha y la vigilancia.

Los mas mínimos incidentes que pasarian desapercibidos en cual-

quiera otra época, representaban entónces un cabo suelto por donde desenredar algun plan oculto.

Así es, que aquella misma trasformacion y remocion completa que D. Cesáreo habia hecho en el patio, haciendo profundas escavaciones, le revistió de cierto misterio y las gentes que velaban por la seguridad pública lo comentaron.

Unos decian que seria para tener un depósito de armas. Otros, una mina para hacer volar á Buenos Aires.

No fueron estos esbirros tan fáciles de conformar como lo habia sido el hermano de aquel, pues trataron de hacer indagaciones sobre las originales obras que D. Cesáreo emprendia.

Sin embargo, como estaba bien relacionado, como sus antecedentes eran buenos, y ¡ cosa estraña ! como, aunque no daba un pan para comer á su hermano, distribuia no obstante mas de mil pesos entre pobres que acudian á su puerta todos los Sábados al medio dia, no procedieron en contra suya, pero su temor fué bastante para que tuviera que suspender toda empresa por entónces.

Esto no era decir que desistiese de ella. Era esperar solamente á que los principios constitucionales hiciesen respetar la inviolabilidad del domicilio.

Entre tanto discurría y trazaba sus planos para practicar mas averiguaciones.

§

Por los fragmentos de la narracion que antecede, el lector ya conoce á nuestros personajes, que es el objeto que en esta digresion nos proponiamos.

Coloquemos ahora la accion en el dia 21 de Noviembre de 1813, ó sea la víspera del en que hemos visto á Emilio á bordo de la goleta «NUESTRA SEÑORA DE LUJAN», rodeado de circunstancias misteriosas.

Empecemos á descorrer el velo que hasta ahora las envuelve.

Mas para esto, nos es preciso reanudar el orden de nuestros capítulos y pasaremos al siguiente :

CAPÍTULO V

EL COLMO DE LA DESGRACIA

Bienaventurados los tristes porque ellos recibirán consolacion. (Math, V. 4).

Las lágrimas, dice San Agustin, son la sangre del alma.

Por eso, sin duda, cuando ellas afluyen en demasia aglomeradas por el dolor, es una necesidad derramarlas, para que no nos ahogue el llanto, para que el sentimiento no nos haga morir.

Pero esa *sangre* que se derrama, debilita y agobia.

Entonces, para fortalecer el espíritu, solo hay un bálsamo de consuelo : DIOS.

¡ Benditas las lágrimas que se vierten, si ellas nos sirven para conocer el Supremo Elixir que las enjuga !

¡ Benditas las lágrimas que del alma se desprenden, si con resignacion santa son ofrecidas como *espiatorias* de arrepentimiento ó como *impetratorias* para alcanzar el galardón que está prometido á los que lloran !

A los que ofrecen á Dios su llanto.

.....

En la cumbre de un monte dos hombres sufrían tormento.

A un mismo tiempo y en un mismo sitio, experimentaban igual dolor.

Ambos lloraban.

En medio de los dos había otro hombre.

Aquel no lloraba, porque escrito estaba que no daría ningún quejido.

La hora de morir se aproximaba.

Los dos hombres derramaban las lágrimas del último dolor de su agonía.

El uno en convulsiones de ira miraba al pueblo que le sacrificaba y lloraba desesperado.



El otro apenas inclinaba humilde su cabeza para mostrar su llanto al del medio y lloraba con trito, diciendo :

« ¡ Acordaos Señor de mí cuando esteis en el Paraíso ! »

El del medio era el Redentor del mundo, que al mirar sus lágrimas de resignacion, le dijo :

« ¡ HOY SERÁS CONMIGO EN EL PARAISO ! »

¡ Bienaventurados los que lloran resignados porque ellos serán con Dios en la Gloria !

.....
No sé si mis lectores habrán tenido ocasion de contemplar un cuadro de Rafael, tan sencillo como elocuente para los padres que amantes de sus hijos, han tenido la desgracia de llorar la muerte de alguno de ellos.

No se vé en él, ciertamente, esa aglomeracion de figuras que un artista tiende ordinariamente á trazar, dando detalles recargados, del llanto de los concurrentes de la desesperacion de los padres, y hasta del cuerpo inerte que acaba de dejar de existir.

Nada de eso.

El cuadro de Rafael *dice* muy poco á los sentidos, pero *habla* muy vivamente al alma.

Un fondo oscuro en primer término envuelve entre las medias tintas de las sombras de la noche el conjunto del caserío de una aldea, representando el apacible sueño en que sus habitantes reposan.

Contrastando con este paisaje *mudo* en que estudiadamente se ha esforzado en hacer remarcar en apariencia la mas imperturbable tranquilidad que puede ostentar la naturaleza, perfila en el espacio el emblema de un doloroso acontecimiento que arranca de aquel recinto de sosiego en donde á la vista no *pasa nada*.

Un ángel remonta sus alas hácia lo alto, llevando en sus brazos otros dos angelitos de la tierra que acaban de espirar en ella y son recogidos por su compañero para llevarlos al cielo.

Y como si el pintor quisiera dejar el infinito por límite á la contemplacion de este conjunto, permite percibir allá en lejano término, un horizonte ligeramente iluminado en las tristes tintas del pálido reflejo de la luna que baña las aguas de un lago, formando en ellas un plateado esmalte.

¡ Padres que habeis perdido á alguno de vuestros hijos, vosotros comprendereis la expresion que envuelve este cuadro !

Y si ese hijo que os falta tenia esa edad infantil en que sus primeras caricias os empezaban á pagar vuestro amor, si por dó quier

os ha dejado los objetos de su recuerdo y hasta aquellos con que jugaba, hallaríais en ese cuadro que os describo, una idea tan consoladora como solo pudo ser concebida por la sublime inspiración de aquel gran pintor.

Su contemplación os haría levantar vuestra vista del sombrío caserío de su recuerdo y conduciéndola en el espacio, os la fijaría en el Ángel que lleva en sus brazos á vuestro hijo, pero que á donde le lleva es al Cielo.

Y luego prolongando vuestra meditación en el misterioso horizonte que alumbra esa *compañera de la noche*, como la llama Madama Stael, trasportaríais vuestra alma á otras regiones, y experimentaríais un *triste consuelo*, que aunque triste, os haría bien.

El lector me dispensará esta digresión; mas, si ella nos ha distraído algun tanto, en cambio viene á escusarme la descripción, vulgar acaso, que sin la referencia á ese cuadro de inspiración, hubiese tenido que hacer de uno de los sucesos de nuestra historia.

Una noche, el Ángel del Señor descendía también sobre el caserío de la ciudad de la Trinidad de Buenos Aires, envuelta en las sombras de la oscuridad y aparentando en torno la tranquilidad mas imperturbable, como en el cuadro de Rafael.

Sin embargo, un hombre, elevando sus ojos preñados de lágrimas hácia el espacio, dilataba su vaga mirada, como buscando con la fé del verdadero creyente al Ángel que debía llevar entre sus brazos al Cielo, al que acaba de espirar en la tierra.

Aquel hombre era Emilio.

El angelito llevado al Cielo era su hermosa hijita Sofia.

Esa enfermedad terrible que hoy se conoce con el nombre de Crup, y que traidoramente diezma las dos terceras partes de la población infantil, se habia desarrollado dias antes en Sofia, bajo la forma de un simple refrio, arrebatándola despues instantáneamente al declararse el período de asfixia.

Emilio, que conservaba siempre en su corazón las máximas de la fé cristiana que tan bien le habian enseñado en su niñez, buscaba en ella el consuelo al mas inmenso dolor que le afligía.

Y la fé, esa gran palanca que es el sosten de los corazones en su desgarradora lucha con ciertas situaciones de la vida, aun en los mas decisivos momentos; la fé, que segun la grandiosa enumeración que hace de ella San Pablo, fué el potente móvil de los mas portentosos sucesos; la fé, por la cual el mismo Abraham, no solo sopor-

taba la muerte de su unigénito Isaac, sinó que se disponia hasta á sacrificarle por sí mismo, no obstante tener en él la esperanza de todas las promesas que habia recibido de Dios; la fé, pues, hizo brotar tambien en el corazon de Emilio una conformidad consoladora, y elevando sus ojos al Cielo y su alma hácia Dios, parecióle que un bálsamo regenerador se derramaba dentro de su pecho, y que al través de la oscuridad, veia brillar en el espacio una luminosa franja en cuyo rojizo fondo y en caracteres deslumbradores, le dejaba el Angel escritas estas grandiosas palabras; « ¡BIENAVENTURADOS LOS TRISTES PORQUE ELLOS RECIBIRÁN CONSOLACION ».

.....

Separemos ahora la vista de lo alto, y descendamos sobre la tierra.

En la morada de los pobres se verifican á veces escenas que no son susceptibles de describirse, porque no se comprenderian, porque llegarían á parecer inverosímiles.

¡Bienaventurados los que, sin embargo, las conocen y conociéndolas las socorren y se hacen mensajeros de Dios en sus buenas obras!

Los pobres, si me es permitido espresarme así, luchan á un tiempo mismo en sus desgracias con el espíritu y con la materia.

Sobre todo si esos pobres son de los que antes han pertenecido á lo que el mundo llama hoy *personas decentes*.

Aquellos que con levita, aunque raida acaso, salen á la calle y no dejan en casa un pan para sus hijos.

Aquellos de quienes no obstante, el ilustrado escritor D. Enrique Gaspar, dice, que no debian avergonzarse de su levita remendada con tal de que debajo de ella llevasen su conciencia sin zurcir.

Aquellos á quienes el mundo sin embargo, escupe, quitando en cambio el sombrero ántes levitas nuevas, aun cuando algunas encubran una conciencia zurcida.

Felices ellos que son de los que rien en el mundo de la ficcion.

Mucho mas felices aun si no son de los que lloren en el otro de la verdad, donde lo *nuevo de la levita* no basta para cubrir el agujero de la *conciencia rota*!

Emilio era de los que pertenecen á la *levita rota*, pero tenia la *conciencia nueva*.

Mas, hemos dicho que tenia tambien que luchar con el espíritu y con la materia.

Así es, que habia consolado su alma por medio de la fé, pero tenia delante de sí el cadaver de su hija y no tenia con que enterrarle.

Se habia restablecido en su salud, pero al salir de su enfermedad, se hallaba reducido á la pobreza, y en ese último grado en que le hemos mostrado en el capítulo anterior, en la miseria.

Sin una luz que alumbrase, sin otro acompañamiento que el éco de sus sollozos, los de su esposa y los de la otra pequeñita Clara que ya contaba ocho años y participaba del sentimiento, habian trascurrido veinte horas desde que Sofia habia espirado, y aun no habia nada dispuesto para su entierro.

Su cuerpo habia sido vestido con uno de los trages mas aseaditos que la pobre dejaba.

Esos trages que una madre arreglada sabe siempre improvisar para sus hijos aun con los mismos harapos de su pobreza.

Elvira habia puesto el mejor para las últimas galas de su hija. Hasta una corona de algunas flores hechas por ella formaban una guirnalda sobre su frente.

Mas aquel traje y aquellas flores y aquella frente tendrian que ser estropeadas por la primera pala de tierra que el sepulturero echase sobre ellos, porque no habia una caja donde preservarlos siquiera en el primer período de su reduccion á polvo.

Emilio entónces se acordó una vez mas de su hermano.

Pensó que aquella situacion era de las que hacen crisis en la historia de todas las enemistades.

Le dirijió otra carta mas y esperó la contestacion.

Trascurrió media hora que era lo que podia tardar el que la llevaba en ir y volver á la casa de D. Cesáreo.

Al fin apareció el mensajero.

En su mano traia tambien una carta.

El corazon de Emilio latió á impulso de un movimiento de esperanza.

Tomó la carta con avidez y tendió sobre ella la vista.

Peró al mirarla. . . . sus manos temblaron á impulso de una contraccion nerviosa y la dejó caer al suelo.

La carta era la misma que él habia enviado.

Su hermano, despues de haberla leído, la habia devuelto al portador.

¡D. Cesáreo era una *conciencia zurzida* de orgullo, de teson, y de errores, que en la vanidad de su posicion creia mancharse con la *conciencia nueva* de su hermano porque ella estaba envuelta en su *levita raída*!

Este golpe era el colmo de la tenacidad de aquel.

Emilio necesitó de toda su virtud para no entregarse á la desesperacion.

Luego que amaneció, salió de su casa, mas sin saber á donde.

Tal vez rompió por fin esa valla que impide al pobre vergonzante estender su mano al transeunte para implorar su auxilio en las palabras: « *Una limosna por Dios.* »

Instintivamente se dirigió á una de las calles que desembocaban en la inmediacion del rio.

Su paso era vacilante, y su mirada vaga como la del que lleva su vista turbada y no se fija en nada.

De pronto se detuvo ante una ventana que pertenecia á un escritorio marítimo. Detrás del cristal y dando frente á la calle habia un gran cartelón.

En su encabezamiento resaltaba ostensiblemente la figura de un buque con las velas desplegadas y luchando con las olas, como se pintaban ordinariamente para llamar la atencion, en los anuncios que se fijaban entónces en las esquinas, para avisar la salida de una embarcacion para Europa.

Debajo de este epígrafe en letras remarcables, se leia :

Goleta « NUESTRA SEÑORA DE LUJAN ».

El espíritu de anunciar las cosas que hoy domina, reconociendo sus utilidades, no se hallaba entónces desarrollado como está ahora.

Ni el « *Telégrafo Marítimo* » ni la « *Gaceta de Buenos Aires* » que entónces se publicaban, eran periódicos donde apareciesen los noventa y cuatro avisos nuevos que en un dia llega hoy á ostentar algun « diario ».

Así es que lo que en esta época figuraria en las columnas de aquel á poca costa, tenian que contentarse entónces con ponerlo detras de una vidriera en letras gruesas.

Por esto, despues de las líneas impresas que debajo del buque pintado se referian á su salida, se veia otra manuscrita que decia :

« *Se necesita un capitan* ».

Por instinto, Emilio se habia fijado aunque rápidamente en el cartel. Habia visto la figura de un buque.

Luego un título de la Virgen que en aquel instante le pareció que hablaba con él.

Se aproximó y leyó mas aun.

Su espíritu se reaccionó. Sintió un impulso de esperanza. El destello acaso de una idea salvadora.

— Sale mañana, dijo como siguiendo á su pensamiento. Mas ¿ cómo se halla sin capitán? ¿ Habrá ocurrido algo á última hora? . . . ¿ Y cómo no se habrá presentado ya alguno? ¡ Hoy que es tan difícil encontrar el mando de un buque!

Y enjugando sus amaratados párpados humedecidos aun por tantas lágrimas, y esforzándose en serenar su semblante, elevó al cielo una mirada suplicante, diciendo:

— ¡ Dios mio! ¡ Dios mio! . . . Haced que tome el mando de la goleta «*Nuestra Señora de Lujan*» y aunque me ajusten por lo que quieran, que pueda yo en este instante volver á enterrar á mi pobre hija.

Luego, con resolucion entró en el escritorio.

En él estaban los armadores del buque que eran dos sócios y que hacia ya bastante años habian adquirido la propiedad de aquel.

Mediaron algunos preliminares.

Emilio dió sus antecedentes y ofreció presentar los títulos tan honoríficos que en sus viages á la Habana habia obtenido antes de venir con su hermano á Buenos Aires.

Los armadores se manifestaron conformes, agregando que tenian sin embargo que exponerle algun otro detalle.

Emilio les interrumpió, diciendo:

— Si ustedes aceptan mis servicios, yo, Dios mediante, conduciré á Europa su goleta. Voy á ser ingénuo. Recientemente me he restablecido de una penosa enfermedad y las pérdidas y desgracias me han colocado en la situacion mas precaria. Lo que ustedes quieran aceptaré sin que me importen detalles secundarios.

Como se vé, Emilio en su ansiedad, y en su febril agitacion, prescindía de toda fórmula para hacerse valer y ajustarse con mayor ventaja.

Hablaba bajo impresiones tan palpitantes que prodigaba el lenguaje de la sinceridad y de la sencillez.

Pero esto mismo quiso Dios que interesase en este caso á favor de él á los armadores, y lo que no hubiesen hecho con otro que se hubiese presentado en distintos términos, lo hicieron con él que á primera vista habia hablado con la claridad de un hombre sincero.

— Su ingenuidad de usted, dijo uno de ellos, me impulsa á mi vez á correspondérle con la misma. Hay una circunstancia esencialmente capital. Nosotros no engañamos á nadie. No queremos responsabilidades. Despues de enterarse y estar al tanto de todos los detalles, usted sabrá tanto como nosotros, y obrará con conocimiento exacto de las circunstancias.

— Gracias, señor, pero es inútil; yo me ajustaré á lo que usted quiera.

— No es sobre el ajuste la observacion que voy á hacerle, repuso el armador que llevaba la palabra en este caso, nuestra goleta que hace años hemos adquirido, ha sido recientemente refaccionada en las composturas que necesitaba á juicio de un operario inteligente, por cuanto el capitan que la ha mandado hasta ahora, nos dijo al llegar de su último viage, que él no volvia á viajar en ella. Como siempre le oiamos decir lo mismo cuando regresaba, y ademas es muy frecuente que los marinos se quejen siempre de su buque al fin de los viages, porque aspiran á otro mejor ó porque le atribuyen las contrariedades de que el barco no tiene la culpa, hemos creido que componiéndola, volveria á mandarla como otras veces. En este supuesto, despues de efectuar las composturas que le hemos indicado á usted, hemos admitido un importante cargamento, y hasta hemos hecho una negociacion sobre su producto. Mas, al escribir al capitan, que nos dijo iba por unos dias á Montevideo, para que viniese á efectuar su salida de este puerto mañana, nos ha contestado la carta de que usted puede enterarse.

Y dicho esto, puso en manos de Emilio una que este leyó y que decia las siguientes textuales palabras :

« Yo seguiré mandando la goleta de ustedes, cuando la compostura se haga en presencia mia, no solo en lo exterior sinó en el interior y muy al fondo. Busquen ustedes quien la mande que yo no hago mas viages en ella ».

Emilio ante esto, no levantó los ojos del papel hasta pasados algunos instantes.

Vaciló.

— Lo pensaré, dijo por fin.

Aquí es de advertir que aun cuando entonces las Compañías de Seguros no estaban establecidas á la altura de hoy, ya habia una asociacion inglesa donde, aunque bajo otras bases, gran número de armadores tenian sus buques inscritos mediante un pago anticipado, por el cual en caso de pérdida, tenian derecho á ser indemnizados de su valor. Hacia tres años que el capitan anterior habia inscrito á la goleta en uno de sus viages á Liverpool. De modo que el buque estaba asegurado. Bueno es por lo tanto, fijarse en esta circunstancia que en todo caso tenia á los armadores á cubierto del valor del buque y que si como decian, habian hecho algun negocio anticipado sobre el cargamento, estaba en su interés á todo trance que este efectuase su



Una noche, el Angel del Señor batía tambien sus fúnebres alas sobre el caserío de la Ciudad de Buenos Aires.....

salida, y no infundiese comentarios el que estuviese detenido sin motivo visible.

Ademas habian impuesto á Emilio de todo y aquello era la verdad, y por lo tanto su conciencia estaba en salvo, y podria ó no haber motivo para retraerle, pero eso ya era cosa de aquel. Así es que le contestaron :

— No señor ; si otro capitán se presenta no podemos comprometernos á esperar que usted se resuelva. Por otra parte, lo que el otro capitán pretende es por lo visto que se le haga el barco nuevo, y esto puede ser una exigencia ridícula cuando el operario que le ha comprado, segun á usted he indicado, nos le dá por útil para navegar.

— ¿ Con qué . . . dice usted que el buque ha sido refaccionado ? prosiguió Emilio.

— Si señor ; aquí está la cuenta de lo que por ello se ha pagado, repuso el armador.

Y se la mostraron efectivamente.

— ¿ Y él ha dicho que el barco puede navegar ?

— Si señor.

Emilio calló aun algunos instantes.

El cadáver de su hija sin enterrar vino á representarse en su imaginacion calenturienta.

Aquella primera pala de tierra que el sepulturero echaria sobre su rostro por no poderla comprar un cajon donde meter sus huesos, vino á hacerle un efecto desgarrador, y un sacudimiento nervioso, estraño, esperimentó dentro de su ser que estuvo á punto de hacerle caer al suelo, exclamando consigo mismo :

— Sí, sí ; aunque sea en una tabla navegaré yo mañana, con tal de que pueda enterrar hoy á mi pobre hija. Ademas . . . el capitán ese no dice que el buque no está para navegar . . . ¡ Adelante !

Emilio estaba fuera de sí.

Volvióse, pues, hácia el armador que esperaba su respuesta definitiva y le dijo :

— ¿ Y ustedes me adelantarán una parte de la asignacion en que nos ajustemos ?

— No hay inconveniente, si usted se sirve designarnos una persona que le garantice como fiel cumplidor de sus deberes.

— ¿ Qué asignacion fijarán ustedes ?

— Acostumbramos á calcular una parte sobre las ganancias.

— Este viage se separa en todos sentidos algo de lo ordinario, y prefiero sueldo.

— Bien ; puesto que usted lo desea, pondremos sueldo

— ¿ Cuánto ?

El armador conocia que les convenia ya no poner dificultades pues ningun otro se presentaba, sin duda porque estaban ya en antecedentes de las condiciones dudosas del buque, y dijo :

— Pondremos ciento cincuenta pesos fuertes al mes.

— Estoy conforme, repuso Emilio. ¿ Pueden ustedes adelantarme el importe de siete meses, dándome hoy doscientos pesos fuertes, y el resto mañana á bordo en el momento de levantar el ancla ?

— Si señor.

— Entonces. . . .

Emilio se detuvo discuriendo la persona que podria presentar como garantía.

Desde su llegada de la Asuncion, solo habia hecho restablecer su salud y no habia adquirido relaciones.

Respecto á su hermano, este acababa de herir mortalmente su corazon.

Entonces se acordó del sacerdote con quien siempre acostumbraba á confesarse y que era el Padre Ambrosio, el mismo que le habia recomendado para ir á la Asuncion.

Es verdad que nunca le habia tratado mas que en aquella ocasion y en el confesonario.

Sin embargo, se decidió por él, y continuando su frase interrumpida, dijo al armador :

— Entonces. . . . estamos convenidos y si uno de ustedes se sirve acompañarme á corta distancia, le presentaré á la respetable persona que pueda garantirme.

Algunos momentos despues Emilio y el armador entraban en la Iglesia de Santo Domingo que era donde, como recordaremos, concurría ordinariamente el Padre Ambrosio.

Emilio se aproximó á uno de los confesonarios donde él acostumbraba esperar á sus penitentes.

Creyó que Emilio iba á confesarse y con la bondad que siempre le manifestaba, se dispuso á oírle.

Este se limitó á decir :

— Padre, no vengo á confesarme. A eso vendré mañana. Quiero recibir al Señor antes de emprender un viage largo. Vengo á suplicarle un obsequio. Para el viage que á usted indico, necesito una persona respetable que me garantice como fiel cumplidor de los compromisos

que contraigo. Usted, padre, ¿podría ofrecer esta garantía con referencia á mí?

El sacerdote se levantó del confesonario, y dirigiéndose á la sacristía, le dijo:

— Vamos allí.

Cuando hubieron penetrado en aquel recinto, con su habitual sonrisa de benevolencia, prosiguió:

— ¿Quiere usted que lo ponga por escrito ó basta que pronuncie esas palabras delante de alguno?

Emilio se dirigió al armador que les había seguido á alguna distancia, y le repitió testualmente la pregunta del sacerdote.

Tenia el Padre Ambrosio un aspecto tan venerable, y tal fama de santidad entre cuantos le conocían y trataban, que el armador por toda respuesta contestó, adelantándose ya hacia él:

— No hay que hablar más, padre; me basta con la pregunta que usted hace, para conocer que puedo tener á este señor como un fiel cumplidor de los compromisos que contraiga.

¡Notable circunstancia esta!

La aureola de la virtud es y será y ha sido siempre una Magestad ante la cual se inclinan todos los hombres y en todos los tiempos.

¡En el siglo de la incredulidad y de las garantías exageradas, bastó una sonrisa de benevolencia de un pobre fraile, para dejar garantido aquel negocio!

— Sí, sí; agregó el sacerdote; le conozco como un buen cristiano y un fiel cumplidor de sus deberes y creo que por nada ha de faltar al compromiso que con ustedes contraiga. Yo los garanto con mucho gusto.

El buen Padre no sabía que aquellas mismas palabras eran para Emilio un sello sagrado que ponía fin á todas las vacilaciones que pudiera tener en su lucha consigo mismo, porque antes daría su vida que faltar á lo que aquel varón santo acababa de garantizarle.

Emilio le manifestó su agradecimiento, y despidiéndose hasta el día siguiente, salió con el armador.

De regreso al escritorio, este dijo al otro asociado que allí había quedado:

— Estamos arreglados.

Y dirigiéndose á una caja colocada en uno de los ángulos, la abrió y sacó de ella doscientos pesos fuertes, que contó á la vista de Emilio y uno á uno, precisamente en monedas de duros nuevos Argentinos, acuñados en aquel año en la casa de moneda de Buenos Aires.

— Puede usted, agregó, dirigiéndose á este, estender el recibo. Los quinientos cincuenta restantes los recibirá usted mañana á bordo de la goleta.

Emilio, ante aquel dinero tembló.

Se olvidó por completo de las aprensiones que pudiera inspirarle la carta del otro capitán.

Pensó solamente en la situación en que dos horas antes había salido de su casa.

Pensó en que el rostro de su pobre hija no sería ya estropeado por la tierra antes de que aquella la deshiciera, y que podría darla una sepultura decente donde poder ir á orar sobre ella en sus amarguras.

¡ Pobrecitos de los pobres ! ha dicho el poeta argentino Salvador Mario.

¡ Pobre padre !

Aun se dá por contento en la muerte de su hija amada, con poder ir á comprarla el cajón donde depositar su cadáver.

¡ Tanto lo había deseado, que aun en medio de su situación desgarradora, tuvo un instante de alegría.

De alegría sí.

Pero ¿ á qué precio ?

Y así, luchando entre llorar ó bendecir al Cielo, aturdido entre tanta lucha como había sostenido en su alma lacerada, estendió el recibo que el armador le había indicado, y se despidió diciendo:

— Mañana por la mañana estaré á bordo de la goleta.

Y salió precipitadamente y como fuera de sí, hasta llegar á su casa donde con voz entrecortada por tantas emociones, pudo apenas explicar á aquella esposa tan martirizada también, la historia de aquellos doscientos pesos fuertes que en los momentos más desgarradores de su vida depositaba entre sus manos.

Más . . . la ocultó completamente la carta que el capitán anterior de la goleta había escrito.

Para ella era un viaje como otro cualquiera.

CAPÍTULO VI

EL PADRE AMBROSIO

*« Si entendiése todos los misterios y toda la ciencia, y si tuviese toda la fe de manera que pudiese trasportar las montañas, y no tuviese caridad, nada soy.
« Y si repartiése toda mi herencia para dar de comer á pobres, y no tuviese caridad, de nada me sirve. (1 Cor. XIII. 2, 3).
« Luego la caridad tiene UN MAS ALLÁ que el dar de comer á pobres ». (El Autor).*

Cambiamos la decoracion.

La vida es un contraste que nunca aparece mas inverosimil que cuando se la presenta en sus verdaderas fases.

Abandonemos la mansion del que dejamos en la pobreza.

Penetremos en la del que se halla agitado por adquirir mayor riqueza.

Volvamos á D. Cesáreo.

Le hemos dejado cuando los acontecimientos políticos que coincidieron, le obligaron á suspender sus escavaciones, sin que por eso pensase en desistir de todas las demás averiguaciones á su alcance.

El dia en que volvemos á encontrarle es el siguiente al en que tuvieron lugar los sucesos del capítulo anterior y el mismo en que Emilio, en cumplimiento de su compromiso contraido, debía hacerse á la vela para Europa en la goleta « NUESTRA SEÑORA DE LUJAN ».

Hallábase absorto en su idea dominante del tesoro, y tenia, como costumbre habitual ya, estendida sobre la mesa la carta primordial de él, esto es, la que mas de un siglo antes habia escrito D. Antonio Menendez y Velazquez á su hermano.

Aunque la sabia de memoria, D. Cesáreo queria arrancar por atraccion á las letras en ella trazadas, y á fuerza de mirarlas, lo que las tales letras no contenian.

D. Cesáreo habia llegado á constituirse horas clásicas, digámoslo así, para pensar en su descubrimiento, como si fuese un dependiente que tuviese que asistir á un escritorio.

En ellas algo habia hecho.

Habia trazado un plano que recopilaba todos los que hasta entonces habia levantado inútilmente.

Nunca le ocurría traspasar las paredes de los cimientos de su casa.

Estando en esta ocupacion, le fué entregada la carta de despedida que en el primer capítulo hemos visto le dirigía Emilio desde la goleta y que le habia remitido por uno de los marineros de su tripulacion.

Cuando la hubo leído, preciso es confesar que no pudo evitar una lucha dentro de su conciencia aunque *zurcida*.

Las frases en que aquella estaba concebida contenian recuerdos conmovedores.

Además, aunque muy por encima, el viage de su hermano dejaba entrever algun misterio

Aquella duda que al final ponia sobre si *hermanos que no se abrazan en la tierra, podrian no verse juntos en el Cielo*, era demasiado fuerte.

Mas... ya hemos visto como era D. Cesáreo.

Se engañaba á sí mismo.

Y al engañarse, creia redimir las obras de justicia que omitia, con las de devocion que practicaba.

Por eso daba aquella lismona pública los sábados.

Por eso tambien iba á misa á Santo Domingo y aquellos buenos sacerdotes le miraban como un vecino devoto, y aun el mismo Padre Ambrosio, sin saber que era hermano de Emilio, porque D. Cesáreo nunca le nombraba, le visitaba algunas veces.

D. Cesáreo no se entendia ni él mismo, como todos los que son como él.

No era extraño que no le entendiesen los demás.

Tal vez la lectura de la carta le impresionó algun tanto.

Pero, sobrevino la reaccion, esto es, el teson, el orgullo, y soltando una carcajada en transicion de burla y de despecho, exclamó en alta voz como para desahogarse:

— ¡ Bah ! Comedias de mi hermano ! Háse visto que bien dispone un golpe de efecto ! ¿ Pues no me quiere ahora enseñar la manera de entender las máximas de mi madre ? . . . ¡ Todos los dias con cartas ! Ayer decia que se le habia muerto una hija ! ¿ Pues no le dije que no se casára ? . . . ¡ Que no tenia con que enterrarla ! Ya le dije que la multiplicacion de una pobreza con otra no podia darle otro producto que la miseria Ahora dice que se embarca . . . Cosa mejor

no la podia hacer. . . Con eso se quita de mi lado y no me abochornará mendigando.

Y se paseaba de un extremo á otro del aposento.

Por fin, prosiguiendo siempre en la misma entonacion, se detuvo junto á la ventana de espaldas á la puerta de entrada, leyendo la carta y comentando con sarcásticas digresiones cada párrafo.

La casualidad, como dicen algunos, ó la Providencia, como debemos decir los creyentes, hicieron que al buen Padre Ambrosio se le ocurriese hacerle una visita en aquellos momentos.

El sirviente entró á anunciarle desde la puerta.

Oyó este la voz de D. Cesáreo y creyó, sin entenderle, que le decia que pasase aquel adelante.

Como D. Cesáreo lo que hacia era vociferar segun hemos dicho, no se aperció de la presencia del sacerdote que ya habia entrado y que permanecia esperando á que se volviese hácia él.

Pero no se volvia.

Y seguia leyendo y comentando en alta voz, y hablando solo, como en las comedias.

El sacerdote, sin querer, naturalmente oia.

Aquello se prolongaba y como él era muy prudente y no queria oir lo que no le importaba ó á su juicio no le pertenecia, resolvió por fin retirarse.

Se dirigió á la puerta con este objeto.

Era el instante en que D. Cesáreo se detenia ante una exclamacion, y oyó entonces el ruido que hizo el sacerdote.

Se volvió de repente y le vió.

Lo primero que le inquietó fué la idea de que aquel habia escuchado su carta, pues solo entonces se dió cuenta de lo que habia gritado sobre ella.

Aquello le contrarió en estremo.

No sabia qué hacer.

Por fin, persuadido de que se habia enterado, prescindiendo de saludo y de preámbulo alguno, empezó á disculparse, diciendo :

— ¡Se ven cosas que no hay paciencia para sufrirlas! Calumnias, señor. ¡Calumnias! Yo no soy como él dice. . . . No señor. . . . ¿No le parece á usted?

El Padre Ambrosio, como hemos indicado, era de un aspecto respetabilísimo, de una virtud intachable y de una ilustracion poco comun.

Dulce en su trato, suave para atraer, y enérgico para reprender cuando ya veia que la atraccion era imposible.

Tenia cincuenta y cinco años, pero se conservaba ágil y fuerte en todo su vigor.

Sufría como un jóven las fatigas de las misiones y en ellas habia dado pruebas de valor, de serenidad y de abnegacion, cuando llevando por toda arma un crucifijo al pecho, y por escudo su breviario al brazo, se habia internado entre los Indios donde no pocas veces estuvo próximo á perecer.

Al oír las anticipadas disculpas que D. Cesáreo se hacia á sí mismo, no dejó de quedarse un poco perplejo.

Era él muy buen canonista para que no le asaltase desde luego aquel principio: «*Excusatio non petita, acusatio manifesta*» ESCUSA NO PEDIDA, ACUSACION MANIFIESTA.

Pensó que acaso reportaria algun bien que interviniese en aquello que por entonces no entendia y se dispuso á dejar hablar á D. Cesáreo, dándole entrada, diciendo:

—Siento haberle interrumpido y como no conozco el asunto que le ocupa, no puedo contestar á su pregunta.

D. Cesáreo prosiguió:

—Bueno; ya lo ha oído usted. . . . No le atiendo porque avergüenza el nombre de nuestros padres.

—Pero ¿quién dice usted, Señor D. Cesáreo? replicó el sacerdote.

D. Cesáreo, que era malicioso, interpretó esto en sentido de que demasiado lo habia oído y queria hacérselo repetir. Asi es que avanzando de lleno en la cuestion, le dió la carta á leer y le dijo:

—Pues ya lo sabe usted. ¿Quién ha de ser? Mi hermano. Lea usted.

El Padre Ambrosio leyó aquella carta. Luego meditó algunos instantes, devolviéndosela con aparente tranquilidad.

—¡Ah, vamos!; ya comprendo, dijo. ¡Su hermano quiere abrazar á usted. ¿No es eso?

—¡Abrazarme! Quiere sacarme dinero para sostener á su mujer, que es una calamidad, y los hijos que Dios le dé.

—Pero si usted es caritativo con los demás ¿cómo no le ha de dar usted á él si es que necesita?

—Entonces ¿usted cree que yo no tengo razon?

—Yo no tengo mas creencia que una, amigo mio, y como dos creyentes de una misma doctrina no pueden dejar de opinar del mismo modo sin que uno de ellos se halle en el error, me atrevo á decir desde luego que usted vive en él.

—¡Cómo!

—Si señor, la doctrina del cristianismo es una. ¿Puede, acaso,

pregunta el apostol Santiago (1) *echar alguna fuente por un mismo manantial agua dulce y amarga? Aunque nos calumniasen, hagamos bien al que nos aborrece (2); bendigamos al que nos maldice; no condenemos y no seremos condenados; perdonemos y seremos perdonados; porque con la medida que midiéremos volveremos á ser medidos.* Esta es la doctrina.

—Si esas son mis ideas: ya sabe usted que yo hago bien á todo el mundo.

—Si, pero no se le hace usted á ese hermano.

—Eso es otra cosa.

—Es lo mismo; Jesucristo no escluye el nombre de su hermano de usted en su doctrina.

—Bien; ello es que yo hago la caridad, sea con quien sea, y eso basta porque la caridad es la primera de todas las virtudes. Yo tambien recuerdo que el apostol San Pablo dice, que *aun cuando se tuviese una fé bastante para hacer mover las montañas, y no se tuviese caridad, de nada nos serviría.*

—Justamente, si señor; pero sucede, señor D. Cesáreo, y usted me permitirá que se lo diga, que usted no comprende *por sí* solo á San Pablo. Precisamente ha ido usted á referirse á un Santo de quien el mismo San Pedro dijo: *que se encontraban en sus Epístolas ciertos pasages de inteligencia difícil, que hombres indoctos y frívolos depravan para la ruina y eterna perdicion de las almas.* Y como si esto no fuese suficiente, el mismo San Pablo en su Epístola, á los Romanos, les dice (3) que no obstante escribirles, *irá á verlos en la plenitud de la bendicion del Evangelio de Cristo, indicando claramente que esa plenitud no podia comunicarla en lo que les habia escrito.* De modo que si usted entendiese esa plenitud, que no está en lo que escribió solamente, y si usted comprendiese á San Pablo, cosa que no puede hacer por sí y ante sí, sabria usted que al par del texto que ha citado, hay otro que dice: *que aun cuando se repartiese toda la herencia para dar de comer á los pobres, y no se tuviese caridad, de nada serviría.* Luego la caridad tiene aun otra estension que el dar todo á los pobres.

—¡Cómo! pues ¿qué mas puede hacer un hombre que darlo todo? Vamos, ya veo yo que alguna razon tienen los que dicen que son ustedes intransigentes. Con que ¿dando uno cuanto tuviese, aun no es-

(1) III, 11, 12.

(2) Luc VI, 27, 28, 37 38.

(3) Rom. III, 29.

tarian ustedes contentos? Yo creia ser un hombre bueno, y segun usted, resulta que de nada me sirve lo que hago. Permítame padre, que le diga que eso no lo entiendo yo.

—Ni es fácil que usted lo entienda, Señor D. Cesáreo, mientras usted se obstina en querer explicárselo por sí mismo.

—No señor; lo escrito, escrito está.

D. Cesáreo, por lo visto, habia olvidado las máximas de su madre moribunda, para sujetar el espíritu del Evangelio á las « reflexiones » del Año Cristiano.

Habia trascurrido mucho tiempo y olvidándose de aquella madre, se habia ido acostumbrando á vivir con el mundo.

—Lo escrito, escrito está, continuó el sacerdote; pero la sabiduria que ha de entenderlo, viene de lo alto, y esta, segun dice el apostol Santiago (1), primeramente es pura, despues pacífica, modesta, fácil de persuadir, llena de misericordia y de buenos frutos, no *juzgadora ni fingida*.

—Dispenseme usted padre, pero parece que solo ustedes se lo quieren saber todo. Y yo creo que lo que se escribió fué para que se lea, y con leerlo basta.

—Ay, amigo mio! ¿Y qué cristianismo seria entonces el que no pudiese bastar al que no supiese leer? Y antes que lo escrito se escribiese, el cristianismo existia ya, y por consiguiente, algun *espíritu primordial* hay que reconocer en él, de mucha mayor suficiencia que las *letras* que se han escrito. Ese espíritu, segun el mismo San Pablo (2), es el de Dios vivo que fué comunicado á los secretarios de la letra de Jesucristo. Usted no es ese secretario y por lo tanto no tiene el espíritu de Dios para entender aquella letra. Por eso no la entiende usted.

—Lo menos vá usted á desarrollar aquí ahora una disertacion sobre la autoridad de la Iglesia. ¡Como si uno no tuviese tres potencias del alma para entender las cosas!

Como se vé, Don Cesáreo avanzaba á pasos agigantados en su doctrina.

Era el tipo que clasificó el Padre Claret de « personas reputadas por excelentes y muy buenas mientras puedan hacer lo que quieran y del modo que quieran, *sin la menor sujecion ni contradiccion*, pero que en haciéndolas un poco de resistencia, contrariando su

(1) III, 17.

(2) I Cor., 6.

« voluntad, se las vé al momento echar chispas de fuego, palabras « picantes, manifestar su enojo dispuestas á los arrebatos y mas fáciles de encenderse al primer encuentro, que un fósforo al roce de « un objeto áspero ».

Así era Don Cesáreo.

No le faltaba mas que el roce del fósforo para mostrarse tal cual era.

Este roce fué la contrariedad que le oponía un sacerdote digno y severo en lo que debía serlo, y Don Cesáreo estalló y se mostró como un « católico liberal » de los que anteriormente hemos citado, esto es, un hombre que creía ser bueno con profesar ciertos principios *generales*, que después con su *ilustrado criterio* iba mutilando en *detalle*, creyendo poder acomodarlos á su albedrío. Así es que en un impetuoso arrebato, prosiguió :

— Podrá uno tener errores. Pero esos. ¿ Quién no los tiene ? Nadie hay infalible en el mundo.

— Supongo, repuso entonces el sacerdote, que en eso no querrá usted estenderse á negar la infalibilidad de las decisiones de la Iglesia ?

Don Cesáreo, tenía delante de sí la carta de su hermano, estaba verdaderamente alterado. Veía, además, que la discusión se iba complicando, y que su conciencia no estaba para concesiones en nada, así es que contestó en medio de su disgusto y exaltación :

— Pues, si señor : á todo me estiendo ; es un absurdo que en estos tiempos se defienda tal cosa.

Y al decir esto, Don Cesáreo, levantaba la voz, y se inquietaba porque á la verdad no estaba tranquilo.

El buen sacerdote tenía la costumbre y el tacto de no seguir en estos casos el sistema llamado *homeopático*, esto es, no aplicaba el *similia similibus* que este defiende, sino que por el contrario, cuando alguno le hablaba á gritos, en vez de dar él otros mayores ó cuando menos iguales, él empleaba una apacibilidad de entonación, una modulación tan suave, que al contrastar con las voces del contricante, daba en cara á este y le dominaba como *llamándole al orden*.

Bien hubiera querido, sin embargo, en su indignación, hablarle como andando el tiempo y años después de las fechas en que corre la acción de este relato, habló el señor Obispo de Cuenca en el mismo Concilio en que mereció hasta la confidencial felicitación de su Santidad Pío IX, esclareciendo lo que en contra de este capital dogma ha

querido decirse. Le hubiera tambien enseñado lo mismo que ese ilustrado Doctor de la Iglesia publicó despues en una pastoral que constituye el mas importante documento contra los *doctores indoctos*; esto es, que si en la época presente que en realidad no deja de ser el siglo del egoismo, de la parcialidad, de las iniquidades y de las injusticias, no dejamos de reconocer que hay hombres de justicia cuando en el ministerio de ella obran como jueces; tampoco debe ser absurdo, que aunque vivamos en el siglo de la mentira, reconozcamos como infalible al que en el ministerio de la definicion de la verdad, obra tambien como Juez y Legislador en ella y acompañado además de la asistencia del espíritu de Dios que no podemos negarle á no dejar de ser católicos.

Todo esto y mas, luchaba el docto sacerdote por enseñar á Don Cesáreo, pero se contuvo porque conoció que aquel espíritu no estaba dispuesto entonces para oír, y que debía haber algo que le inquietaba.

Así es que, aun haciéndose una violencia, se reprimió, limitándose á dirigirle una mirada intensa de compasion, de lástima, de afectos indefinibles.

Illuminaba su semblante una dulzura fascinadora, una mansedumbre edificante y una sonrisa hasta de benevolencia.

Pero, ciertamente, que fué mas terrible el efecto de esta actitud evangélica, que si hubiese prorrumpido en un torrente de improprios, pues con la mayor suavidad, le dijo:

— Dígame usted, señor Don Cesáreo. ¿Usted ha oído misa esta mañana? (1)

— Si señor, le contestó este. Pues qué ¿Está acaso reñido lo uno con lo otro?

Don Cesáreo creía de buena fé que no estaba reñido lo uno con lo otro.

— ¿Por fuerza ha de estar uno conforme en todos los puntos? prosiguió.

— Precisamente, repuso el sacerdote, en esa amalgama estriban los graves errores del siglo. Pero, volvamos á la misa que usted ha oído.

— Si señor, y precisamente fué la que usted mismo celebró muy temprano en Santo Domingo.

— Muy bien; y dígame usted, cuando, como buen cristiano, y se-

(1) Este pensamiento ha sido inspirado al autor por la lectura de la ya citada obra de «El Catolicismo Liberal» del señor Tejado.

gun es de práctica para asistir con fruto al Santo Sacrificio, unia usted su intencion á la de este aunque indigno ministro del Señor, pero de corazon contrito y humillado, y elevaba usted sus preces al Cielo, ¿Por quién cree usted haber rogado cuando en la oracion de la colecta hemos rezado por la victoria contra infieles y estirpacion de las herejías?

— Hombre, claro es que he rogado por los hereges.

— Mas, mas concreto, señor Don Cesáreo.

— ¡Mas concreto!

— Si. Ha rogado usted por usted mismo!

— ¡Padre Ambrosio! gritó entónces Don Cesáreo ante este golpe magistral del buen sacerdote.

Entonces pasó allí algo extraordinario.

En el semblante del Padre Ambrosio pudo notarse una transicion indescriptible.

El recuerdo de la misa le habia evocado acaso algun otro en relacion con la que por la mañana habia celebrado.

Una aureola de inspiracion pareció brillar sobre su frente y con un acento solemnísimo é imponente, dentro de su moderacion misma, exclamó:

— ¡Por usted mismo, sí! Porque Dios es tan grandioso en su misericordia, que mientras usted con esas ideas se atrevía á comparecer ante Él entre el número de los hereges por quienes queria rogar, otro hombre santificado por su virtud, oculto en uno de los ángulos próximos al altar, y á quien usted sin duda no ha visto, elevaba posturado en tierra y entre sollozos mal reprimidos, esta sublime plegaria que en los momentos mas sacrosantos del sacrificio llegaron perceptibles á mis oidos, y que no he podido olvidar: « Dios mio, decia, « sí yo sin mi hermano vengo á ofrecer ante vuestro altar el presente de mi corazon, no es porque yo no haya ido á buscarle para « volver á vuestra presencia en amistad con él, sinó que es él quien « me rehusa la suya. Mas, si persuadido como estoy de la doctrina « de la verdad, es él quien se halla en el error, ya sabeis, Señor, « que desde el madero de la Cruz habeis rogado en vuestra agonía « por los que no saben lo que hacen. ¡Dios mio! No permitais que « por no abrazarnos en la tierra, no nos veamos juntos en el Cielo!»

Dichas estas palabras, el Padre Ambrosio, como si en aquel instante hubiese sido iluminado por una inspiracion verdadera, se adelantó rápidamente hácia Don Cesáreo, y ya en una ostensible agitacion le dijo:

— Ese hombre justo y de alma generosa y que momentos antes habia recibido el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristia, ese hombre que asi rogaba por el hermano que le rechazaba y cuyas últimas frases en su plegaria coinciden con las del final de esa carta que ahora comento, ¿tiene algo que ver con el que la ha escrito? ¿Será él su hermano de usted? El mismo que en esa carta indica con misterios, incomprensibles por cierto, que debe hacerse á la vela esta tarde misma en la goleta « NUESTRA SEÑORA DE LUJAN »?

Y volviendo á tomar la carta leyó uno de sus párrafos, que decia : « *¿Quién sabe si en las circunstancias de mi viage, te dejo en esta carta mi testamento?* ».

— En nombre de Dios, D. Cesáreo, continuó despues, contésteme usted categóricamente. El corazon parece inspirarme que en esta coincidencia existe algo trascendental, algo que ahora no entiendo, pero que es preciso que entienda, porque . . . porque entónçes, hay por medio de todo esto un hombre aflijido á quien yo mismo he favorecido á efectuar ese viage en el que, al comentar ahora esa carta, creo penetrar algo funesto. Respóndame usted. . . . responda.

Esto era demasiado para que D. Cesáreo permaneciese impasible.

Ademas, el Padre Ambrosio se habia revestido de tal solemnidad en sus palabras, habia sabido reproducir tan vivamente la súplica de aquel hombre á quien durante la misa habia oido rogar por su hermano, que D. Cesáreo sin ser supersticioso, sinó demasiado despreocupado, llegó á ver en todo aquello algo providencial; acaso el dedo de Dios. Asi es que, sin poderse contener y como si respondiese á su propio pensamiento, murmuró ensimismado, pero articulando la frase en forma que el Padre Ambrosio pudo muy bien oirla :

— ¡Con qué . . . él rogaba por mí! . . . Y yo le he devuelto sin respuésta la carta en que ayer me escribia que no tenia con que enterrar á su hija . . . !

Esto bastó.

El Padre Ambrosio se afirmó mas y mas en sus sospechas y tomando con precipitacion su sombrero, y en una actitud como el que ya empezaba á dominar la situacion, intimó á D. Cesáreo á seguirle.

Este, completamente subyugado tambien á él, sin preguntar si quiera á donde iban, se dispuso á obedecer desde luego.

Antes de hacerlo, sin embargo, tomó la carta aquella que revelaba el tesoro y que, segun recordaremos, tenia sobre la mesa desde antes de la visita del sacerdote, y la metió en su cartera guardando esta despues en su bolsillo porque nunca se desprendia de ella.

CAPÍTULO VII

CABOS SUELTOS

« Que os améis los unos á los otros como yo os amé » (Joan. XV, 12):

Hemos retrocedido en algunos capítulos al detalle de acontecimientos anteriores al momento en que dió principio nuestro relato, con el fin de imponer al lector en los antecedentes y caracteres de nuestros personajes, haciéndole comprender en consecuencia su situación respectiva cuando Emilio decía « Adios » á su esposa y á su hija desde la goleta « NUESTRA SEÑORA DE LUJAN ».

Volvamos á reanudar nuestra historia en el mismo punto en que entónces la hemos dejado.

Recordará el lector que al principio del capítulo tercero quedaban Elvira y su hija en el embarcadero esperando el momento en que la goleta se hiciese á la vela, para poder tener el consuelo de contemplar la partida de Emilio.

Habíanse decidido á permanecer allí, siguiéndole con la vista hasta que el barco desapareciese en el horizonte.

Como Emilio habia previsto al indicar á su esposa que regresase á tierra, el viento habia ido progresivamente arceciando.

Esto podia no perjudicar su salida, aunque hubiera contrariado la vuelta de Elvira por el oleaje que ya empezaba á ser fuerte.

Mas aún.

Sucesivamente habian ido apareciendo esos indicios que un inteligente hubiera podido apreciar como precursores de una de esas tormentas que inesperadamente suelen desencadenarse en el « Plata ».

Eran las cinco de la tarde del dia 22 de Noviembre de 1813.

El horizonte que se iba ennegreciendo por la parte del rio, parecia acortar el dia y anticipar la oscuridad de la noche.

Elvira con su hija, fijando su vista en el punto donde se divisaba la goleta, se esforzaba en hacer visible su presencia, ajitando un pañuelo blanco, suponiéndose que su esposo pudiese distinguirla.

Absorta en su amoroso afán, no se apercibió de la aproximación de dos personajes íntimamente ligados con la situación en que ella se hallaba.

Eran el Padre Ambrosio y D. Cesáreo.

¿De dónde venían y á dónde iban?

Veámoslo.

Cuando el Padre Ambrosio arrastró, digámoslo así, consigo á D. Cesáreo medio aturcido por ciertas impresiones para él estrañas, que por primera vez en su vida le habían contrariado, pensó en la urgencia de adquirir datos sobre el misterio que pudiese envolver el viaje de Emilio.

Como el mejor medio para este efecto le pareció recurrir á la misma persona que el día anterior había ido con Emilio á la Sacristia de Santo Domingo.

Recordó que aquella le había distinguido con muestras de consideración y respeto, y que por lo tanto no dejaría de complacerle en informarle sobre lo que deseaba saber.

El Padre Ambrosio era muy minucioso en sus cosas.

No se le perdía ningún detalle.

Así pues, no había olvidado la dirección de la casa que en su ofrecimiento de despedida le había dado á conocer.

Se encaminaron, pues, á ella.

Como nuestros lectores saben, era uno de los armadores de la goleta.

El armador los recibió con la misma fina atención que el día anterior había mostrado hácia el sacerdote.

Este trató de entrar en materia del asunto que llevaba, y con su acostumbrada sencillez, le dijo :

— Venimos á suplicar á usted un obsequio. Le estimaré mucho que pueda contestarnos sinceramente.

El Padre Ambrosio tenía una atracción irresistible con su dulzura.

El armador le contestó afirmativamente y con completa ingenuidad.

— Pues señor, dijo entonces el sacerdote, el caso es que deseo saber si la persona de quien dí á usted ayer la garantía de su honradez y fiel cumplimiento en los compromisos que contrajese, es el mismo que esta tarde debe salir de este puerto como capitán de la goleta

« NUESTRA SEÑORA DE LUJAN. »

— Si señor. Yo creí que usted no lo ignoraría.

— Le garantizaba con mucha satisfacción, mas no hubo ocasión de detalles. Solo me indicó que iba á emprender un viaje largo.

— Y usted puede estar satisfecho del cumplimiento que ha garantido porque desde esta mañana se encuentra ya D. Emilio á bordo de la goleta, disponiendo los preparativos de su partida que se verificará dentro de media hora.

— ¡ Dentro de media hora !

— Si señor ; á las cinco y media deberá levantar el ancla, y son las cinco.

Y señaló un péndulo colgado en la pared que estaba marcando aquella hora.

— Entónces no hay que perder tiempo.

— Usted dirá lo que le ocurra.

— Sí ; hay que abreviar y se lo diré lisa y llanamente.

— Lo que usted guste.

— Pues bien, es esto. Hemos tenido un dato por el cual creémos que el viage de esa persona envuelve algo misterioso ; tenemos una carta de despedida donde parece revelarse algun temor indefinido, algo como . . . en fin . . . que sé yo . . . algo que no está claro . . . apenas puedo esplicarlo. En fin ¿ usted por su parte, puede hacernos el obsequio de proporcionarnos algun antecedente si tiene ?

El armador contempló por un instante al sacerdote y, prescindiendo de D. Cesáreo, dijo á aquel :

— Pase usted adelante.

Y le condujo á un pequeño gabinete que habia detras del escritorio.

— Introduzco á usted aqui, para evitar comentarios de otras personas. A usted, padre, yo no le ocultaré nada, porque ademas, yo he procedido con claridad. No sé qué pueda inquietar á D. Emilio hoy, porque ayer se enteró de cuanto podia interesarle. Sin embargo, solo á una circunstancia atribuyo acaso el temor que usted dice manifiesta en esa carta. Yo soy en union de otro asociado, propietario de la goleta que vá á salir. Cuando ayer vino D. Emilio á ofrecerse á consecuencia de un anuncio que pusimos en la vidriera, se le mostró una carta del capitan que anteriormente la mandaba, y de cuyo contenido puede usted enterarse.

El armador puso la carta que ya conocemos en manos del padre Ambrosio.

— ¡ Ah ! Luego . . . ¡ hay un peligro ! Esclamó el sacerdote cuando hubo terminado su lectura.

El armador se apresuró á interrumpirle :

— Debo esponer á usted el complemento de otros detalles. El bu-

que ha sido compuesto en las reparaciones que necesitaba á juicio de un operario competente que, al menos por su parte, nos le ha dado por útil para navegar. Despues de esto, y habiendo enterado de esa carta á D. Emilio, nuestra responsabilidad moral cesa. Por lo demas, hizo su ajuste, y le hemos hecho un adelanto de dinero que ya ha percibido.

— ¡Un adelanto! . . . murmuró el Padre Ambrosio como atando cabos consigo mismo.

Y luego prosiguió del mismo modo :

— Y D. Cesáreo decia antes que no le habia contestado ayer á una carta en que le manifestaba que no tenia con que enterrar á su hija ¡ Y D. Emilio llevaba los ojos amoratados cuando fué ayer á la sacristía ! Tal vez habria llorado mucho Estaria fuera de sí y aun cuando conociese el peligro, se arriesgaria ¡ Quién sabe ! ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! Y yo que he garantido con la mejor buena fé el medio de que este hombre se halle ahora acaso al borde del abismo !

El Padre Ambrosio era un hombre universal, si así se puede decir, en sus conocimientos científicos. Hasta no era extraño á la náutica. Así es que se dirigió al armador diciendo :

— El estado de un barco no se conoce tan bien cuando está anclado como cuando está navegando, cuando crujen los palos en los vai-venes de la tormenta. El capitan que los ha visto á prueba es el que puede formarse juicio de su estado. Dispense usted que sea justo. Yo no puedo callar lo que siento.

El armador quedó meditabundo. Tal vez tenia un remordimiento.

Y aquel santo sacerdote exaltando en su virtud un monte de deberes que cumplir hácia el que él miraba ya como una víctima que iba á un sacrificio seguro, salió murmurando :

— Sí, sí. La misma garantía que yo hice por él, le ha de haber influido acaso para antes que faltar, arriesgarse y aun perecer. ¡ Hay que salvarle ! ¡ Hay que salvarle á todo trance !

Y llevándose consigo á D. Cesáreo se dirigió con él precipitadamente hácia el rio.

Durante la travesía, solo una frase dirigió á aquel, que le seguia estupefacto.

Esta fué para decirle :

— ¡ Vamos á salvar una víctima que usted ha hecho con sus errores y con su orgullo !

— Su hermano de usted camina acaso á la muerte. Si usted le hu-

biese socorrido ayer en vista de esa carta que le dirigia, no iria hoy á perecer el que usted pudo y tenia obligacion sagrada de haber salvado!

D. Cesáreo empezaba á aterrarse.

Así llegaron al embarcadero en el momento en que los vemos en proximidad al punto en donde Elvira y su hija se hallaban.

Pocas eran las personas que por allí transitaban en aquellos instantes.

Todos empezaban á huir de la tormenta que veian venir sobre sí.

El Padre Ambrosio dirigió una mirada hácia la playa y vió un solo hombre que estaba asegurando un bote con una fuerte amarra inmediato al embarcadero.

En seguida se dirigió á él, y le dijo:

—¿Distingue usted desde aquí cual es la goleta « NUESTRA SEÑORA DE LUJAN » que debe estar para salir?

—Si señor, contestó el hombre. La distingo perfectamente y no admite equivocacion porque se divisa entre todos los barcos que hay en el puerto. Es aquella que se vé allí recientemente pintada.

Y la señaló á lo lejos.

Luego prosiguió:

—Precisamente he estado observando que para que el viento aunque arrecie no la impida salir, el capitan que debe ser inteligente, se ha hecho remolcar un poco lejos para tomar viento en popa y rumbo á la corriente aun cuando estalle la tormenta que se prepara.

—¿Usted ha observado eso?

—Si señor: el capitan debe haber conocido que en donde está no puede volver á anclar bien, y antes que meterse otra vez, esponiéndose á hacerse pedazos, entre los otros barcos, se dejará llevar de la corriente que estará mucho mas seguro.

—Entonces . . . dígame usted. ¿Quiére usted arriesgarse á que lleguemos á ella lo mas pronto posible?

—Padre, por Dios, si la tempestad está encima, y por mucho que corramos, nos esponemos á no volver.

—Sin embargo, es preciso, no hay remedio: se le recompensará á usted bien.

Tal vez el hombre iba á contestar, cuando la tormenta empezó á declararse.

Pero una tormenta como las que el lector que conozca el Rio de la Plata, sabrá que se desarrollan imponentes en él.

El viento se hizo impetuoso.

Una columna de tierra envolvió de repente á nuestros interlocutores.

— Señor, imposible, dijo entonces resueltamente el hombre. Yo no hago ese viage. Ni encuentra usted tampoco quien se le haga.

En efecto.

El Padre Ambrosio tendió la vista y no vió á nadie.

El servicio de vapores que hoy hay en el puerto, ni mucho menos, no se soñaba en ello siquiera.

El hombre del bote le habia dicho que la goleta podria verse hasta precisada á salir aun á pesar de la borrasca.

Y la hora avanzaba.

El Padre Ambrosio meditó algunos instantes.

Luego, se dirigió resueltamente al hombre, diciendo :

— ¿ Quiére usted darme el bote ?

— ¿ Para ir á la goleta ?

— Sí.

— Señor, por Dios

— No es preciso que usted venga. Yo no le pido mas que el bote.

— ¿ Y quién le vá á remar ?

— Yo. Yo sé remar tamdian cuando llega el caso.

A aquel santo varon nada le arredraba.

— Pero señor, repuso el barquero, yo soy pobre y mi única riqueza es el bote. Yo conozco lo que es en el puerto una tormenta como la que viene y . . . ¿ si el bote no vuelve á la pláya ? Yo con él gano el sustento para mis hijos, y

— Lejos de mílla idea de quitar á usted ese sustento : ansiára yo aumentársele á todos los que le necesitan, replicó el Padre Ambrosio.

Y despues prosiguió :

— ¿ Cuánto cree usted que vale el bote ?

— Padre, es grande y nuevo y no hago otro con cuarenta patacones.

— D. Cesáreo, dijo el sacerdote á este que se hallaba casi anonadado, hágame usted el favor de dar á este hombre cincuenta patacones de los cuales yo le seré deudor.

D. Cesáreo que ya iba siendo ante las circunstancias que le impresionaban, un autómatá del padre Ambrosio, metió la mano en su bolsillo y sacando de él cuanto llevaba, tomó tres onzas de oro y otras monedas inferiores que completaban la suma que le habia sido pedida, y las entregó al hombre que estaba al lado del bote sujetándole por la amarra.

Entonces se verificó una circunstancia de la que nadie se apercibió.

D. Cesáreo en su aturdimiento, al sacar cuanto tenía en el bolsillo, había dejado salir también de él sin advertirlo, su cartera, la cual, mientras él contaba su oro, rodó por el suelo y fué á parar saltando desde el embarcadero hasta el bote en cuyo fondo cayó.

El barquero guardó el dinero que acababa de recibir y se retiró despidiéndose y murmurando consigo mismo :

— Seguramente este buen sacerdote vá á perecer esta tarde. Casi se me hace un cargo de conciencia haberle vendido el bote. Yo le hubiera llevado, pero por mucho amor que se tenga al prójimo, ¿quién se arriesga por otro á un peligro tan grande?

El pobre barquero no podía estar, por lo visto, á la altura de la grandeza de alma del padre Ambrosio.

Él se olvidaba de las palabras: «*Que os ameís los unos á los otros como yo os amé*» y de que El que las dijo nos amó dando su vida por nosotros.

CAPÍTULO VIII

ABNEGACION Y HEROISMO

« *El mundo entero es mi patria y los hombres todos, mis hermanos* ». (Un orador argentino).
« *Prometo solemnemente sacrificar mi vida si necesario fuese por mis hermanos* ». (Un ilustrado médico español).

El autor de la presente obra se complace en iniciar este capítulo que lleva el título mas espresivo del espíritu de fraternidad, permitiéndose la referencia á dos rasgos característicos de ella, emitidos por dos personajes contemporáneos.

Estos son un distinguido orador argentino y un ilustrado médico español.

No podrá su modestia herirse al ser citados, puesto que al hablar en público en el acto á que voy á referirme, hicieron del público dominio sus palabras, y cualquiera es dueño de repetir lo que les oyó.

Celebrábase poco há en Buenos Aires una gran fiesta de caridad.

La Colonia Española en su progresivo desarrollo en las playas Argentinas, inauguraba el gran edificio de su hospital.

Un acto solemne constituia el de la bendicion de las suntuosas columnas de aquel monumento de la caridad y por la caridad tan solo elevadas.

Cuando la multitud se agrupaba en aquel santo recinto congregada bajo el mas fraternal impulso ; cuando deponiendo toda diversidad de ideas y de nacionalidades, todos unánimemente se adherian á las sagradas preces que se elevaban al cielo en el altar ;

Cuando con santo recogimiento se hubo escuchado la oracion inaugural que desde el pié de aquel pronunció el ilustrado canónigo Sr. Sevilla Vazquez, enviando desde las márgenes del Plata hasta las lejanas regiones del continente Europeo, el eco de tantos Españoles allí conmovidos al recuerdo de su madre pátria ;

Cuando en testimonio mismo de la fraternidad que á todos ligaba, por primera vez en el suelo Argentino despues de setenta años, acababa de ondear desplegada al viento y en las manos de un guerrero, la bandera encarnada y amarilla fraternizando con la azul y blanca ;

Cuando como un trofeo, acaso, ó un monumento histórico de aquella, se veía formando entre su escolta á un ancianísimo veterano de la batalla de Trafalgar ;

Cuando las eminencias oratorias allí reunidas hubieron ostentado las galas de la elocuencia, contestes todas en el espíritu de caridad que les presidía, pues que cuando los hombres se cobijan ingenuamente bajo el grandioso pabellon del cristianismo, todos están conformes y unidos porque el cristianismo es la unidad en esencia ;

Cuando este admirable cuadro se presentaba en ese dia á nuestra vista, la numerosa concurrencia pidió tambien su discurso á un orador argentino, el cual accediendo, pronunció estas grandiosas frases que, tan sencillas como lacónicas, envuelven en sí, no obstante, todo un poema de fraternidad :

« Azul y blanco, dijo, es el color de la bandera de mi patria.

« Y en donde quiera que se halle un trapo blanco sobre un fondo azul, allí están mis hermanos.

« Azul es, pues, la transparencia del firmamento y blancas son las nebulosas franjas que le cruzan.

« El mundo entero es mi patria, y los hombres todos mis hermanos ».

No puede darse, ciertamente, un pensamiento mas sencillo y bello.

El orador que le improvisó era el Doctor D. Luis V. Varela.

Quedaba aun otro rasgo que admirar.

Este habia de ser tambien sencillo pero grande como el que antecede.

Porque la ciencia y la virtud ostentan solo su grandeza en las galas de la modestia.

Otro orador, pues, tan modesto como ilustrado, dejó tambien percibir el eco de su voz, y en los ángulos de aquel recinto recientemente bendecido, sonaron estas palabras :

« EN ESTE INSTANTE GRANDIOSO PROMETO SOLEMNEMENTE, SEAN CUANTAS FUEREN LAS CIRCUNSTANCIAS QUE LO EXIGIESEN, SACRIFICAR MI VIDA POR MIS HERMANOS EN ESTE HOSPITAL, SI NECESARIO FUESE ».

¡ Sublime rasgo en verdad, emanado de uno de esos grandes movimientos del corazon de un hombre que se sabe tiene por sagrado el cumplimiento de lo que jura !

¡ Palabras que deben repercutir su eco en las regiones del infinito y que deben hacerse oír en algun modo ante el trono de Dios en las alturas !

¡Tal vez en el gran LIBRO DE LA VIDA, que en su revelacion San Juan vió abierto, el Angel del Señor las inscribe, poniendo un galardón portentoso en la *cuenta corriente* de un alma llena de *abnegacion y heroismo*.

El orador que así se espresaba era el médico Español, Doctor D. Manuel Alonso.

.....
El lector me dispensará la digresion que acabo de hacer.

La accion que íbamos desarrollando en esta historia, nos ha conducido al momento de conocer uno de esos actos que solo pueden calificarse con las palabras de *heroismo y abnegacion*.

He querido hacer notar una vez mas en esas emanaciones del cristianismo reveladas en los actos que he citado, que este es siempre *uno é invariable*, sin que la unidad del tiempo, ni la diferencia de caracteres, ni de posiciones sociales, ni de ideas políticas, ni de nacionalidades distintas, puedan alterarle ni hacerle variar en lo mas mínimo, cualesquiera que sean las circunstancias en que aquel haya de manifestarse.

Los sublimes arranques «LOS HOMBRES TODOS SON MIS HERMANOS» y «POR MIS HERMANOS PRÓMETO SACRIFICAR MI VIDA SI NECESARIO FUESE» pronunciados en esa fiesta de nuestros días que he citado, son los mismos que el que mas de medio siglo antes practicaba el virtuoso protagonista, no del todo imaginario, de nuestra historia, cuando á la orilla del Plata iba á desafiar á la tempestad para salvar á otro.

En efecto.

Continuemos nuestro relato.

Volvamos á la tormentosa tarde del 22 de Noviembre de 1813.

Cuando el Padre Ambrosio vió que podia disponer del bote, que no habia otro remedio mas que arriesgarse, ni tampoco tiempo que perder, saltó dentro de la embarcacion, é intimó á D. Cesáreo á seguirle, dirigiéndole con actitud enérgica esta palabra:

— ¡Vamos!

En aquel instante, gruesas gotas empezaron á caer con fuerza, el oleage se embraveció, y un rayo hendia el horizonte ennegrecido.

Poco despues, un trueno prolongado se dejó oír en el espacio.

La tormenta se manifestaba por completo, y ante esto ya, Elvira y su hija que, como sabemos, se hallaban á pocos pasos en el embarcadero, tuvieron que abandonar su puesto.

Al retirarse, tenian forzosamente que pasar por la inmediacion del punto en donde estaban el Padre Ambrosio y D. Cesáreo.

Pocas veces habia visto Elvira á este último.

Sin embargo, le conoció en seguida.

Al fijarse en él, apercibió tambien al Padre Ambrosio.

La presencia de estas dos personas en aquel parage y en aquellos momentos, la hizo detenerse y observar.

D. Cesáreo, absorto en su pensamiento, no veía nada.

Tampoco habia oído la voz del Padre Ambrosio que repetía:

— ¡Vamos!

Pero Elvira la percibió y prestó oído.

El Padre Ambrosio dentro del bote tampoco veía á Elvira.

D. Cesáreo continuaba en su inaccion.

El buen sacerdote lo atribuyó á miedo.

Y el tiempo urgía y era preciso que le ayudase á remar como pudiese, para luchar con la fuerza de la corriente.

Entónces, con un acento imponente por sí mismo y por las circunstancias, entre el sonido de aquel trueno y el silbido del viento, y estendiendo sus brazos hácia D. Cesáreo como para invocar de Dios un ungimiento de valor por mediacion de sus manos sobre el alma de aquel zurcidor de su conciencia, tan altivo en la bonanza y tan pequeño y tan ruin en la tormenta, exclamó: (1)

« Un día Jesús entró en una nave con sus discípulos y les dijo: « pasemos á la otra parte del lago », y partieron.

« Y navegando ellos, se durmió: Y descendió una tempestad de « viento en el lago, y se llenaban de agua y peligraban.

« Y llegándose á Él le despertaron, diciendo: « Maestro, Maestro, « que perecemos.

« Y despertando, riño al viento y á la tempestad del agua, y fué « hecha grande bonanza.

« Y les dijo: ¿Dónde está vuestra fé?

« Y ellos temiendo, quedaron maravillados ».

— Eso mismo, continuó, le dice á usted Dios en estos instantes por mis lábios ante la tempestad que tenemos el deber de arrostrar. « ¿En dónde está tu fé? »; Tal vez esa tormenta misma es para usted un éco amenazador que como á Cain, pregunta: « ¿En dónde está tu hermano? » Tal vez su sangre clama al cielo para acusarle. Usted no ha socorrido ayer á su hermano que no tenia ni aun para sepultar el cadaver de su hija. Fuera de sí, acaso, sin estar en su completa razon, se ha ajustado para navegar en un buque que otro capitan ha dejado

(1) Luc. VIII. 22, 23, 24 y 25.

por inservible, para poder cobrar un sueldo adelantado, y á estas horas levanta el ancla para ir á sumergirse en el Océano!

Un grito agudo, desgarrador, indescriptible se oyó en este momento, que fué bien pronto á confundirse entre el sonido del trueno y de las aguas.

D. Cesáreo oyó aquel grito y aterrado, ébrio, loco, echó á huir precipitadamente y fuera de sí, como pudiera huir un asesino.

Y era que al mismo tiempo oía también esas palabras cuyo eco le perseguía: ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!

Era el dedo de Dios que se las iba trazando en su *conciencia rota*.

El grito de esta que le acusaba.

El Padre Ambrosio le vió huir y haciendo la señal de la cruz, tomó los remos y empezó á bogar solo.

Luego, como una prolongacion de aquel penetrante grito que habia vibrado momentos antes en el espacio, se oyó clamar con un acento indefinible:

— ¡Emilio! ¡Emilio!

Era Elvira que habia escuchado de boca del Padre Ambrosio la terrible revelacion del peligro en que se hallaba su desgraciado y querido esposo.

Elvira, que en un acceso de reaccion nerviosa, comprendiendo lo inútil de sus gritos, hacía lo que hacen las almas cristianas en el momento de mayor dolor.

Puso su vista en el Cielo, y estrechando á su hija entre sus brazos, exclamó con acento ahogado:

— ¡Hija mia! Hija de mi alma! . . . Reza, . . . reza por tu padre que no oye nuestro grito, y vá á perecer en una muerte segura!

¡Pobre Clara! Pobre hijita! qué presto llegó el caso de cumplir á su padre la oferta que de rogar por él le habia hecho!

Pero las fuerzas abandonaron á la infeliz madre y cayó al suelo sin sentido.

La tierna niña entónces, juntando en cruz sus manecitas y arrodillada á su lado, empezó en aquel contraste de su situacion terrible, su predilecta ORACION Á LA VIRGEN:

« Acordaos, ó piadosísima Virgen María, que jamas se ha oido decir que haya sido desamparado de Vos, ninguno de cuantos han acudido á vuestra proteccion, implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro auxilio. »



— ¡Hija mía de mi alma! reza.....reza por tu Padre que no oyé nuestro grito y va
á perecer en el abismo. ¡cayó al suelo sin sentido. La niña entonces.....

¡Cuadro grandioso é indescriptible!

¡Un angel de la tierra rogando al cielo por su padre, al lado de la madre tendida en el suelo, y un pobre fraile, lleno de fé, de heroismo, y de abnegacion que va luchando con la tempestad en el mas eminente riesgo de su vida para salvar á aquel!

¡Sublime emblema que parece providencialmente trazado sobre aquélla débil barquilla, luchando entre la embravecida borrasca al solo impulso de un sacerdote santo!

¡Tal vez en la corriente impetuosa del «Plata» se reflejaba entonces una grandiosa alegoria de la gran figura del siglo que conduce impecedera entre las mas borrascosas tempestades, la débil nave de la Iglesia hoy despojada de sus legítimos remos!

Tal semejaba, acaso, el Padre Ambrosio.

¡Católicos Liberales, contempladle!

¡Ahí teneis al sacerdote católico!

Al fin de su accion heróica no hay la ambicion satisfecha por la que se arriesga el avaro, ni los honores de la conquista por los que lucha el guerrero, ni las riquezas por las que lucha la humanidad entera.

Al fin de su accion, no hay nada.

Digo mal.

Al fin de su accion hay... la ingratitud de los hombres que le persiguen, pero en cambio hay tambien un gran tesoro que acumula en el cielo, porque en el LIBRO DE LA VIDA, de que hablabamos antes, le inscribe Dios estas grandiosas palabras que el Salvador del mundo dejó grabadas sobre la tierra :

« BIENAVENTURADOS CUANDO OS PERSIGUIEREN Y DJEREN DE VOS-
« OTROS TODO MAL POR MI CAUSA, MINTIENDO. REGOCIJÁOS Y ALE-
« GRÁOS, PORQUE VUESTRO GALARDON ES GRANDE EN LOS CIELOS :
« QUE ASI PERSIGUIERON Á LOS PROFETAS QUE FUERON ANTES DE
« VOSOTROS ».

CAPÍTULO ADICIONAL

DOS PALABRAS POR VÍA DE EPÍLOGO QUE EL AUTOR CONFIDENCIALMENTE DEDICA Á SUS LECTORES.

He terminado el PRIMER VOLÚMEN de la acción que me propongo desarrollar, habiendo hecho la exposición de sus personajes.

Dice Balmes en su « Criterio » que conviene, para juzgar de una obra, conocer la situación del autor cuando la escribía.

Aunque él lo dice con referencia á las de historia, yo incluyo entre ellas la mía para aplicarla esa máxima.

Ella también hace historia de las miserias de la humanidad.

Un poco de fé en el alma, aunque muchas lágrimas en el corazón, son el resúmen de la situación en que me he hallado durante el período en que la he escrito.

Si lo que de esos humildes elementos ha emanado es del agrado del lector, puede seguir nuestro relato en los otros dos volúmenes que están en prensa con los títulos de « PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS » y « REDENCION » los cuales cada uno será de igual tamaño que el presente.

ÍNDICE

	Páginas
DEDICATORIA	v
CAPÍTULO I. — La goleta « Nuestra Señora de Lujan ».....	1
— II. — Estrella matutina	9
— III. — Un católico á su manera.....	16
— IV. — Un poco de historia y algo de leyenda.....	22
— V. — El colmo de la desgracia.....	51
— VI. — El padre Ambrosio.....	63
— VII. — Cabos sueltos.....	73
— VIII. — Abnegacion y egoismo	80
CAPÍTULO ADICIONAL. — Dos palabras por vía de epilogo que el autor confidencialmente dedica á sus lectores.....	85



